

# Enamórame, si puedes!

MIA DEL VALLE



***Enamórame,  
si puedes!***

*Cupcake, la fórmula del amor.*

© 2016 Mía Del Valle

ISBN-13: 978-15 37512402

ISBN-10: 1537512404

Diseño de portada: Mía del Valle-Susana Mohel.

Trabajo de corrección: María Angélica Sasías.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo y por escrito de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## *Sinopsis*

Valeria Constantini, una repostera de veintinueve años de edad, pierde todo cuando su esposo le es infiel con su mejor amiga.

En pleno duelo sentimental, sin hogar y ni un centavo en el banco, conoce a Daniel Müller, un adinerado y elegante abogado quien, anteponiendo sus necesidades personales, ofrece trabajo a la simpática chica como cocinera en su hogar.

Muchas idas y vueltas, un crimen, y una traición, serán algunos de los condimentos en esta novela, en la cual el amor y el romance dirán presente.

Ponte los anteojos y echa tu alma a volar. Que disfrutes tu lectura.

*Mia*

Para el amor de mi vida... *Lo más lindo tú.*

*A quien yo le escribo... tú,  
Mi conquista has sido tú,  
Lo que más admiro y más respeto en esta vida.  
Vuela alto... pero vuelve a mí,  
Que mis ojos... solo ven por ti.*

Carlos Baute-Músico.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[♥Las recetas de Val♥](#)

[Agradecimientos](#)

[Mia del Valle](#)

## Capítulo 1

### La niña que tenía un sueño...

Toda la vida mi madre dijo que a los hombres “hay que conquistarlos por el estómago”. Frase que jamás abandonó mi cabeza a lo largo de mis jóvenes veintinueve años. Solo que años más tarde aprendí, que a un hombre se lo conquista con una fórmula de dos componentes: sexo y buena comida. Así es queridas amigas ¡sexo y comida! Receta mágica que me funcionó a la perfección... «Por un par de años» pero que fue un éxito, al menos por un tiempo.

Digamos que siempre fui una mujercita en miniatura, cada vez que alguien me preguntaba qué quería ser de grande, mi respuesta era “casarme y tener muchos bebés”, lo sé... ¡patético!

Gran parte de mis dibujos consistían en una casa con techo a dos aguas, chimenea y un jardín de flores. Frente a ella me encontraba yo, mi esposo y mis cuatro hijos... leyeron bien «cuatro»

A los siete ya me gustaba entrar a la cocina y tras poner un banquito frente a la mesada, jugaba que tenía un programa de repostería, miraba al frente y le hablaba al cucharón de sopa que descansaba colgado en un gancho en la pared, pues él era mi camarógrafo. En mi programa, saludaba al público y luego detallaba a la perfección cómo era el proceso de picar en rodajas los plátanos y espolvorearlos con azúcar. De más está aclarar, que esa era la única tarea que me permitían hacer mi madre y mis tías.

Abuela, madre, tías y hermanas... como verán los plurales femeninos abundan en este párrafo, y es pues... que en casa ¡todas éramos mujeres! todas XX, ningún XY. Seguramente ningún espermatozoide se animó a cortar con tan férrea tradición y continuaron aportando prolijamente su X sin chistar.

Fui la quinta en nacer. Tras cuatro hijas mujeres, mis padres habían puesto todas las fichas en que yo sería el niño de papá.

¡Error!

Cinco niñas... gritaba mi abuela tomándose la cabeza con ambas manos “Madre de Dios... cinco mujeres... tendrás que hacer otro baño en la casa Alberto”

Alberto era mi padre, el hombre más bueno y complaciente que haya existido en la faz de la tierra «según mamá» Murió cuando yo tenía 2 años y fui mi hermana mayor «Karina» quien tuvo el privilegio de pasar mayor parte de su vida con él, tenía veinte años cuando papá se marchó y la pobre tuvo que buscar trabajo de la noche a la mañana para ayudar a mamá con los gastos de la casa.

Según cuenta la leyenda, el séptimo hijo varón de una familia se convertirá en lobizón en su adolescencia... pues en mi casa la quinta hija mujer se convertiría en cocinera. Así es... co-ci-ne-ra.

Nací y crecí en una casa italiana, en donde el comer une, el comer cura, el comer soluciona problemas y también ¡enamora!

Si a la casa italiana, le sumamos seis mujeres hablando, riendo y cocinando a la vez, el resultado será un hermoso y ruidoso ¡caos!

Cuando cumplí once años, sabía cocinar galletas con chispas y en verdad me quedaban muy ricas. Fue en ese entonces que mi tía Nuria me regaló una cuponera de clases de repostería a la vez que predicaba “no pierdas el tiempo jugando a la cocinera Val, mejor ponte a estudiar niña”

En cambio, mamá... «Otra soñadora como yo», tenía la convicción que, si uno no hace lo que ama en la vida, seguro será un fracaso.

“Debemos estar de novios con la vida niñas, «pregonaba» ... o sino la desdicha nos carcomerá desde lo más profundo y no lograremos la felicidad absoluta”

Una gran verdad «en parte» y luego les contaré porqué.

A los quince era la encargada de preparar el pastel de cumpleaños de quien tuviera el privilegio y la suerte de cumplirlos... porque como bien gritaba tía Martha a mi abuela Yaya, quien se quitaba años cada pocos meses y se hacía la cruz cuando estaba a días del aniversario de su nacimiento, “Mami... o los cumpleaños te mueres”

Sabías palabras las de la tía, porque por más positiva que sea, no hay plan “C” en esa simple ecuación.

A medida que pasaban los años, mi arte se fue perfeccionando y mi vida tomó el rumbo que siempre deseé... ¡estudiar cocina!

Al terminar el secundario entré en una reconocida escuela de cocina, la cual pertenecía a un carismático y prestigioso chef

Mi amor siempre fue la repostería, por lo cual me especialicé en “Le Patisserie” cocina dulce y pastelería francesa. En el día estudiaba y en la noche cocinaba exóticos pasteles para vender en una serie de tiendas de las que me había convertido en proveedor, y de esa forma costeara mis estudios sin afectar la economía de mi pobre madre. Los gustos de mis pasteles pasaban desde los más simples como el de chocolate y vainilla, hasta sabores muy particulares creados para paladares más aventureros como el brownie de café con queso azul y caramelo.

En casa siempre reinaba un armonioso caos. Con tantas mujeres era prácticamente imposible hablar una a la vez y cada una elevaba unos decibeles su tono de voz para hacerse escuchar... realmente no entiendo cómo mi progenitora sobrevivió a nuestra adolescencia. Todo el tiempo alguna de nosotras perdía algo, otra peleaba con el noviecito de turno, discutíamos entre nosotras para evitar ser la encargada de turno en doblar calcetines, o simplemente escuchábamos música a todo volumen. Estábamos convencidas que en casa existía un agujero negro que comía calcetines «a esa conclusión llegamos entre risas» porque por mayor cuidado que tuviéramos, siempre, siempre... ¡pero siempre! Perdíamos medias luego de cada lavado.

Maná era una maestra de primaria sumamente alegre y positiva, si bien nuestra vida era difícil por momentos, mami siempre le encontraba el lado dulce a todo. Según ella éramos muy afortunadas, el dinero podía faltar, pero el tenernos las unas a las otras era el mejor tesoro del que podíamos gozar.

Luego que papá muriera, nunca se volvió a casar ni a tener citas... ¡nada de nada! Y es que ellos eran de esas parejas que se ven cada cierto tiempo... almas gemelas sin duda, novios desde los doce años y matrimonio por el resto de los días que papá nos acompañó.

De esa forma los años fueron pasando rápidamente, nosotras fuimos creciendo y los muchachos aparecieron de la noche a la mañana. Las mayores se fueron poniendo de novias, luego Karina se casó, más tarde la siguieron Mariana y Macarena; Natalia en cambio se dedicó a estudiar y decidió viajar a París para perfeccionar sus estudios en Bellas Artes. Yo... la más “pequeña de la casa” «por así decirlo» me encontraba muy ocupada perfeccionando el arte de la dulzura en mi amada escuela, como para pensar en hombres. Salvo uno o dos “noviecitos” en el secundario, nunca llevé un muchacho a casa. Sinceramente ninguno cumplía con mis expectativas. Eran monos y tiernos, pero siempre faltaba algo. Llegué a la conclusión de... o que mis expectativas eran muy altas, o los hombres de mi edad cada día eran más inmaduros.

Pero fue en ese mismo lugar, en el templo del sabor... «en mi escuela» donde todo cambió. Porque fue allí que conocí a mis dos amores... los cupcakes y al que sería mi marido. Ricardo «mi esposo», no sabía cocinar ni un huevo frito, pero de todas formas era uno de los socios en la escuela del chef

Ricardo era muy hábil en los negocios. Tanto es así, que cuando años atrás se graduó de su carrera de abogacía, obtuvo una beneficiosa propuesta laboral en un gran estudio jurídico. Y con tan sólo veintidós años de edad, Ricardo Dalmao fue contratado como parte del selecto bufete de abogados, en el que años más tarde sería socio accionista.

Yo... cinco años menor, tan inocente y estúpida, y el tan masculino, elegante y bello fue una bomba de lo más atractiva. Y si a eso le sumamos su autoritaria personalidad, lo que tenemos es un coctel de lo más atractivo, de esos que disfrutas en una noche de fiesta, pero que, al despertar al siguiente día, te deja un fuerte dolor de cabeza y gusto a gato muerto en la boca.

Me sedujo al instante y obnubiló mi razón. Cuatro meses más tarde y en contra de lo que mi madre, tías y hermanas comentaban... ¡decidí casarme!

Una ceremonia sencilla, seguida de un brindis en casa de sus padres, y una bella luna de miel en Cancún fue el comienzo de mi vida de casada.

De mi sueño.

De acercarme al dibujo que hacía de pequeña... mi casa a dos aguas, chimenea, esposo perfecto y muchos hijos.

Hoy... diez años después, con veintinueve años de edad y mayor madurez, puedo decir que si bien el balance fue positivo no soy una mujer ciento por ciento feliz.

En lugar de una casa como la que yo quería, vivimos en el piso 15 de un gran edificio. Una zona muy elegante y costosa, por cierto, pero no es mi casa soñada ¡no! lejos de eso, es minimalista y fría, abunda el acero en la cocina y falta la madera.

Los cuatro bebés que quería tener, brillan por su ausencia, en cambio tenemos un gato. ¡Un salvaje! que lejos de ser un cariñoso minino, es una satánica fiera que adora esconderse debajo de mi cama para arañar mis pies cuando me levanto, también disfruta mucho romper mis cortinas y orinar mi almohada. « Tan lindo»

Me gusta llamarlo apestoso cuando Ricardo no está, porque ellos sí se entienden bien, creo que la que sobra en este triángulo amoroso ¡soy yo!



### Un puto lunes.

Salgo de mi coche, y entre malabares logro no derramar el late que compré de camino al local que tenemos con mi amiga Shirley. En realidad, ella es la dueña, pero desde que comenzamos a trabajar juntas, Ricardo me entregó una significativa cantidad de dinero, para contribuir a mejorar el aspecto de la tienda de pasteles.

Es temprano, poco más de las 8 y las puertas aún permanecen cerradas. Dejo las llaves en el mostrador y enciendo las luces del salón. De camino a la cocina me encuentro con Lucy, una de nuestras mejores empleadas. Ella lleva tanto tiempo como yo en el negocio, y es la artista de la manga pastelera, sus pasteles de bodas son bellos y vanguardistas, no hay dos iguales... lo más cómico de Lucy, es que su aspecto físico refleja su arte, cabello verde, piercing en la nariz, y vestimenta un tanto “oscura”. No es que nuestros pasteles sean dark, ¡no que va! Son blancos y delicados, con algún característico toque de color que ella otorga con elegancia y buen gusto.

Llego a la cocina y veo que mi amiga y socia no ha llegado aún. Doy un trago a mi late y enciendo el horno. Busco en el perchero mi delantal turquesa con lunares blancos y me lo coloco, luego mi cofia a tono y me dispongo a cargar el robot amasador para preparar la masa de galletas.

El sonido de mi celular se hace oír en el letargo silencio de la mañana.

—Diga —respondo.

—Soy yo niña... ¿ya estás en la pastelería?

Es mi amiga Shirley.

—¡Sí jefa, aquí estoy!

Ríe ante mi respuesta.

—Cariño, es que se me ha hecho tarde y no llegaré hasta dentro de una hora. ¿Crees poder sola con la apertura?

—Claro amiga, tu tranquila que yo me encargo... pero antes dime ¿tú estás sola? —pregunto socarrona al escuchar sonidos de risitas de fondo y al saber perfectamente que mi amiga es soltera y vive sola.

Silencio.

—Sí. Claro que sí, sola... ¡solísima! —reafirma.

—Bien, te veo en una hora entonces.

Cuelgo y pongo manos a la masa. Literalmente con las manos en la masa de galletas, fue como me encontré mi esposo cuando entré en el salón 45 minutos después.

Apenas ingresó sentí lo mismo que causaba en mí cada vez que lo veía.

Sentí un cosquilleo interior sumado a una especie de orgullo y esa tonta sonrisa que decía “ ¡él es mío!”

Siempre se mantuvo en línea, su cuerpo ejercitado no marcaba el desgaste que viví yo a lo largo de estos diez años. Sé que soy bonita, y no estoy taaan mal. Pero mis doce kilos de más empañan mi belleza y mi promesa de dieta «que comienza todos los lunes y obviamente finaliza los martes» no ayuda; son esos endemoniados kilos, los que dificultan la compra de ropa de moda y provocan que el botón de mi jean quede incrustado en la piel de mi abdomen, al punto de parecer un tatuaje.

Ricardo ingresó con sus lentes de sol colgados al cuello de su camisa, de la cual mantenía estratégicamente dos botones desprendidos. Con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y su mirada fija en la nada, caminó con aire de importante, hasta frenar justo frente a donde me encontraba.

Algo pasaba... podía sentir esa energía, solo que... no sé qué. Es esa cara como cuando tus padres te quieren decir que tu abuelito murió o cuando el profesor te comunica que perdiste el examen por tan solo un punto. Era una mirada con una mezcla de compasión y culpa.

Besó súbitamente mis labios y me obsequió una minúscula sonrisa.

Entregué el late al cliente que esperaba impacientemente a un lado y luego sequé mis manos en el delantal.

—Hola —saludó mi bello esposo.

—¿Qué haces tú aquí a esta hora? —comenté sonriendo —pues mira que no damos muestras gratis.

El apenas sonrió por mi comentario, luego tomó una pequeña servilleta y comenzó a jugar con ella. Se encontraba extraño, muy extraño, más extraño que nunca ¡y eso sí que era extraño!

—Val

—Dime amor —respondí con una amplia sonrisa.

—¡Quiero el divorcio! —soltó al pasar.

—¿Qué, que, cuál? —grité.

—Shhh... —intentó calmarme.

—¿Divorcio? —pregunté a los gritos. Es que debía confirmar lo que mis oídos habían escuchado. Y cuando digo ¡gritos!, es que mi alarido se debe de haber escuchado hasta en el Vaticano, y seguramente el papa Francisco derramó el café por esa causa. Se hizo un profundo silencio en el salón comedor y las palomas de la plaza de enfrente salieron volando despavoridas.

—¿Divorcio? —repetí.

Ricardo se pasó las manos por el pelo incómodo por la situación y avergonzado por el papelón que estaba armando la “ gordita” de su mujer... «Como le gusta llamarme frente a todos»

“ ¡Gordita tu madre, hijo de puta!”

Al comienzo fue un llantito suave y a medida que pasaban los segundos cada vez se hacía más sonoro, acompañado por una serie de espasmos, quejidos y lamentos.

—Pero... ¿y mi sueño? —Ricardo se limitaba a mirarme en silencio.

—Ya no lo hay —respondió cruelmente.

—¿Y mis cuatro hijos?... ¿y mi perro Bobby?

—Tampoco.

—¿Y la casa a dos aguas con camino de piedras, flores y un estanque con carpas de colores?

—Val, ¿podríamos seguir discutiéndolo en casa por favor?... no me gusta tener “ público” querida.

—¿En casa?... ¿querida? —Repetí más para mí que para él —yo ya no tengo casa Ricardo Dalmao. Y mucho menos soy tu querida. Rompiste mis sueños y tiraste a la basura nuestra vida.

—Siempre te quise Val, y tú lo sabes... eres mi gordita adorada, pero es que... —se interrumpió de golpe y negó con su cabeza.

—Pero es que... ¿hay alguien más? —complete la frase.

—Sí —. Respondió para mi asombro.

Porque si bien fui yo la que pregunté si había alguien más, jamás, pero jamás pensé que la respuesta fuera un maldito y puto “sí”

#### Nota de autor.

Cierren por un instante los ojos queridos lectores, e imaginen a la pobre Val con su delantal a lunares manchado de harina, la cara rojiza y la nariz hinchada por llorar. Frente a ella su inminente ex esposo y de fondo, la bella y relajante música de Enia que sonaba en la pastelería.

Bien, sigamos... ahora imaginen el puño cerrado de Val en la nariz de Ricardo y luego un fino hilo de sangre derramarse desde ésta, hasta caer sobre el mesón donde se encontraba un perfecto y delicioso cheese cake de frutos rojos ¡qué loco! ¿Verdad?

¡Perfecto!

«Si ya pudieron imaginar esa situación continuemos con la historia...»

¿Me creerían si les digo que lo que más me dolió del golpe que le di a Ricardo, fue haber estropeado con su sangre, un delicioso pastel?

«Pobre pastel»

—Fuera de mi tienda... ¡ya! —ordené.

Ricardo insultaba entre dientes mientras colocaba dos servilletas rosadas con pequeños cupcakes de colores en sus fosas nasales.

—¿Tu tienda? —insinuó con desdén.

—Sí. Mi tienda —respondí altanera, mientras elevaba mi mentón y cuadraba mis hombros. Como dice mi hermana mayor... “si hay miserias que no se noten”

Por desgracia lo peor estaba por llegar. Porque creo que de todo lo que sucedió... esta fue la parte de la traición que más dolió.

Mi amiga y socia Shirley entró en ese momento. ¡Qué alivio! «pensé» alguien de mi lado. Un jugador de MI equipo.

«Weewoooo» fue el sonido de sirena que surgió en mi cabeza cuando ella caminó hasta nosotros y apoyo su brazo en el de mi esposo.

—Val, amiga... cuanto lo siento. Te juro que jamás pensé que algo así podría pasarnos a nosotras.

Tres palabras siguieron repitiéndose una y otra vez en mi cabeza como si fuera un eco.

“Jamás”

“Pasarnos”

“¡Nosotros!”

¡Los mato!

Mi amiga y esposo intercambiaron una silenciosa y cómplice mirada. Algo no estaba bien. Pero no puede ser lo que estoy pensando... eso no ¿verdad?

—Shirley yo aún no... —comenzó a tartamudear Ricardo.

—¿No se lo dijiste Ricardo? ¿y ese golpe que tienes en la nariz que significa? —chilló mi amiga.

—Ejem... —se aclaró la garganta el hombre que tomó mi corazón y lo introdujo en una licuadora —Val, nosotros estamos enamorados.

—¡No puede ser! —solté con una risita, de esas que preceden a un ataque de histeria, mientras mis ojos observaban a uno y luego al otro.

Pero sí lo era.

Era eso que mi mente se negaba a creer.

Ellos se fueron juntos de la tienda y de un momento a otro me encontré con que no tenía esposo, casa, mejor amiga ni trabajo.

Y fue en ese momento que me dije... estás sola Val, jodida y sola.

### *Cupido te odia más que a los lunes.*

Fue en ese momento en que dejé de creer en el amor. Mejor dicho, fue en ese momento que el amor me abandonó por completo.

En el amor mujer-hombre, porque tampoco me convertí en un maldito ogro de las cavernas. ¡No! solamente mi vida y mis mejores años fueron tirados a la basura junto a un hijo de puta, egoísta y cretino como pocos, que me abandonó sin previo aviso y me dejó de la noche a la mañana, en la calle.

«¡Puto acuerdo pre-matrimonial!»

Jamás pensé que ese papel sirviera para algo... y mucho menos que sirviera para tanto.

Los siguientes días Shirley no dio señales de vida y no asomó la nariz en el negocio. Pero como si se tratase de un velorio, tuve que agradecer a todos y cada uno de los clientes de la tienda, sus palabras de compasión y aliento. Cada vez que pasaban por el negocio, se acercaban hasta mí para saludar y preguntar cómo me arreglaría de ahora en adelante, con mis cuatro hijos y mi perro Bobby.

Uno a uno les expliqué que afortunadamente solo era un sueño... ¡MI SUEÑO!

«Mi antiguo sueño»

—Eres afortunada —me dijo un día una viejecita, quien todas las tardes venía a tomar un chocolate caliente en el salón.

—¿Le parece que soy afortunada? —respondí mientras soltaba una risita.«Esta señora está loca» Pensé.

—Eres muy afortunada niña, porque tu sueño sigue intacto. Si hubieras tenido niños, o la casa a dos aguas, o a Bobby... ¡tu sueño se habría roto junto a tu matrimonio! Pero como nada de eso salió de la unión, digamos que es como que arrancarás una hoja de la agenda, el tiempo pasó y no volverá, pero...

Me interesó lo que la bella viejecita tenía para decirme. Buen punto señora, y buena perspectiva ¡sin dudas!

—¿Pero...? —insté para que continuara puntualizando su parecer.

—Pero tienes una hoja en blanco para ir escribiendo tu nueva historia niña hermosa. Tienes todos tus proyectos y sueños intactos por delante.

Estábamos frente a frente, ella parecía la abuelita de Caperucita... cabello blanco, anteojos en la punta de la nariz, faldita de lana negra y chal de punto rojo.

—Puede ser —contesté.

—Puede o puede que no —respondió ella risueña mientras abría su pequeño monedero para pagar la consumición

Levanté la mano y la apoyé sobre las suyas. Eran suaves y estaban muy frías.

—Corre por cuenta de la casa señora ¿...? —y le regalé una sincera y agradecida sonrisa mientras aguardaba me diera su nombre.

Ella me devolvió el gesto y también sonrió.

—Soy Doris... y gracias por el chocolate caliente mi niña.

El sonido de la campanilla que anunciaba un nuevo cliente, seguido de una ráfaga de viento, surgió desde la puerta de entrada, alborotando las cortinas y los manteles de la pastelería.

Cambio de aire.

Aún mantenía las manos de Doris entre las mías, cuando un hombre alto, con cabello castaño claro, rostro de modelo y mirada triste, entró.

Usaba un largo sobretodo de cachemir gris y por debajo se podía distinguir un elegante traje.

Ambas miramos en dirección hacia donde se encontraba el caballero, y para mi asombro la viejecita me guiñó un ojo.

«Vieja pilluela»

El misterioso hombre caminó con paso lento, pero decidido, hasta donde nos encontrábamos nosotras.

Se despojó de su sobretodo y depositó las llaves del coche en el mostrador.

Doris sonrió y haciendo un saludo con su mano se retiró del lugar.

—Buenas tardes —saludó el elegante caballero.

¡Hola bombón! «Pensé» pero el profesionalismo, ante todo.

—Buenas tardes señor, ¿en qué puedo ayudarlo? —Y noté claramente, cuando sus ojos me escrutaron de arriba abajo antes de responder.

—Deseo encargar un pastel de cumpleaños —respondió con sus penetrantes ojos fijos en mí —tiene que ser de tres niveles como mínimo y además necesito dos docenas de cupcakes. Todo debe ser de color rosa y tienen que tener zapatillas de ballet negras y estrellas en ellos.

Cogí mi cuadernillo y comencé a tomar notas.

—Bien... ¿para el bizcocho prefiere chocolate o vainilla?

—Chocolate el pastel y vainilla los pastelillos por favor —. Respondió al instante, casi como si lo trajera fríamente ensayado.

No apartaba sus ojos de los míos y mantenía la punta de su dedo índice sobre sus labios, como si su cuerpo estuviera instándole a guardar silencio. Su lenguaje corporal delataba a un soberbio y autoritario espécimen masculino y por alguna extraña razón el sujeto me perturbaba mucho, me ponía nerviosa y eso no era bueno... ¡nada bueno!

—¿Relleno de crema o mantequilla? —retomé, intentando dejar de lado mis locos pensamientos.

—Crema.

El móvil del caballero comenzó a sonar y el atendió la llamada respondiendo un seco...

—Aquí Müller.

Mientras el tal Müller hablaba por teléfono, me dediqué a diseñar un pequeño bosquejo del pastel para que pudiera verlo y aprobar en cuanto terminara su llamada.

El hombre de sonrisa triste no tenía intenciones de finalizar la llamada por el momento. Fue por esa razón que decidí interrumpir por un segundo su acalorado diálogo, para que de esta forma yo pudiera seguir con mi trabajo y él se pudiera marchar antes que la noche llegara. Seguramente su bella esposa y los traviesos niños lo estarían esperando en casa «especulé con pesar» y es que todos los “buenos” ya están ocupados.

—Tienen que recibir el caso si es enviado por mí... ¡ya es la segunda vez que ocurre! Si nuevamente se ignora una de mis órdenes, buscaré la cabeza del culpable y juro que correrá sangre —. Sentenciaba el hombre con un seco tono de voz, que haría cagarse en los pantalones hasta al más valiente.

—Señor... disculpe, —susurré bajito intentando no molestar.

Nada.

—Señor —repetí, haciendo la seña universal con mis manos para pedir un minuto de tiempo.

Nada de nada.

Toqué su hombro y repetí...

—Señor, solamente necesito saber ¿para cuándo necesita el pedido?

—Para hoy a la noche —respondió como si nada y continuó hablando por teléfono y caminando de un lado a otro.

«¿Para hoy?» tenía que ser una broma. Una muy mala broma.

—Perdón caballero, pero eso no va a ser posible. Tanto los pasteles, como los pastelillos se encargan con un mes de anticipación.

Sin apartar sus ojos de los míos colgó su llamada sin siquiera decir adiós y su mirada me congeló por una fracción de segundos.

—Quiero hablar con el propietario ahora mismo —ordenó.

«Idiota»

—El propietario, o mejor dicho “la” propietaria está frente a usted caballero, y es ella misma la que le informa que no tendrá pastel para hoy.

—Señorita ¿...? —y entrecerró sus hermosos ojos tras la pregunta.

—Val.

—Señorita Val...

—Señora —corregí.

—Señora Val,—retomé con más calma y mejor disposición—verá... es sumamente importante que consiga el pastel y pastelillos hoy viernes. Mi hija cumple cinco años y se lo tenía prometido desde hace meses, pero por un inaceptable descuido de mi secretaria no se ha encargado. Y en tres horas, tendré la casa repleta de niñas usando tutú rosa y a mi hija llorando desolada porque finalmente no tendrá su fiesta de Angelina Ballerina.

La verdad es que sentí pena por ese hombre, pero más pena me daba pensar en la desilusión que tendría esa niña cuando su padre llegara con las manos vacías.

Te conozco Val... solucionarás el problema, aunque tengas que cerrar antes el local. Si tan solo la desgraciada de Shirley estuviera aquí, podrías dejar el salón en sus manos y dedicarte a preparar un pastel súper exprés.

—¿Cómo se llama? —pregunté con menos ánimo de pelea que hace un momento.

—Daniel Müller.

—¡No usted! —*rei* —su niña, ¿Cómo se llama la cumpleañera?

—Sarah.

—Qué hermoso nombre —murmuré más para mí que para él... siempre fue uno de mis nombres favoritos en caso de que algún día la vida me regalara una hija.

—*Le propongo algo señor Müller*, le venderé un par de bizcochos de chocolate, y algo de cobertura de pasteles a la que teñiré de rosa en un minuto. Una vez que llegue a casa, pídale a su esposa que se encargue de armarlo, no es para nada complicado y seguro Sarah podrá ayudar. Por mi parte prometo ponerme ya mismo a hornear cupcakes y hacer el intento de llegar a tiempo para que las niñas los tengan para la fiesta.

Pasó su gran mano reiteradamente por su cabello, y no emitió comentario. Miró en ambas direcciones como si esperase a que alguien le socorriera. Luego tomó asiento en uno de los taburetes altos que se encontraban en el mostrador y posteriormente... *aceptó*.

—Perfecto, deme un minuto que pediré a mis chicos que empaqueten los bizcochos y yo teñiré la crema de rosa.

Mi teléfono comenzó a sonar, y sin darme cuenta de los curiosos ojos que me miraban, contesté la llamada.

—Diga.

Como de costumbre, enganché el móvil contra mi hombro, mientras me disponía a armar unas cajas de plástico corrugado para pastel.

—¿Val?

—Sí Álvaro, soy yo —respondí sin mucho asombro.

El abogado que compartíamos con mi ex me estaba llamandonuevamente.«Sexta llamada en lo que va de la semana» *Me pregunto, ahora ¿qué querrá?* ya se quedó con el departamento, con la casa de playa, parte de mi ropa, perfumes, calzones y toda su empresa. ¿Quizás quiera mi coche?... ¡ah no! ¡Mi camioneta no!

—Quiere mi camioneta ¿verdad? —pregunté sin dejarlo hablar.

El carraspeó y comenzó su discurso.

—Val... querida, imagino lo difícil que debe ser esto para ti, es que créeme que los aprecio mucho a ambos, y no justifico para nada el proceder de Ricardo.

—Ya Alvarito... ¡suelta el moco de una vez! *¿Qué quiere mi querido e infiel esposo esta vez?*

Ni bien terminé de decir esa frase, levanto la mirada y esta choca con la de Müller. Me molesta que esté escuchando una conversación ajena tan atentamente, por lo que llego hasta la máquina de café y sirvo un copioso, caliente y espumoso capuchino. Giro y para su sorpresa se lo pongo enfrente sobre una delicada servilleta de papel.

—*La casa invita* —comento mientras doy un guiño.

Asiente en silencio y da un trago a la bebida.

—*Quieren el negocio Val*.

Silencio y posible paro cardíaco.

No sé cuál de las dos cosas es más preocupante en mí... ¿que sufra un infarto, o que me quede sin palabras? Porque no tengo precedente de que ninguna de las dos haya pasado por mi cuerpo anteriormente.

—*¿Mi negocio?* —grité llamando la atención de todos quienes en silencio tomaban café, leían o charlaban con alguien.

—Exacto.

Sostengo el tabique de mi nariz ejerciendo tanta presión como me es posible.

—Mi negocio ¡no! —respondo enérgica—se los compraré.

—Val, tú no tienes dinero. Ricardo canceló hace un mes las cuentas bancarias que tenían en común.

—Entonces lo incendiaré.

—Eso no es legal e irías a prisión automáticamente.

*La realidad es que el abogado tenía razón.*

Lo poco que poseía ya no está.

Las palabras se negaban a querer salir. Di un repaso a la gran y cálida tienda y una lágrima comenzó a caer de mis ojos.

—Entiendo —respondí —que se queden con todo. *No los necesito.*

Di por finalizada la comunicación con un zumbido en mis oídos y muchas ganas de que el día terminara rápido. Todo era un tanto surrealista. En el trascurso de esta semana perdí todo.

—*Val, listos los pasteles* —gritaron de la cocina.

Volteé y fui por ellos. Regresé con la bandeja, la deposité a un lado y uno a uno comencé a guardar los tres bizcochuelos de chocolate en las cajas. Un prudente Müller observaba en silencio mis movimientos.

Con un estado de agotamiento realmente grande, introduje las cajas en una gran bolsa de papel y la puse sobre el mostrador.

—Son 30 dólares caballero, y por favor déjeme su dirección para poder enviar los cupcakes a tiempo, el costo del delivery es de 12 dólares más.

—No se preocupe... el dinero no es problema.

*Soberbio* «pensé» y entrecerré mis ojos con desprecio, hoy estaba hecha una araña peluda... *¡y absolutamente todo me molestaba!*

—2307 M St NW —dictó rápidamente mientras yo tomaba nota.

—En dos horas estaremos con la entrega en su casa señor —transmití sin apartar mi vista de la computadora.

—¿Se encuentra bien señora Val? —indagó mientras me veía secar con una servilleta una y otra vez las rebeldes lágrimas que se negaban a dejar de salir.

Fingí una sonrisa«*de esa que les doy a mis clientes*» y asentí.

—Es solo que... *¡todos los hombres son iguales!* —elevé mis hombros y reí —capullos y egoístas. *¡En especial los abogados!* —rematé para darle un toque

simpático a la situación.

Sonreí y tomé la taza vacía que había dejado el agraciado e insolente hombre sobre la mesa.

El misterioso caballero se puso de pie lentamente, se colocó nuevamente su abrigo y tomó la bolsa de papel que aguardaba frente a él. Sacó un billete de 50 de su bolsillo y pidió que guardase el cambio. Agradecí y para mi sorpresa antes de girar sobre sus talones para salir, dejó su tarjeta junto a la caja registradora.

*Luego sin más... se marchó.*

En la tarjeta se leía su nombre y profesión: *Daniel Müller-Abogado.*

«Auch» *eso sí que fue un golpe bajo.*

—*¡Perdón!* —grite cuando él ya había cruzado la puerta exterior.

*Siempre que llovió... mi ropa se mojó.*

Estaba a punto de cerrar cuando sonó el teléfono de la tienda.

Me pareció raro el llamado a esta hora. Y atendí a pesar que ya estábamos cerrando. Todo se encontraba oscuro y yo era la única que permanecía hasta esa hora. Siempre fui la primera en llegar y la última en marcharme, y más ahora que ya no tenía motivo por el cual llegar a casa con prisa.

Aún no comenté nada de la separación a mi familia... es que las mujeres que me rodean pueden llegar a ser un tanto “intensas” por no decir ¡brujas!, y pobre de quien se atreve a tocar a alguien de su clan.

Y fue por esa razón que preferí aguardar un poco antes de dar la ingrata noticia. Ya que considero que las bolas de Ricardo son necesarias para su salud y es probable que se las dejaran como ciruelas pasas si se enteraban de su infidelidad, me prometí dar la noticia cuando me encontrara lo suficientemente estable y “sana” emocionalmente.

La pequeña buhardilla de la tienda pasó de ser oficina a dormitorio. ¡Exacto! Desde que Ricardo me dejó ya no tenía dónde ir, así que me refugié en la que siempre consideré mi segundo hogar... *mi amada tienda.*

En las noches... cuando los fantasmas se hacen presentes, puedo simplemente bajar a la cocina y experimentar tranquilamente algún nuevo gusto de pastelillo o cobertura.

En casa no podía hacer eso, porque mi querido Ricardo tenía el sueño muy liviano, y a pesar de tener un departamento de doscientos metros cuadrados, el señorito siempre despertaba ante el mínimo sonido de una cucharilla cayendo al suelo.

«Zoquete»

Ahora sin tienda, también necesitaba conseguir un departamento además de un trabajo. ¡Y de forma urgente!

—Diga.

—Buenas noches —la ronca voz de un caballero con sonido de risas de niños de fondo saludó.

Reconocí la voz al instante, y el apremio que había tras ella.

—*Buenas noches caballero*, si quiere saber en cuanto tendrá su pedido... déjeme decirle que en 12 minutos exactamente.

—¿Sabe quién habla? —pareció desconcertado con mi saludo.

Pero hay algo claro, si buscaba discutir por mi retraso, no lo logrará. Hoy no, esta semana no y mucho menos en esta vida.

—Por supuesto que sé quién habla, y déjeme decirle que desde chiquita “*puntualidad*” es mi segundo nombre. Dígale a Sarah, que en un momento tendrá su fiesta de Angelina.

Colgué y terminé de guardar los cupcakes en las cajas. Tomé mi botiquín de primeros auxilios de repostera, el cual consta de fondant de varios colores, cobertura rosa por si alguna se dañara en el transcurso del viaje, y los detalles que tanto amo de mi profesión y que siempre aplico a último momento, ejemplo: corazones, estrellas o brillantina comestible.

Una vez en la camioneta, conecto el GPS, porque si algo tengo además de ser buena como la perra Lassie atada, es que soy un despiste andante. Seguro que, si la española no me guía, terminaré en ¡México! Convengo que no estaría nada mal, playa de Cancún... yo en una hamaca bebiendo margaritas al sol. *¡Pero no hoy!* Una niña me necesita y allí voy.

A la española del GPS me gusta llamarla Manola, y desde que Shirley se acuesta con mi marido y vive en la casa que antes me pertenecía, pasó a ser mi nueva mejor amiga.

«Triste pero real»

Coloco la dirección del papurri de ojos tristes y emprendo viaje. Manola me indica que solo estamos a 8 minutos del lugar. Por lo que me felicito y auto palmeo mis hombros por tanta exactitud al indicar el tiempo de entrega. Pongo música la cual nunca puede faltar en mi coche, y el pendrive me recompensa con una hermosa balada de Alex Ubago.

*Si ayer tuviste un día gris, tranquila yo haré canciones para ver si así consigo hacerte sonreír.*

*Si lo que quieres es huir, camina,*

*yo haré canciones para ver,*

*si así consigo fuerzas para vivir...*

*No tengo más motivos para darte*

*que este miedo que me da,*

*el no volver a verte nunca más...*

No puedo evitar sentir un dejo de nostalgia por lo que perdí. Es lindo saber que alguien espera por ti cuando llegas a casa. Abrir una botella de vino, encender el hogar y hablar sobre cómo fue la jornada de cada uno. Hacer planes, proyectar la vida de a dos y envejecer de la mano. Y es que, por más alegre y positiva que sea, no dejo de pensar *¿qué fue lo que hice mal para que él me cambiara por mi amiga?*

En las noches repaso una y otra vez las diferencias que existen entre Shirley y yo.

*¿Será porque ella es delgada y coqueta y yo no? Sé que no debería culparme por la estupidez que él hizo, pero por momentos el pesimismo gana la batalla y me*

*culpo.*

Me culpo de todo. *De mi falta de elegancia, de mi cuerpo, de lo que pudo ser y de lo que no fue.* Detengo la camioneta cuando Manola indica que llegué a destino. Cierro los ojos y descanso la cabeza unos segundos en el volante. Inspiro profundo y luego suelto el aire de golpe. Listo, volví a ser yo.

¡Fuera fantasmas!



*Dulces tentaciones.*

Corroboro varias veces la dirección en la agenda, antes de cometer un desastre al llegar con mi entrega en la casa equivocada.

La casa... «*Si es que así puede llamarse*», es una mansión de dos... ¡no, de dos, no!... ¡tres pisos! «Woow»

La verja está tan alejada de la casa, que me canso de solo pensar en caminar esa distancia. Espero tengan de esos carritos de golf para que alguien me traslade.

Ni bien asomo la nariz de la camioneta a la casa, escucho un agradecido... “*¡Por fin!*”

Observo en todas direcciones buscando el mágico artefacto por el cual me espían y finalmente veo entre la oscuridad de la noche un parlante con cámara entre los arbustos que hay a mi izquierda.

El gran portón se abre en dos, dándome a entender que ingrese con mi coche.

*Obedezco.*

Guio la camioneta por los metros y metros del exuberante jardín, hasta dar con una hermosa fuente circular. Desciendo y en cuanto estoy por dar la vuelta para abrir la parte trasera, la puerta de la casa se abre y escucho un grito...

—*¡Papito ya llegó!*

Levanto la mirada, y en la fría y ventosa noche estival, veo a la pequeña niña de rosa, que expectante espera por su fiesta soñada.

Desciendo del vehículo y giro para buscar en la parte trasera las dos grandes bolsas de papel que tengo repletas de pastelillos, además de mi botiquín de emergencias.

Subo la escalinata que da a la entrada principal, y luego de pasar por dos enormes columnas de mármol, traspaso el umbral.

La pequeña criatura se encuentra de la mano de una mucama «*deduzco por el atuendo*» y con una encantadora sonrisa en la que puedo ver todos sus pequeños dientitos de leche y la ausencia de algunos de ellos, soy recompensada con un gran abrazo.

*¡Exacto!*

La pequeña ratona bailarina, vestida de pantis blancas, malla de danza rosa y tutú al tono, me estrechó cariñosamente en un abrazo.

Al encontrarme de pie con las manos ocupadas, y la niña rodeando mi cintura con sus pequeños bracitos, me vi en la necesidad de con la mirada, pedir ayuda a la joven mujer que miraba con una gran emoción plasmada en el rostro, la dulce demostración de cariño.

Ella tomó las bolsas y la caja plástica, para que yo pudiera ponerme de rodillas y devolver el tierno gesto que tuvo la niña para conmigo.

Lentamente me puse de rodillas y nos abrazamos con la pequeña Sarah como si nos conociéramos de toda la vida.

—*¡Feliz cumpleaños!* —le dije emocionada al recibir tanto afecto—sin dudas lo necesitaba... un reconfortante y sincero abrazo.

—Gracias —dijo ella mostrando nuevamente su amplia sonrisa.

Su cabello castaño con dos coletas, y su cara pecosa la hacían comestible, y al instante sentí empatía por tan bella criatura. Mis inoportunos ojos se llenaron de lágrimas con una maldita melancolía.

Tras el abrazo, rápidamente me pongo de pie para no seguir poniéndome sentimental y no perder más tiempo en la entrega. Vuelvo a coger las bolsas que había cedido momentáneamente y solamente con un gesto de cabeza agradezco a la gentil dama que sostuvo mis paquetes.

—*Sarah, ve con las amigas.* Y usted señorita sígame por favor —comenta la elegante y uniformada mujer.

Tal como lo indica, voy tras ella.

Pasamos por una gran sala, y cuando digo “gran” es que es ¡enooooorme! Exacto, así... con muchas “o” para que entiendan mejor a lo que me refiero. Calculo que, si no se encontrara en las condiciones que está en este momento, sería muy elegante y sofisticada. Muebles de roble y mármol, grandes sillones de color blanco, candelabro de cristal y biblioteca de piso a techo.

Pero esta noche en ella se ha montado una especie de campamento rosa, varios colchones en el piso con cubres rosa y unas diez niñas vistiendo igual que la cumpleañera, saltan y gritan sobre ellos. Creo que esto solo intensifica para mejor el estilo... no dejo de encontrarlo como una especie de “*glamour hogareño*”

En una gran televisión se ve a la ídola de la cumpleañera, Angelina Ballerina cantando y bailando junto a sus amigos. A un lado, en una mesa baja, hay vasos caídos con refresco, *marshmallow*, patatas fritas y salchichas. ¡Por Dios, qué descontrol! «*Y eso que me encantan los niños*»

Seguimos de largo por un pasillo, donde al final de este, se advierte una puerta vaivén. Al traspasarla lo que veo me asombra, enternece y preocupa en partes iguales.

—*Señor Müller* —digo sorprendida.

El interrumpe su tarea y toma un trapo de cocina para limpiar sus manos, antes de rodear la mesa central de la cocina.

Encontrar al elegante caballero que visitó mi tienda hoy a la tarde, vistiendo un gastado pantalón de mezclilla, con una ajustada t-shirt blanca hace que mis ratones den vueltas al aire y que me replantee muchas cosas.

Ejemplo...: *el tirar las bolsas a la mierda, lanzar al hombre sobre la mesada, embetunar su cuerpo de crema rosa y lamer desde el empeine de su pie hasta detrás de su oreja.*

Sé que no es buena idea.

¡Ni que fuera a hacerlo!

*No soy una ninfómana...* «*O no lo era antes de ver al señor abogado en vestimenta casual*» fue tan solo un pensamiento. Un sucio, perverso y rosa pensamiento.

Sacudo mi cabeza para aclarar mis ideas y deposito los paquetes sobre la mesada. Estrecho la mano que el hombre gentilmente me tiende y noto cómo se me eriza el vello de la nuca.

—Gracias por llegar a tiempo Val.

—No se preocupe, como dije... *Val alias puntualidad.* Y dígame... ¿Qué es lo que está haciendo con los pasteles que compró en mi tienda?

*Porque casi infarto al ver uno de mis perfectos y deliciosos pasteles de chocolate aserrado en diagonal y todo resquebrajado.*

—Bueno —tose y aclara su garganta —estoy armando el pastel de tres pisos. Por lo que vi en YouTube antes debo rellenar cada uno de los bizcochos.

—Pero, ¿qué fue lo que le hizo ese pobre bizcocho para que usted lo mutile de esa forma?

—¿*Mutilar?* —pregunta con desconcierto.

—Hágase a un lado, déjeme hacerle RCP a ese pobre bizcochuelo a ver si logramos salvarlo... de lo contrario será pastel de dos pisos. *¿Tendrá un delantal para prestarme?*

El pobre hombre se hace a un lado, un tanto desconcertado por mi actitud. Pasa su mano por su rostro denotando cansancio y en silencio, como un niño bueno, rebusca en un cajón hasta dar con un delantal.

Es negro y un poco grande para mí, pero no hay otra opción... lo tomo y antes de colocármelo, leo la frase que tiene al frente en color blanco.

*“En esta casa manda mamá y cocina papá”*

«Tierno» *pienso.*

Y también pienso que todos los especímenes masculinos buenos, ya están ocupados.

Doblo el peto a la mitad y me lo coloco solo de la cintura para abajo, gracias a mi pancita “harinera” es la parte de la ropa que siempre se me ensucia.

Observo el desastre que ha hecho el bello hombre, y es de no creer... *¡lo arruinó por completo!*

—Señor Müller, ¿por casualidad tendrá Nutella, nueces o almendras y un gran recipiente?

Müller rebusca en el refri hasta dar con la deliciosa Nutella, en el armario encuentra un paquete de frutos secos y deposita todo a mi lado junto a un gran *bow!* de vidrio.

¡Perfecto!... *hora de operar.*

Tomo lo que queda del bizcocho y comienzo a romperlo dentro del *bow!*

—*Pero ¿qué hace con el pastel señorita Val?*

Se lo nota preocupado y estresado, por lo que le pido tome asiento en uno de los taburetes que se encuentra junto a mí.

—Usted tranquilo señor... ya verá.

Una vez que deshago todo el bizcocho, coloco el pote de Nutella sobre él y pico en pequeños trozos las nueces, con todo comienzo a formar una pasta compacta y la cubro con film de cocina que encuentro en un lado. Camino hasta el refrigerador y guardo la mezcla para que enfríe.

—En unos minutos ¡tendremos trufas! —explico a Müller mientras guiño un ojo.

*Tose y yo sonrío. Últimamente encuentro encantador ese gesto suyo de aclarar su garganta antes de hablar.*

Tomo el siguiente bizcocho, que gracias a Dios permanece intacto de las manos del papurri y con mi gran cuchilla comienzo a separarlo perfectamente en dos.

Una vez que tengo las mitades prontas, coloco el relleno y superpongo una sobre otra.

Müller me observa en silencio.

—Debo reconocer señorita Val que estoy sorprendido. Nunca pensé que la repostería fuera una tarea tan difícil.

*Sonrí.*

Seguro es de los que menosprecian el arte de la dulzura.

—La repostería es una ciencia ¿sabe? —Müller observa en silencio y con interés... por lo que prosigo —una ciencia exacta, si algo falla, ¡falla todo! Hay que pesar, calcular y medir temperatura. *Pero el final... ahhh el resultado es tan gratificante que hace que todo valga la pena.*

Camino nuevamente hasta el frigorífico y saco la mezcla que dejé enfriando hace un momento. La transfiero a la mesada y me dispongo a formar bolitas para las trufas, cuando se me ocurre una mejor idea.

—¿Tiene sus manos limpias?

—¿Disculpe? —parece desconcertado por mi pregunta.

—¿Deme sus manos por favor? —duda por un momento, clava sus feroces ojos en los míos y duda... aunque finalmente sucumbe. Me las entrega, y yo volteando sus palmas arriba inspecciono que se encuentren limpias.

El tener las manos de Müller entre las mías, es la peor idea que pude haber tenido en toda la noche... son enormes, pulcras y masculinas a la vez. Todo un festín para mis ojitos luego de la obligada castidad que estoy viviendo.

Recalculando *«grita mi yo interior con una mano en la cintura y el palote de amasar en la otra»*

Imagino a mi yo interior como un poco mafiosa... una especie de alter ego de todo lo que la diplomática y correcta Val no deja salir fuera. Luego de ver la serie de Netflix *“Orange is the new black”* la imagino como a Red... ama y dueña de la cocina, con el cabello teñido en un furioso tono ciruela y con un relleno dulce tras la fría coraza de sentimientos.

—Preste atención. Tomamos una cantidad de mezcla y formamos bolitas... luego las pasamos por confite de colores y ¡voilà! Súper trufichispas de chocolate. Ahora es su turno, continúe formando trufas mientras yo termino con el pastel.

—Es que usted lo hace parecer tan fácil, y yo dudo poder hacer algo tan perfecto como eso —señala la pequeña bolita de colores que reposa en el plato.

—No tienen que ser perfectas, solo tienen que ser hechas con amor, créame que su niña estará feliz.

—¡Papá! Sarah y las insoportables han roto la lámpara que era de la abuela.

Un niño de unos siete años aproximadamente, vestido con disfraz de Batman entra a la cocina para dar la noticia de la rotura.

Müller cierra los ojos, mientras presiona con sus dedos índices fuertemente sus sienas.

—Son tan solo niñitas —. Balbuceo para quitar dramatismo a la situación.

Quita las manos de su rostro, dejando la huella de chocolate a cada lado de su frente. Pienso en los tornillos que tiene Frankenstein y sonrío, gesto que al señor ogro no le gusta para nada.

—¿Niñitas? —grita y se pone de pie —¿niñitas? —camina hasta donde me encuentro y comienza a elevar su tono de voz cada vez más... —esas “niñas” —señala en dirección a la sala —son unas salvajes, que visten tutú como princesitas y se comportan como ¡vándalos!

*«Gritaba el estresado hombre»*

*Pobre... me da pena ver cómo la casa y la fiesta se le escapa de las manos a ese machote alfa.*

—Y para colmo de males... ¡la cocinera renunció hoy! —continuó Müller con su feroz lamento —eso quiere decir, que tendré que pedir pizza para 13 niños y la casa terminará...

Se interrumpió de golpe.

—Terminará... ¿sucia? —rematé la frase por él.

—Sí... ¡Hecha un desastre! Pero disculpe el descargo que estoy haciendo con usted. Agradezco enormemente todo lo que ha hecho por nosotros. Sarah va a estar muy feliz cuando vea el pastel.

Saca la cartera del bolsillo trasero de su pantalón, pero cuando está a punto de tomar unos billetes, elevo mi mano para detenerlo.

Sé que soy una tonta y que rápidamente genero empatía con las personas... pero en este caso es más bien un acto de caridad... siento que no puedo abandonar esta familia en pleno caos. Y para ser sincera, temo por lo que las niñas vayan a comer... ¡Dios bendito pizza congelada, no por favor!

—¿Le gustaría que lo ayudara con las niñas?... porque verá, no solo soy la mejor repostera del condado —guiño mi ojo nuevamente y puedo notar que ese gesto lo incomoda... —también resulta que soy chef.

—Pero usted, ¿no tiene algo que hacer? Es viernes a la noche, y no tengo idea de cuánto puede llegar a durar el asunto.

*Hago una mueca con mi rostro.*

—Bueno, técnicamente mis planes eran comprar comida chatarra y mirar una maratón de películas románticas. Como bien escuchó hoy a la tarde, mi vida se alteró un pelín. *«Hago un gesto con mis dedos índice y pulgar»* mostrando lo “poquito” que se alteró mi vida y luego me largo a reír —. *Pero al mal tiempo, buena cara —* agregó para romper el silencio que se produjo luego de mi comentario —después de todo, ¿quién necesita casa, esposo, trabajo o mejor amiga? *Y déjeme decirle algo señor Müller... que, como repostero, ¡usted es un excelente abogado!*

Ambos reímos y su risa produjo una contracción en mi estómago de lo más inquietante.

—Está usted en lo cierto señorita, la repostería no es lo mío, pero déjeme decirle que en los últimos cuatro años he perfeccionado mi arte en la cocina.

—Eso es muy bueno, sobre todo para su esposa, porque por más que yo ame la cocina, sé que lleva tiempo y con niños pequeños el trabajo se multiplica. Hablando justamente de eso... debo hacerle una pregunta.

—Dirá usted ¿qué quiere saber?

—¿Prefiere que hable con su señora por el menú a preparar para los niños o lo decide usted?

El estado de incomodidad en el que repentinamente se encontró ese hombre, me hizo pensar que mi pregunta no le cayó para nada bien.

—Ella falleció hace poco más de cuatro años.

—¡Cuánto lo lamento!

Fingió una especie de sonrisa y palmeo mi hombro.

—No se preocupe,—suspiró con pesar—los niños están bien, y eso es lo más importante para mí. Sarah era una bebé cuando sucedió el accidente. Mi esposa siempre fue una mujer muy independiente, no era la típica mamá que prepara galletas junto a los niños, o se tiran en la alfombra a jugar... ella viajaba mucho por su trabajo y los niños estaban acostumbrados a no verla por días. De hecho, se había mudado con el jardinero de casa dos meses antes del accidente, dejando los niños a mi cuidado. De todas formas, Felipe «el pequeño Batman que acaba de entrar» fue el que más la extrañó, tenía tres años y en su momento hizo un retroceso, volvió a orinarse en la cama, quería usar el chupete de su hermana y estaba enojado conmigo todo el tiempo. Por suerte poco a poco nos fuimos adaptando a la vida de a tres. No fue fácil, pasamos a ser tres en mi cama. Recuerdo que la psicóloga estaba en contra, pero me impuse... ella no fue quien quedó sin madre.

—Entiendo —*digo con un nudo en la garganta*. Tengo ganas de abrazar a este hombre. Pienso en la tierna imagen de ver a los tres abrazados pasando la noche a la protección de ellos mismos.

La chica de uniforme que me recibió a la entrada, ingresa en ese momento a la cocina interrumpiendo el emotivo momento, viene seguida de un hermoso y gordo cachorro de Labrador.

—Señor Müller llegó Micaela y sus padres quieren saludarlo.

—Gracias Concepción, díles que ya voy. ¿Tú podrías sacar a Bobby un momento al parque?... temo que se trepe a la mesa y se haga un festín con el pastel.

—Claro señor... Bobby vamos bebé—dijo Concepción al llamar al perro. Este agitó su trasero y salió feliz.

«*Esperen*»

¿Dijo Bobby?... ¡mi Bobby!

Por un momento quedé muda. ¿Otra vez?, ¡oh sí! La segunda vez que no sé qué decir en la semana.

Nota mental: *ir al médico*.

—Val... ¿*me escucha?*

Salgo de mi viaje y veo que Müller se encuentra próximo a salir de la cocina mientras me habla.

—Sí, aquí estoy señor.

—Haga de cuenta que esta es su casa, le doy libre albedrío en todo, prepare lo que considere más conveniente para los niños.

Y en silencio se selló el acuerdo entre Müller y yo, solo asentí como una tonta, y como si fuera parte de la casa, me puse a inspeccionar en detalle el refrigerador y las alacenas en busca de alimentos para preparar.

Veo salchichas ¡perfecto! adoro cortarlas en tercios y luego hacerles cortes longitudinales para que al momento que se pongan a cocinar en el agua adquieran forma de pulpitos, con masa de hojaldre también armaré un par de salchichas en camisa, herviré un pack de huevos de codorniz que hallo; y en un cajón encuentro a mi amada levadura, la tomo y luego la huelo mmm... ¡adoro su olor! Si esto no es una señal, que me expliquen de qué se trata... claramente percibo que el universo quiere que prepare pizza. «*Mi especialidad*» Seamos sinceros, a los niños les gusta comer con la mano, por lo que considero ideal estas tres preparaciones... ¡manos a la masa!

«*Literalmente otra vez*»

*Una peligrosa sonrisa Colgate.*

Acompaño a los padres de Mica hasta la puerta para despedirlos. Sinceramente no es fácil ser viudo. Calculo que como está el mundo de hoy, no es sencillo confiar en que un grupo de niñas se queden en la casa donde no hay una “*mamá*”. Por suerte hace años que nos conocemos y mi reputación se encuentra a salvo con las familias de los amigos de los niños. También en casa se encuentra Concepción, que es una de las asistentes de casa y niñera de mis pequeños, ella acompaña al chófer todos los días a la hora de retirar a los pequeños del colegio. Eso sí... ¡la mañana es mía! desde siempre tuve y tengo por norma llevarlos yo mismo a sus clases, pienso que por poco que sea, significa mucho para ellos que su papá vea sus dibujos y reciba por parte de la maestra sus avances.

Vuelvo al presente y pienso en la señorita Val, esa chispeante mujer que conocí apenas hace unas horas, pero que inspira a no querer dejarla ir. *Es alegre, sincera, directa y hermosa.*

Peligroso para mis defensas. Por norma nunca contrato para que trabajen en casa, a mujeres que encuentro bellas. No quiero tentarme con una y tener que asumir luego una demanda por acoso sexual.

Pero esta chica Val, no solo es bella, sino que tengo la ferviente necesidad de apropiarme de ella.

Necesito una cocinera, «*pienso*», seguro es eso. Porque por más que adoro a Concepción y a Rita mi asistente, ambas son unos desastres en la cocina, queman la comida, me hacen las tostadas carbonizadas y el café aguachento. Y mis hijos no pueden vivir a macarrones con queso, que es lo único que seguramente puedan preparar bien.

Los niños y yo necesitamos una dieta balanceada y ella recientemente perdió todo. Sería algo muy beneficioso para ambas partes, solamente tendríamos que fijar la cantidad de dinero por la cual ella estaría dispuesta a meterse en mi dominio, y listo.

Es raro que haya perdido absolutamente todo en su separación. Soy abogado y puedo oler los chanchullos donde los hay. Por lo poco que sé, el hombre mantenía una relación extramatrimonial con su mejor amiga, y si ella le entrego todo a su ex, cuando él le fue infiel, *¡ha sido una tonta!* Con un abogado como yo de su lado, no le quedaría ni el cortauñas al cobarde.

Con calma Daniel, primero lo primero... *ofrecer trabajo a la joveny* si no acepta buscar una nueva cocinera «*me molesta mucho esa segunda opción*» suelo ser hombre de “*donde pone el ojo pone la bala*” y me cuesta contratar gente para que trabaje en la intimidad de mi hogar.

Segundo: *hablar de los derechos legales que tiene ante un caso así... el adulterio puede ser muy beneficioso para la parte damnificada.*

Tercero, *meterla en mi cama y darle lo que hace tiempo no debe estar recibiendo.* Solo un imbécil dejaría a una mujer así... hermosa, con bellas curvas, simpática y la frutilla del pastel ¡sabe cocinar!

Acomodo mi entrepierna, la que repentinamente se pone nerviosa cuando pienso en la señorita Val. Y antes de salir del baño, miro la imagen que me devuelve el espejo. Soy un hombre relativamente joven, atlético, pero cansado. Las responsabilidades que adquirí de un día para otro, me agotan.

Amo a mis hijos, mi trabajo y tengo buenos amigos, pero a la noche, cuando ya acosté a los niños, les serví su vaso con agua, y tras darles un millón de besos, es cuando me doy cuenta lo solo que estoy.

Mujeres no me faltan. Pero solo de la puerta para afuera, tan solo una logró traspasar mi frontera y esa es Paula... mi secretaria. Al principio solo fue una amistad, ella venía a ver a los chicos con dulces, los sacaba a pasear al parque y al cine, pero no eran los niños su objetivo, ese era yo.

Un whisky de más fuera de hora, unos expedientes decisivos para finiquitar un caso, hicieron que “la amistad” pasara a mayores. Mi mano en su espalda baja, mientras ella se servía un café, luego sus labios sobre los míos y ¡listo! La relación arruinada. Reconozco que es una chica muy eficiente, tanto en la oficina como en la cama. Pero no es la mujer que me completa. Ni Angie ni Marisa, todas son bellas y despampanantes, mundanas y sensuales... ¡pero no! Ninguna es digna de conocer la intimidad de mi hogar.

Durante las cuatro horas de fiesta de pijamas, las niñas saltaron sobre los sillones blancos, se escondieron por toda la casa, corrieron y gritaron, se maquillaron, rompieron algunas cosas y parecían no tener fin.

*Eso parecía.*

Hasta que la señorita Val las llamó a cenar. Sobre la gran mesa de la cocina, y para mi asombro había dispuesto un gran mantel blanco, platitos de plástico en cada uno de los lugares, vasos y servilletas. También una gran jarra de jugo de naranja, y varias fuentes de diferentes y extrañas preparaciones.

*¿Pulpo?*

—¿Preparó pulpo a las niñas? —Exclamé lleno de asombro.

Ella dejó escapar una sonora risa que produjo escalofríos en mi espalda.

*Espontanea* fue la primera palabra que se me cruzó por la cabeza. La segunda fue *cama* nuevamente.

«¡Basta!»

—Son salchichas con forma de pulpitos—respondió la señorita Val con una enorme y brillante sonrisa —mire... pruebe una, señor Müller—comentó mientras tomaba un tenedor.

Para mi asombro, mientras las niñas iban llegando, la señorita Val pinchó uno de los extraños pulpos, lo sumergió en una especie de salsa, y con una mano debajo para evitar derramar la salsa, caminé hasta mí.

—*Vamos, abra la boca y pruebe.*

Admito que dudé un momento.

Esto era putamente familiar y ya comenzaba a molestarme. Pero como un crío, obedecí y abrí la boca. El sabor me arrastró al pasado. A ese momento de mi vida, en el que el pequeño Daniel Müller era una persona sin complicaciones y ciento por ciento feliz.

—Y... *¿le gustó?* —preguntó.

Aclare mi garganta antes de responder y mis ojos viajaron hasta su perfecta dentadura blanca.

—*Delicioso.*

Su sonrisa se ensanchó y giró sobre sus talones para continuar con la tarea de alimentar a los niños.

—Estaré en mi escritorio por si me necesita—comenté a Concepción y a la señorita Val, pero nuevamente fui sorprendido con su descaro.

—¿*Usted no va a acompañarnos señor Müller?* Seguramente Sarah quiera que usted esté presente en su cena de cumpleaños.

—Si papito porfi... porfi—comenzó a pedir Sarah uniendo sus manitas en suplica, y al instante mi hijo Felipe se sumó al pedido.

Abracé a mis pequeños por detrás y tras acariciar sus cabelleras tomé asiento en el extremo de la mesa.

La cena fue encantadora, todo resultó demasiado delicioso, incluso las momias de salchicha y masa. Ni hablemos del pastel y los pastelillos. Las niñas devoraron todo hasta el atracón, y tras pagar lo correspondiente tuve que dejar partir a la señorita Val.

Junto con Concepción, acostamos a las pequeñas en la enorme cama comunitaria que armamos en el living, y tras colocar una película en Netflix, pude finalmente librarme de las pequeñuelas.

—Papito—llamó mi hija, por lo que caminé hasta donde ella se encontraba acostada.

—Dime cielo.

Pero ella se limitó a abrazarme con fuerza. Y tras un gran beso en la mejilla susurró en mi oído... «*Este fue el mejor cumpleaños del mundo*»

Pero, ¿Qué era de diferente este cumpleaños de los anteriores?

¿Será porque fue en casa y no en un gran club repleto de animadores?

¿O será porque tuvo su pastel y pastelillos a tiempo?

—Qué bueno hijita que la pasaras bien, ¿fue el mejor por tu pastel o porque tienes un campamento en la sala de casa?

Ella sonrió y me enseñó su “ventanita” ... como acostumbra llamarle a la falta de uno de sus incisivos.

—Papito, este fue mi mejor cumpleaños del mundo, porque estuviste solo para mí... y cenaste los pulpos y las momias con nosotras.

Un nudo en la garganta y el pecho oprimido fueron el resultado a su angelical comentario.

—¿Sabes una cosa Sarah?... para mí, este también fue el mejor cumpleaños del mundo.

*Tras otro beso me despedí.*

Fui a la cocina a servirme un café. Son más de las doce de la noche y tengo que terminar varios expedientes antes de poder ir a la cama.

Últimamente no encuentro el placer de ir allí. Mi cama es muy grande para mí y hace tiempo que no duermo bien. Coloco una capsula en la cafetera, y decido tomar otro trozo del delicioso pastel. Nunca soy de comer cosas dulces, pero en este momento se me antoja una porción.

Un sonido capta mi atención. Es el ring ton de un móvil, pero no el mío porque siempre lo traigo en mute, además jamás, pero jamás elegiría la canción “*La Mordidita*” de Ricky Martin como sonido. Busco con la mirada la dirección de donde proviene el molesto sonido, cuando finalmente lo encuentro. Es un móvil con carcasa rosa y en la pantalla de éste se ve de imagen de fondo, un sugerente cupcake rojo con una cereza en la punta, por tal detalle pude concluir a quien pertenece.

Escucho que la máquina de café termina mi capuchino y por un momento dudo... entre tomar mi café o ir a llevar el teléfono a la descuidada y olvidadiza señorita Val.

Miro mi café y las llaves del coche, café versus llaves, relax... o conducir por la helada noche hasta la pastelería.

Tomo las llaves del coche, como si un titiritero dirigiera mis movimientos. Coloco mi gran abrigo y salgo de casa. Rita me observa.

—Regreso en diez minutos—comento como única explicación—cuida a las niñas por favor.

## Capítulo 8

*Y todo comenzó...*

Digamos que no fue una total sorpresa encontrar la entrada principal y la trasera, bloqueando mi ingreso con una nueva cerradura y una cadena con candado.

Automáticamente pensé que...: *No se puede esperar de un burro otra cosa que no sea una patada.* ¡Y eso con el mayor de los respetos que le tengo a los burros! Pero algo tenía claro, que de Ricardo y Shirley podía esperar cualquier cosa. Al menos tuvieron la gentileza de botar mis enseres particulares y algo de ropa en una caja, a un lado de la salida trasera, justo en el callejón.

Tenía en mi mano una bolsa con un súper combo de McDonald's y un refresco de dieta en la otra... ¡lo sé! Pero, aunque coma hasta la muerte, mis refrescos serán de dieta. La noche estaba helada pero mi furia no me dejaba sentir frío. Una lágrima atrevida cayó desde mi ojo y se deslizó por mi mejilla, rápidamente la limpié, para que las demás vieran que no estaban autorizadas a salir.

*Pensé mis alternativas...* podía conducir dos horas hasta la casa de mi madre, o ir a despertar a alguna de mis hermanas, las que seguramente al instante, llamarían a mi madre preocupándola innecesariamente.

Descarto esas opciones.

Con los dólares que me pagó Müller puedo dormir en una habitación calentita y limpia de hotel, mientras pienso qué hacer con mi vida.

*Oooo...* puedo dormir dentro de la camioneta y ahorrar el dinero que cobré, para mañana cargar combustible y conducir hasta lo de la mamá.

Sí... triste pero la única opción.

Es que, si gasto todo en la noche, mañana no tendré ni para el autobús. Después de todo, no hay mucha variedad de hoteles por esta zona... o son lujosos o son antros en los que cobran por hora.

Tomé asiento en el escalón, con la segura idea de pernoctar en mi coche. La escalinata que daba acceso a la cocina de la tienda se encontraba ¡helado! Y mi trasero se congeló al instante. Las grasas trans eran la única solución para el frío y el mal de amores sin duda, abrí la bolsa de papel y aspiré el delicioso aroma, tomé la hamburguesa y le di un gran mordisco... *mmm ¡deliciosa!*

Ya casi terminaba mi cena, cuando ya no tenía sensibilidad en la nariz. Los dientes me castañeteaban de frío y comencé a preocuparme. Me levanté, tomé la caja que habían botado a la basura con mis pertenencias y caminé por el callejón rumbo a mi camioneta.

Faltaban unos metros para llegar a la calle principal, donde sin duda era más seguro y se encontraba iluminado, cuando una figura comenzó avanzar hacia mí.

Frené la marcha y mi corazón comenzó a latir a mil.

Una gran figura apareció en el callejón y lentamente empezó a caminar hacia mí. Fui reculando lentamente, primero un paso, luego dos y tres. No había duda que la figura era de un hombre alto y fuerte.

Con el corazón en la garganta continué retrocediendo hasta que la figura tuvo rostro. *El viejo baboso sonreía mientras aflojaba una soga que tenía anudada en su pantalón a modo de cinturón.*

Dejé caer la caja que llevaba en mano y me di cuenta que no tenía escapatoria, mi única opción era saltar los muros laterales de dos metros de altura, pero salvo que me transformase en Spiderman, no lo lograría.

«Mierda»

—Pero ¿qué tenemos aquí?... uno buscando sobras de algo dulce y me encuentro aun pastelito de carne y hueso—. Dijo el viejo llegando a pocos centímetros de mí. El hedor inmundado de mugre y alcohol llegaba hasta mi nariz y comencé a tener nauseas.

—Si me toca...—amenacé con mi dedo índice en alto —¡gritaré y lo morderé!—dije con mi mejor tono de voz de “valiente” el cual claramente no resultó tal. *Más bien se oyó como un lamentable chillido de hámster moribundo.*

Al menos no cayó sobre mí, cuando otro hombre se abalanzó sobre él y con un puñetazo lo quitó de mi lado. *Gracias a Dios, a ese hombre sí lo conocía.* También sabía que no olía mal, ¡todo lo opuesto! Y su sonrisa no solo tiene todos los dientes, sino que son perfectos.

—¿Se puede saber qué hace sola en medio de la noche, en un callejón?

Müller estaba furioso y lentamente aumentaba los decibeles. Se lo notaba muy molesto y repentinamente comencé a sentirme como una niña que había infringido alguna regla.

—Si va a entrar a su tienda, ¡hágalo ya! Y yo esperaré a que esté segura.

No podía cerrar mi boca de asombro. Era una especie de caballero andante, alto, atlético y guapo... ¡muy guapo!

—No se preocupe señor Müller, estoy acostumbrada a la noche y sé cómo defenderme.

*Soltó una gran risotada que terminó en más furia.* Cerró sus ojos y elevó su bello rostro al cielo. Cuando los abrió, los clavó con irritación en mí.

—No se la veía muy segura cuando daba pequeños chillidos al indigente que pensaba violarla.

*Mira el entorno y continúa...*

—Convengamos que la noche está fría para hacer el amor bajo las estrellas.

—Pero, pero...

—Pero ¿qué? ¡Entre ya mujer, que no tengo toda la noche!

—Ya estaba a punto de llamar a la policía.

—¿Sí?

—¡Sí!—respondo con soberbia.

—¿Y con qué?—preguntó cruzándose de brazos, mientras ladeaba la cabeza a un lado y me observaba.

—Pero... ¿con qué piensa que llamaría a la policía?—Respondí burlonamente—¿con un zapato?

—No sé... ¡dígame usted a mí! —suelta mientras mis insurgentes ojos viajan hasta sus torneados brazos.

—¿Con mi móvil señor!

Lentamente los descruza, y con una mano busca algo en el bolsillo de su chaqueta.

—¿Con este móvil, señorita Val?

—Ohh...

—Sí... “ohh” —repite burlonamente.

—Gracias—respondo avergonzada. Ahora sí, podía ver todo con claridad. ¡Qué estúpida! Si Müller no hubiera llegado a tiempo, seguramente ahora me encontraría durmiendo cucharita debajo de un cartón.

—¿Va a entrar o quiere seguir tomando el fresco?—vuelve a preguntar con menos paciencia que antes.

—Es que yo... *no puedo entrar.*

—¿Cómo?

—Han cambiado la cerradura y botado mis cosas afuera.

—Y dígame algo... ¿Qué rayos hacía a esta hora, fuera de la tienda, teniendo en cuenta que no podrá entrar?

—Estaba cenando.

—¿Dónde se va a quedar esta noche? —escupe sin un mínimo de sutileza.

—En la parte trasera de mi camioneta.

—¿Es consciente que está empezando a nevar?

—Muy  
señor. consciente

—Venga, vamos a mi casa... de paso tengo una propuesta para ofrecerle.

«¿Propuesta?» pienso mientras veo a Müller tomar la caja con mis pertenencias y mi bolso que se encontraba caído a un lado.

—¡No! —suelto con ímpetu—no iré a su casa señor. Se lo agradezco, pero no soy de ese tipo de chica.

Müller frena y me observa como si me hubiera salido un tercer ojo. Deja la caja nuevamente en el suelo, y camina impetuosamente hacia mí. Aproxima su rostro al mío, y nuestras bocas quedan a escasos centímetros. Creo que dejo de respirar. «¡De hecho lo hago!... acabo de comer una hamburguesa con cebolla y pepinillos... ¡vamos! si suelto mi aliento el pobre hombre se ¡desmayará!»

—Déjeme explicarle algo señorita Val... punto número uno: mi casa se encuentra llena de niñas, puedo asegurarle que jamás llevaría a una mujer a mi hogar bajo esas condiciones. Y dos... jamás llevo mujeres a casa... si quisiera algo más de usted jovencita, la invitaría a un hotel, o a mi casa de playa... ¡nunca a mi hogar! Se lo puedo asegurar.

—Ok—es lo único que puedo pronunciar como idiota.

Y sin previo aviso soy tomada de la mano, solo nos detenemos para levantar mi caja y soy arrastrada fuera del callejón.

Subimos a su coche, que es parecido al Batimóvil y se apresura en encender la calefacción. Antes de poner en marcha el vehículo, voltea y me observa con preocupación. Para mi sorpresa y horror, retira uno de sus guantes de cuero y coloca el dorso de los dedos de sus manos sobre mis labios.

Nuevamente dejo de respirar. «No por miedo ami aliento» Esta vez porque mi corazón galopa como cuando yo era una adolescente enamoradiza. ¡Este hombre me pone estúpida! eso hay que reconocerlo y en verdad me molesta mucho, hace que pierda mis reflejos y baje mis defensas.

«Estúpido y guapo Müller»

—Sus labios siguen helados y azules —comenta—¿tiene sueño?

—No—respondo en un susurro apenas audible.

—¿Nauseas?... ¿Adormecimiento de extremidades?

—No, tampoco— me pregunto ¿a qué quiere llegar con el cuestionario?



Como si pudiera leer mi mente responde a lo que estaba pensando.

—Solamente estoy evaluando... si llevarla a casa o a una guardia médica.

«A casa»

Mi estómago se contrae. Eso se oye tan familiar y repentinamente mi dibujo de la infancia se hace presente.

—De veras... me siento bien. *Gracias*. Y si no le importa, prefiero conducir mi camioneta. No me quedaría tranquila dejándola en la calle. Hoy por hoy es lo único que me queda.

—Sí, me importa, y usted se queda en mi coche. Luego enviaré a mi chofer a buscarla.

—¿Chofer?... ¡woow! —lo observo con una sonrisa y retomo —usted se parece a Christian Grey! déjeme decirle que si su chofer es Taylor ¡lo acompañaré!

Tal parece que mi broma no le causa ninguna gracia por el rictus que forma su boca. Y por el resto del trayecto no vuelve a mirarme, ni a dirigirme la palabra.

Llegamos a la mansión y con un mando a distancia abre el enrejado. No sé por qué, pero tengo esa sensación en la panza, como si este fuera una frontera. *Cruzar será dar un nuevo comienzo a mi vida, y sin dudas un punto final al pasado.*

Pienso con pesar, lo mucho que extrañaré mi tienda, a mis clientes, a mis empleados y a la viejecita Doris.

## Capítulo 9

### *Un buen plan.*

—*Es un buen plan, señorita Val*—respondo al elaborado proyecto que acabo de exponer en fracción de segundos.

Luego de ofrecerle trabajo a la joven, y tras un momento de debate, logré hacerla entender que no tiene muchas opciones, y que seguramente mi oferta *¡siempre!* será mejor que todas.

Le ofrezco casa, comida, un muy generoso sueldo y libertad de horarios, a cambio deberá mantener cubiertas las necesidades alimenticias tanto de mis hijos como las mías. De esta forma tendrá libertad y generará ingresos... *¿Qué más puede pedir?*

Finalmente aceptó y decidió comenzar a ahorrar el dinero para montar una nueva tienda. Un pensamiento sumamente mezquino asoma en mi mente... *“ojalá le lleve mucho tiempo juntar esa cifra”* y es que... no sé ¿por qué motivo quiero tenerla cerca?

*«Por siempre»*

A medida que termina el capuchino que le preparé y para mi tranquilidad, veo que el color rojizo de sus labios vuelve lentamente. Su boca parece una fresa, es roja y arrugadita, tienta probarla.

Pero elimino rápidamente esos pensamientos, porque por más bella que sea, yo nunca... ¡nunca tengo sexo con mis empleadas!

*«Nunca más»*

De reojo la veo bostezar y siento pena. Hoy no ha sido un día fácil para ella, no solo trabajó en su tienda, también lo hizo en mi casa, y luego, el suceso del cambio de cerradura en la tienda. Por momentos pienso que tendría que ir a darle una paliza al bobalicon del marido solo para que aprenda a ser hombre... uno de verdad. Uno que valore a la mujer que tiene a su lado, que la cuide, la corteje y ame como ella se merece.

*«Joder Müller basta de pensamientos y vete a dormir poeta»*

Dudo por un momento donde alojarla... la habitación principal de invitados está lista y disponible, sin dudas es la mejor opción, ya que la casa de las chicas de servicio que queda al fondo de la mía, está cerrada y seguramente despertar al gallinero a las 2:30 de la madrugada no sea buena idea.

Opto por alojarla en la recámara de invitados, la cual está en nuestro piso y se encuentra a tan solo dos puertas de la mía. Tiene su propio baño por lo que podrá asearse sin problema, y mañana la realojaremos en su definitivo lugar.

Me pongo de pie.

—Sígame por favor—solicito.

Ella obedece en silencio. Toma su bolso, y cuando intenta hacer lo mismo con la caja de sus pertenencias, se lo impido levantando mi mano.

—Permítame, yo cargaré la caja.

Caminamos hasta su dormitorio, abro la puerta y enciendo la luz. Un cálido aroma a flores sale de ella, Rita siempre tiene por costumbre asearla todos los viernes, por si la llegara a necesitar el fin de semana. Deposito la caja sobre la silla del tocador y luego giro para mostrarle algo de la habitación.

—En este placar del baño están las toallas, y tras la puerta hay una bata. Por favor, utilice lo que necesite para sentirse a gusto. Mañana le asignaré su dormitorio definitivo en la casa del fondo donde viven Concepción y Rita.

—Muchas gracias—responde tímidamente, y yo siento la imperiosa necesidad de abrazarla.

—¿Necesita algo más?

—Es que... no lo sé—sonríe tristemente—*aún no pude ver qué fue lo que tuvieron la gentileza de empacar por mí*—. Sonríe tristemente y eleva sus hombros. Me enternece y siento la imperiosa necesidad de protegerla, de cubrir sus necesidades básicas y decirle que no se preocupe... que todo va a estar bien.

No lo hago.

Cabeza fría y mantener la distancia es lo mejor. A partir de ahora seré su jefe, y por más sensaciones que provoque en mí, debo mantener los bajos instintos a raya.

—Entiendo... en el baño también hay cepillos de dientes y pasta. Siéntase como en casa.

—*Ya no recuerdo que es eso...* pero gracias señor Müller. Le juro que no tengo palabras de agradecimiento para con usted.

Asiento con la cabeza y salgo deprisa de la habitación. Ni bien lo hago, cierro la puerta y descanso mi cuerpo contra la pared del pasillo que une nuestras habitaciones. Suelto el aire que mantengo acumulado en mi interior y aflojo los hombros. Listo «ella está aquí»

Es esa puta musicalidad en su voz, la que provoca no dejarla ir. La traje a dormir a mi casa... ¡a mis dominios! Y ni siquiera la conozco. *Yo no estoy bien.*

Bajo la escalera hasta la sala donde las niñas descansan plácidamente, Concepción que duerme junto a ellas en la pijamada, me ve cuando asomo la cabeza y sonrío con suspicacia.

*«Pero... ¿por qué?»*

Vuelvo a subir las escaleras y al pasar por la habitación de invitados, escucho el inconfundible sonido de la ducha.

Cierro los ojos y respiro hondo. “*Habitación de invitados Müller*” me digo a mí mismo... es tan solo eso:

*Una invitada.*

Mañana todo volverá a la normalidad. Ella será la cocinera y yo el ogro Müller, como todos se empecinan en llamarme.

Entro finalmente a mi dormitorio agotado de pelear conmigo mismo. Tras una mini ducha me acuesto y para mi asombro me duermo automáticamente.

*La luz del día me despierta.*

Anoche olvidé cerrar las cortinas y la luz de la mañana me molesta.

Abro los ojos lentamente y me encuentro con un par de ellos mirándome. Mi pequeña come una galleta junto a mí y me observa sonriente.

—Papito—pronuncia bajito —¿hoy no vas a trabajar?

—Sí vida, papito tiene que ir a trabajar.

—¿Por qué no puedes quedarte en casa? Nosotros hoy no tenemos colegio, pero tú, siempre te vas.

Me chantajea haciendo unos morritos, los cuales son garantidos conmigo. Soy un blando cuando de mis niños se trata.

—Yo sé que es sábado princesa, pero tan solo estaré fuera hasta el mediodía, luego regreso y miraremos una película los tres. ¿De acuerdo?

—¿Quieres?—me ofrece un trozo de la gran galleta de chocolate que come. Lo acepto e introduzco en mi boca. Es ¡de-li-cio-sa! Crujiente por fuera y húmeda por dentro, sin lugar a dudas, la mejor que he comido.

—Está muy buena—digo sentándome en la cama y tomando en brazos a mi pequeña.

—Val las hizo para nosotros, sabes papito... me gusta mucho que ella viva con nosotros.

«*A papi también le gusta que ella viva aquí princesa*» pienso.

—Vamos a desayunar pequeña, papi también quiere una galleta de esas con su café.

Salgo de la cama y busco mi bata para cubrir mi bóxer, decido desayunar con los niños y luego tomar una ducha para ir a la oficina. Tomo a mi niña en brazos y luego busco mi teléfono móvil para mirar la hora, debo calcular cuánto tiempo tengo antes de aprontarme. Pero al mirar hora no puedo creer son las 11 y 20... ¡me quedé dormido! No lo puedo creer, a esta hora todos ya se estarán marchando del bufet, generalmente los sábados vamos solo los directores y nuestras secretarías.

Me resulta extraño no haber escuchado mi alarma, y más extraño es que durmiese tan profundo. Soy un maniático del trabajo, y en las noches me la paso pensando estrategias, con las cuales muchas veces sueño. Una que otra vez, a las 4 de la mañana ya no tengo sueño y voy a trabajar al despacho de planta baja.

Miro a Sarah y ella sonríe.

—Creo que no vas a ir a trabajar —pronuncia la pilluela encantada de la vida.

—Vamos a desayunar pichona, hoy papi no irá a la oficina.

—¡Yupiii!—grita.

—¿Tu hermano?

—Abajo, con Val, cocinando las galletas.

—¿Cocinando?—mi pequeño indiecito ¿cocina?

Al llegar a planta baja no salgo de mi asombro. Mi casa tiene olor a hogar. Al parecer las niñas ya se han marchado y no me enteré. Desde la cocina se escucha música suave, caminamos en esa dirección para encontrar a la señorita Val junto a mi niño. Ella está de espalda y mueve su cuerpo al son de la música. No escucha que entramos, por lo que indico con mi dedo índice a Sarah, que permanezca en silencio. Felipe a su lado también intenta bailar siguiendo el ritmo de la melodía, mientras se encuentra enfrascado en una tarea, que no puedo ver cuál es.

“*¡Perfecto! Venga, choque esos cinco*” dice la señorita Val, colocando su palma a la altura de la de mi hijo para chocar los “cinco” algo se estruja en mi estómago al ver ese simple y enternecedor gesto.

Sarah salta de mis brazos y corre hasta ellos.

—Yo también quiero ayudar—grita.

Val gira y sonríe cuando me ve.

Su sonrisa es aire fresco para mí. Sus dientes perfectos enmarcando su relajada sonrisa la hacen tentadora. Luce su rojiza cabellera en un recogido simple y desprolijo. Se la ve fresca, sensual y hogareña. Mi hijo descansa su cabecita en su cintura y eso me parte el alma. Jamás se mostró tan cariñoso con nadie... y mucho menos con una persona a la que conoció hace apenas veinticuatro horas.

—Señor Müller, bienvenido a su cocina—saluda jocosa—estamos preparando el almuerzo que Felipe ideó.

—Mmm... interesante señorita Val, y dígame ¿Cuál fue el menú que eligió el pequeño chef?

—*¡Pizza cupcake!*—exclama mi pequeño, hinchado de orgullo.

Cuando se mueve a un lado, puedo ver una bandeja de pastelillos, con sus casquetes de colores y masa dentro de ellos. Todos se encuentran cubiertos de salsa, con dos rodajitas de aceituna formando los ojos, y una tira de pimiento verde como boca.

—Toda una obra de arte, ya quiero probarlos.

—¿Hoy no vas a trabajar pa?—pregunta mi niño con los ojos abiertos de felicidad.

—Bueno, viendo que me dormí y ya prácticamente es la hora en que estoy regresando, decidí quedarme a comer cupcake pizza y esas deliciosas galletas.

—Son las megatotas de chococrispi que hizo Val papí.

Miro a la señorita Val con expresión de “¿no entendí el nombre de las galletas?”

Ella asiente en dirección de los niños y explica...

—Mega galletotas de chocolate y cereales... *megatotas de chococrispi*—remata como si ese nombre fuera lo más normal del mundo.

—Creo que tomaré una por favor—solicito con mis ojos clavados en ella, y por un instante, quizás solo por una fracción de segundo, la veo sonrojarse.

—¿Café?—consulta

—Por favor.

Los niños salen corriendo, y casi al instante escucho el sonido de Discovery Kids en la televisión de la sala.

Tomo asiento en un taburete, y descanso mis codos en la mesada francesa. La señorita Val se desenvuelve con la soltura de haber vivido en esta casa por siempre.

Coloca un individual frente a mí, y enseguida un café negro y espumoso. En el movimiento pude sentir su perfume, el cual penetró por mi nariz y se fundió en mi cerebro.

«*Vainilla y coco*»

¿Qué diablos con ese aroma?

Nuevamente vuelve hasta mí, ahora con un plato con dos de esas chocochispitas mega algo... ¡bah! Con eso que tiene el nombre raro, pero son deliciosas como el cielo.

—Gracias.

—Un placer responde sonriente.

El sonido de la lluvia que llega desde el exterior me tiene fuera de mi eje. Me obligo a pensar en otra cosa. No en la fresca muchacha que se encuentra en mi cocina.

La única forma de lograr pensar en otra cosa es con el trabajo, por lo tanto, camino en busca de mi notebook y la traigo para revisar el correo mientras desayuno.

Enciendo el ordenador y veo cincuenta y tres mails para leer.

«Mierda»

Una mañana fuera de la oficina y el mundo se termina.

Abro el primero. Es de André... mi socio.

“*Querido si no te pudiste despegar de alguna mujer, al menos hubieras tenido la decencia de llamar. La loba Goldshmidt quiere más dinero del pobre diablo, hasta que no le saque el último billete no parará. Llámame en cuánto termines de follar*”

Sonrí con mi amigo. Siempre tan directo él. Aunque no está muy errado en su apreciación... generalmente los viernes a la noche, se lo dedico al placer... mujeres, alcohol y buen sexo. Pero anoche fue diferente, era el cumpleaños de mi princesa... nada en el mundo me hubiera separado de mis hijos.

Segundo mail...

“*Hermano ¿cenamos hoy? Hay alguien que quiero que conozcas. ¿Cómo pasó mi bella sobrina en su pijamada? Llámame cuando puedas*”

Mi hermano Augusto se empecina en presentarme mujeres para sentar cabeza... piensa que los niños necesitan una madre... *una figura materna*, sobre todo Sarah, a medida que comience a crecer.

Sé que sería bueno tener un referente femenino en casa para que ella se vea reflejada, pero también sé, que nadie querrá a mis niños tanto como yo. Y con mis hijos no se negocia, yo no vengo solo... la mujer que un día se enamora de mí, también deberá hacerlo de ellos. No soy un buen negocio en cuanto a relaciones se trata. Reconozco que soy atractivo y tengo dinero, pero quien busque diversión de a dos, lo conseguirá tan solo por una noche y de las puertas para afuera.

Tercer y cuarto mail hablan de lo mismo, una sucesión de bienes y ya me cansé. Levanto la vista y veo a la señorita Val luchar con la bandeja de cupcake intentando introducir dos a la vez en el horno al tiempo que la puerta del mismo se cierra.

Me pongo de pie dispuesto a ayudarla, o de lo contrario se quemará los ante brazos.

Me paro detrás de ella y estiro uno de mis brazos por debajo de uno de los suyos para bajar y sostener la puerta del horno. Su cabello queda a centímetros de mi nariz.

—Gracias—susurra ella finalizando su tarea.

Pero antes de que termine, aproximo unos centímetros mi nariz hasta su cabello y huelo.

Cierro los ojos y aspiro el delicioso aroma que tiene esta mujer.

¿*Me pregunto si todo su cuerpo olerá igual?*

Gira de golpe y frunce el ceño cuando me pesca infraganti.

—¿*Me estaba oliendo el cabello señor Müller?*

Parece contrariada y algo molesta. ¿Cómo salir de ésta?... ¡estúpido! «Pienso» ¡Lo que faltaba! Demanda por acoso a las veinticuatro horas de contratada... ¡una mierda!

Cruza sus brazos y mis ojos viajan a sus tetas. Pero automáticamente ella sigue mi mirada y yo aparto mi vista de ahí.

—¡Dígame!... ¿usted me estaba oliendo?

—Sí —suelto con descaro como buen abogado que soy, dispuesto a inventar una buena excusa —*sentí olor a frito y creo que proviene de su... cabello.* —Remato la mentira con cara de asco por el “olor que acabo de sentir”

«¿Fritos?»

¡Tiene que ser broma! Y tengo ganas de golpear mi cabeza una y otra vez contra el refrigerador.

*¡Fritos!*

¿No pudiste inventar alguna otra cosa? Ahora en vez de parecer un maldito degenerado, pareceré un gay maniático de los alimentos sofritos.

Y yo *¡amo los fritos!*

Parece sorprendida. Suelta su recogido y huele un mechón de su suave melena. Me observa en silencio.

—Bueno... sinceramente no siento olor alguno en mi cabello, pero si usted sí, me lo volveré a lavar.

*«No vida, eres perfecta, soy un estúpido que acaba de inventar una patraña para salvar su culo»*

## Capítulo 10

### *El minecraft de mi propia vida*

Como el famoso juego, mi vida fue cobrando lentamente estructura. Y los bloques que consideraba rotos o perdidos, fueron reapareciendo.

Adopté el hogar de los Müller como propio, y pese a que hace solo dos semanas que vivo aquí, no puedo evitar que brote un pequeño sentido de propiedad por los niños.

Aún no estoy segura si es mi instinto maternal el que quiere protegerlos, o será la falta de su propia madre, la que logra hacer que aflore ese sentimiento. Pero la realidad es que me encariñé tanto con esos pilluelos que, no solo soy la cocinera, sino que, en parte niñera también.

Müller trabaja mucho y prácticamente no lo veo, gracias a Dios. Es que me encuentro más cómoda cuando él no está en la casa.

Pienso que es un hombre bien raro... me observa todo el tiempo con una extraña expresión en el rostro y una vez lo pesqué olfateando mi cabello.

«Qué vergüenza» recuerdo con pesar. ¡Que tu propio jefe te encuentre olor feo en el cabello! No le conté a nadie el suceso, pero ahora tengo por norma, lavarme el pelo con doble shampoo.

La verdad es un hermoso ejemplar masculino. «Lástima que sea gay» aunque dudo que se fijara en mí, si hubiese sido heterosexual, él es un atlético y elegante hombre y yo una simple cocinera, sencilla y con olor a frito en su cabello. Aún no confirmo lo de su sexualidad, pero puedo darme cuenta.

No solo me huele en cuanto puede, sino que me preguntó en varias ocasiones. ¿qué marca de crema corporal uso. Ya lo imagino usando Victoria Secret de Vainilla y Coco.

A las siete, dejo la cena en el horno lista para calentar, y la mesa pronta. Únicamente resta servir, tarea de la cual se encarga Rita. Ella es la única que no me recibió con tanta amabilidad. Es joven, bonita, y se esmera mucho frente a Müller. Creo que tiene el complejo de Cenicienta y espera que el príncipe azul la rescate.

Lista la cena, marchó al centro a tomar mis amadas clases de salsa. Estas son mi escape de la realidad, mi gozo y placer. Bailando olvido quién soy, qué hago, o que me acaba de pasar por encima un tsunami llamado “matrimonio fallido”.

Nadie, salvo los niños, sabe que concurro a tomar clases de salsa. Únicamente los pequeños son los que conocen a la verdadera Val. A ellos no puedo ocultarles nada. Son mis consentidos, y tiernamente me están conquistando a pasos agigantados.

Subo a mi camioneta y presiono el mando a distancia para abrir el portón de entrada de la casa. Son poco más de las seis de la tarde y mi clase espera. Encamino la camioneta en dirección a la salida, cuando repentinamente, el foco de un auto ingresando me deja ciega por un momento.

El señor Müller ha llegado a casa. Y debo retroceder para que él pueda ingresar su coche.

Lo hago. Comienzo a dar marcha atrás hasta que escucho el estallido de uno de mis neumáticos.

«¡Mierda!»

Apago el motor y bajo de la camioneta molesta conmigo misma. Rodeo el vehículo hasta la parte trasera donde veo la rueda pinchada con una roca del cantero de flores y todas las flores aplastadas. «Auch» ¡me matará!

Giro rápidamente para ver si el señor Müller puede entrar de todas formas con su coche, cuando mi cuerpo, choca contra algo.

Mejor dicho, ¡contra alguien!

Casi me caigo del susto y Müller me atrapa por los antebrazos. Tenerlo cerca me preocupa, su perfume, porte y belleza me altera... ¡mucho!

Sosteniendo mis brazos me aleja lo suficiente para ver mi atuendo.

Calzas de lycra negra, calentadores de piernas del mismo color, zapatillas fucsia, y chaqueta de deporte.

Sacude su cabeza como si estuviera aclarando sus ideas y comenta...

—¿Adónde se dirige señorita Val?

—Debo ir a un lugar señor.

—Eso lo puedo suponer, ya que estaba saliendo en este momento, pero mi pregunta es únicamente para saber a qué dirección se dirigía. Porque con la goma pinchada no lo podrá hacer por sí misma. Si gusta ¿yo puedo llevarla?

—No se preocupe, tomaré un taxi.

—¿Es una cita?

—¿Disculpe? —no entiendo por qué tanto interrogatorio. Si es o no una cita... ¡no es de su incumbencia!

—No se preocupe señor Müller,—reitero con ímpetu, no es que quiera faltarle el respeto, pero tampoco haré el papel de tonta —de veras, yo puedo sola—reitero.

—Es que *¡no me preocupo!*... solo quiero ayudar.

Y así sin más... toma mi mano y soy guiada a su coche. Abre la puerta del acompañante y me ayuda a entrar.

Como una autómatas obedezco y tomo asiento. Rodea el coche y entra.

El estar en su coche me produce escalofríos. Todo de él me intimida, y estar solos en un lugar tan pequeño produce cosquillas en mi panza.

Creo que debe ser por el tiempo que llevo sin sexo.

Lo cual digamos son unos, ciento ochenta y siete días.

«Auch»

Ya siento como mi vagina se va llenando de telas de araña y comienza a cerrarse lentamente. Intuyo que el día que esté con otro hombre y seré virgen nuevamente. O lo peor de todo, que este sea mi fin y en mi lápida se pueda leer.

*“Aquí yace Val Constantini.*

*Buena hija y cariñosa hermana.*

*Amante de la buena cocina,*

*llegó a su fin sin una alegría en cincuenta y cuatro años.”*

Seguramente luego de eso me santifiquen como Santa Valeria.

¡Pero no lo permitiré!

¡No!

En cuanto esté lista, comenzaré a tener citas nuevamente.

—¿Me escucha?

—¿Qué?

—Se puede saber en qué está pensando?... llevo rato hablándole.

—Disculpe —respondo con pesar. Mi soñadora imaginación me hace ausentar del mundo, y al parecer mi jefe me estaba hablando.

—Pregunté la dirección de donde tiene que ir.

Se la digo y emprendemos viaje en silencio. Y tras unos diez minutos llegamos.

Agradezco y con una sonrisa me dispongo a salir del coche, cuando su mano en mi brazo me detiene.

—¿Cómo piensa volver a casa?

«¿A casa?»

—Tomaré un taxi o alguien me llevará. Muchas gracias nuevamente.

Parece contrariado cuando suelta mi brazo y para mi alivio soy liberada. Respiro una gran bocanada del frío aire y camino al edificio sin mirar atrás. Por alguna extraña razón Müller me altera, lo cual me llama poderosamente la atención. Tengo amigos gays y ninguno me trastorna en lo más mínimo, pero, ¡este hombre sí! Hay algo en él, que no me gusta... *«Intuición femenina»* Debo estar atenta para descubrirlo.

—Bienvenida perraca —grita Susan... mi profesora y amiga.

—Hola lagarta —respondo y nos damos un gran abrazo.

—¿Qué tal tu nueva vida, niña? ¿Ya estás usando uniforme de cocinera sexy?

Tomo asiento en una esquina del salón para ponerme mis zapatos de baile.

Todos ya se encuentran estirando y la música suena ya dispuesta para que comience la clase.

—¡Hoy mambo niños y niñas! —grita Susan y todos tomamos nuestros lugares frente al espejo.

Una versión en ritmo de salsa, de la canción Mambo Italiano, comienza a sonar.

La tenemos más que ensayada, por lo que nos ponemos a bailar al ritmo de la sensual melodía. Mi compañero de hoy es Richard, el moreno de espalda cuadrada se mueve para el deleite, sus caderas parecen tener vida propia, y me gira y levanta sin dificultad alguna.



Dejo a la misteriosa señorita Val frente a un antiguo edificio céntrico.

Me encuentro sumamente intrigado. ¿Por qué razón no quiso contarme adónde iría? Por su atuendo calculo que, a un gimnasio, aunque ahora dudo respecto de eso, cuando en la fachada del viejo edificio, puedo leer un cartel que dice: *“Dance Fusión Escuela de dramatización corporal”*

*Juro que lo intenté, pero no pude.*

Intente marcharme a casa sin pensar en nada más. Pero no pude. Dicen que la curiosidad mató al gato, tan solo espero no ser ese gato chusmeta que figonea donde no lo llaman.

Aflojo el nudo de mi corbata, me la quito del cuello y la guardo en la guantera. Desciendo del coche con la sensación de culpa quemando mi piel.

Estoy invadiendo el espacio personal de una de mis empleadas y sé por los mil demonios, que eso está ¡mal!

«¡Muy mal!» Acota mi subconsciente.

¡Shhh silencio!

Envuelvo con la gabardina mi cuerpo, para protegerme del frío y de la ira de la señorita Val, si me pesca infraganti. Subo la escalinata de la entrada y traspaso la portería.

La música me guía. No necesito más. Camino siguiendo la sensual melodía que se escucha y finalmente la veo.

«¿Zapatos rojos?» al parecer sufro un pequeño ACV cuando veo a la hermosa señorita Val menear su curvilíneo cuerpo, junto a un musculoso y joven moreno.

«¡Mierda señorita Val!» ¿Pero qué pretende con esto?... ¡Matarme!

Giro, y otro giro... vuelta y con la rodilla entre sus piernas el moreno la deja caer hacia atrás. Su melena se mueve al son de la melodía, y con esos ajustados pantalones puedo ver a la perfección el redondo culo que Dios le dio.

«Dios bendito de los culos respingones... ¡Gracias!»

Una dolorosa erección me dice que no estoy en el lugar correcto. Por ese motivo me niego a seguir mirando y obligo a mi cuerpo a salir de allí cuanto antes. Giro sobre mis talones, acomodo mi entrepierna y me dispongo a abandonar el lugar cuando una molesta voz a mi espalda, me increpa...

—¿Me estaba espiando?

Freno y cierro mis ojos implorando alguna ayuda divina. Al menos mi abrigo cubrirá mi amplificada entrepierna.

«Algo es algo» Pienso.

Giro y la veo.

*Divina, furiosa, y lista para el ataque.* Piel sudorosa. Sus pechos suben y bajan mientras intenta calmar su respiración. Y con el cabello alborotado sensualmente a un lado, me hace pensar que en ese estado se vería, si un día la cogiera sobre la mesa de mi escritorio, y le diera duro, hasta que los libros de la biblioteca cayeran al suelo.

—No —. Respondo intentando parecer convincente —Solo la estaba buscando.

—¿Para qué? —pregunta altanera mientras camina hasta mí.

«Piensa Müller piensa»

—Sucede que, quería preguntarle si gusta que la pase a buscar en una hora aproximadamente. Justo tuve el llamado de un cliente y debo pasar por su expediente a mi oficina. Si desea, puedo recogerla de paso y llevarla a casa.

Entrecierra los ojos y lea la cabeza. Me está analizando y eso me preocupa. Soy bueno mintiendo, después de todo *¡soy abogado!* Pero esta mujer es mucho para mí, zarandea mi eje como pocas y puedo sentirlo. Finalmente, y tras un incómodo silencio que pareció eterno, deja escapar una sonrisa.

—Se lo agradezco señor Müller, pero luego de cada clase vamos por unas bebidas todos juntos. No se preocupe que mi compañero Richard me llevará.

«Puto Richard»

Asiento en silencio y dando media vuelta me marcho del lugar. Con un gusto a bilis en la boca que me ahoga y la pija tan dura que temo por la costosa tela de mi pantalón.

Me marcho.

Solo y como el puto acosador que soy, subo al coche y pienso un plan. Solo que no puedo poner ninguno en práctica.

«¡Es una empleada, estúpido!» Me grito. No puedo espiar y mandar sobre ella. Mientras cumpla con su trabajo... *el cual lleva a la perfección*, tendré que guardar mis manías para alguien más.

Es media noche cuando al fin escucho la puerta de la cocina abrirse.

La señorita Val ingresa en silencio.

Aún no me vio, por lo que puedo contemplarla por unos segundos sin sentirme un fisgón de mierda.

Deja las llaves en el gancho que se encuentra a un lado de la entrada, y se quita su abrigo. De espaldas me deleita con esas nalgas tan perfectas que tiene, me gustaría tenerlas en mis manos para saber cuán maleables son. Finjo que estoy trabajando. Tengo el ordenador encendido, mis gafas puestas y una taza de café en la mano, cuando finalmente me ve.

—Señor Müller —comenta sorprendida de verme —¿trabajando a esta hora?

Dejo escapar todo mi encanto en una sonrisa y asiento en silencio.

—¿Desea algo para tomar? —ofrece.

—Tengo café, gracias. Pero si quiere acepto su compañía, deseo hablarle de un asunto.

Duda por un momento. La casa está en silencio y la cocina en penumbra, apenas con un par de spots encendidos, nos encontramos en medio de un halo de intimidad.



—Tome asiento señorita Val —solicito, indicando el taburete que se encuentra frente por frente a mí.

Obedece en silencio. «*Eso me encanta*»

—Usted dirá.

—Quiero hablarle de su esposo.

—Ex esposo —corrige.

—Técnicamente es su esposo, por el momento y mientras no tenga los papeles del divorcio firmados, aún son marido y mujer.

Refriega sus ojos con ambas manos, este es un tema que le disgusta... ¡y mucho! Pero no hay que sacarle “*el culo a la jeringa*” ... «Diría mi abuela» Y no dejo de pensar en la señorita Val con sus pechos presionados contra la mesa y su trasero expuesto para mí “*jeringa*”.

Toso y aclaro mi garganta.

Sus ojos están pequeños. Posiblemente por el cansancio o porque haya bebido algo de alcohol. Apoya los codos en la mesada y con sus manos sostiene su frente.

—¿Estuvo bebiendo señorita Val?

—Algo —responde jocosa, y yo estoy aferrando al tigre que vive en mí y quiere saltar sobre ella para arrastrarla a su cama y reclamarla como propia.

Me pongo de pie y cargo la cafetera con una capsula. A mi espalda dejo a la bella mujer de ojos grandes y color miel, en silencio.

Vuelvo con un jarro de humeante café y lo deposito frente a ella. En el movimiento rozo intencionalmente su brazo, y para mi asombro ella no se inmuta.

¡Qué mierda! «*Pienso*» Si a cualquiera de mis empleadas, tanto las que trabajan en mi casa, como las de la oficina, les hiciera eso, ¡estarían jadeando! No es que sea un vanidoso, pero puedo ver y escuchar los comentarios que hacen las mujeres a mi espalda.

Agradece el café y da un largo sorbo. Luego cierra los ojos y lo huele. Mi polla se pone tan dura como un mástil y me prometo no mirar ni pensar en sus tetas, las cuales sobresalen exuberantes en su escote. ¡*No mirar tetas, no mirar tetas, no mirar sus tetas!* Repito en mi cabeza una y otra vez como si fuera un mantra.

—¿De qué quería hablarme señor Müller?

—*De sus tetas legales* —respondo.

Cierro los ojos y automáticamente me quiero volar los sesos a patadas.

—¿Disculpe? —responde irguiendo la columna en clara posición defensiva.

—*Temas* —aclaro nuevamente la garganta y temo me haya puesto rojo de la vergüenza —quiero hablar de sus *t.e.m.a.s legales* —repito lentamente aterrado de cometer el mismo exabrupto.

—De acuerdo.

No emite comentarios sobre mi “error” y da otro trago a su café.

Me aflojo y respiro aliviado.

«¡Puto acto fallido!»

—Señorita Val, según pudimos averiguar con mi socio, usted y su esposo contaban con un amplio patrimonio. Un departamento en una de las zonas más costosas de la ciudad. También una casa de playa y un automóvil Mercedes Benz clase S el cual usa habitualmente el señor Dalmao, cuyo precio en el mercado es de unos doscientos cincuenta mil dólares. ¿Es correcto?

—Sí señor.

—Y exceptuando el departamento en el cual vivían, el resto de los bienes fueron adquiridos con posterioridad a su unión conyugal. ¿Correcto?

—Aham.

La miro molesto.

—“Aham” no señorita Val... si le pregunto “¿correcto?” debe responder de igual forma.

—¿A qué quiere llegar con esto señor Müller? —pregunta la atrevida.

—Quiero que entienda, que fue una tonta haciéndole tan fácil la vida al canalla de su esposo. El hombre le es infiel, le arrebató todo, la deja en la calle de la noche a la mañana y usted... ¡*como si nada!* ¿Sabe que vive en el que antes era su “*hogar*” con su nueva mujer?

—Puedo suponerlo —*responde molesta al tiempo que se pone de pie* —y le agradeceré no se inmiscuya en donde nadie lo llamó. Esa es mi vida, mis problemas y mis decisiones. Agradezco su buena voluntad “*abogadil*” pero la respuesta es NO.

—¿*Abogadil?*... ¡esa palabra ni siquiera existe!

Ella se larga a reír y es el sonido más hermoso y afrodisíaco que escuché en el último tiempo. Para mi sorpresa yo también me hecho a reír y ella repite “*abogadil*” tentada.

Sin obedecer a mi “*deber*” como jefe, me pongo de pie y rodeo la mesa. Mi risa ha cesado y mi objetivo se encuentra pacífico a pocos metros de distancia.

Llego hasta ella y giro el taburete donde se encuentra sentada Val y lentamente muevo a un lado el sedoso y brillante cabello rojizo que me impide ver su hermoso rostro.

«*Es todo o nada*» pienso. Luego de esto no valen los arrepentimientos Müller.

Retiro su cabellera y descubro su hermoso rostro... ¡esperen!

¿*Llorando?*...

«¡Corten!»

Pero, ¿cómo puede estar llorando si hace cinco segundos se encontraba muerta de risa?

«*Mujeres*» me grita mi otro yo, de brazos cruzados negando con la cabeza. Ese “yo” que tiene un sentido del humor sumamente ácido y es un tanto machista.

—Perdón señor Müller —dice sorbiendo sus mocos —creo que estoy hormonal, es que debe de estar por llegar mi período.

«¿*Período?*»

Hago memoria y no logro recordar a ninguna mujer hablar de su período con tanta naturalidad, como lo hace ella.

—No se preocupe... la entiendo —*miento*. ¡Claro que no logro entender la naturaleza femenina! En un momento ríe y al segundo, llora.

—Gracias por preocuparse por mí, señor Müller —. Me da un pequeño beso en la mejilla, luego pasa por mi costado y se marcha.

La atrevida se marcha dejándome así.

Caliente.

Miro la hora en mi reloj y son casi las dos de la mañana, pienso que tendré que tomar una ducha fría, muy fría, para calmar al dragón que la maldita despertó.

—*Papito*.

Escucho a mi espalda. Mi pequeña se encuentra de pie, en mitad de la escalera que comunica los dormitorios.

Camino a ella y la tomo en brazos.

—¿Qué pasó cielo?

—Tuve una pesadilla —susurra bajito, y luego acurruca su cabecita en mi cuello.

—Cuéntale a papi ¿qué soñaste cariño? —pronuncio mientras subo la escalera rumbo a mi dormitorio.

—Lo mismo de siempre pa... el osito de goma gigante que quiere entrar por la ventana para llevarse a Bobby. ¿Puedo dormir en tu cama?

—¿Otra vez? —tercer día consecutivo de la semana.

—Tengo miedo de estar solita, y tu cama es tan cómoda papito.

«*Chantaje en su máxima expresión*» pienso.

—Vamos cachorra a la cama de papi.

—¡Yupi! —grita feliz mientras salta y se acomoda en mi lugar.

Una vez en la cama, con mi pequeña niña recostada en brazos pienso en la señorita Val.

Pienso no, ¡divago!

Que se sentirá tener a la señorita Val en mis brazos... aquí en mi cama, descansando luego de un lujurioso encuentro. ¿Será lo mismo?... quiero decir, ¿sentiré el mismo cosquilleo que me produce verla ajena a mi sentir?

¡*Basta!*

Apago la luz de la lámpara. Beso la cabecita de mi pequeña y me duermo.

*Siguiendo la luna.*

Hay cosas que se fueron arraigando en mi vida en casa de los Müller.

Una de ellas es preparar pan casero para el desayuno, todas las mañanas. Otra es mi estadía en la casa principal, y la tercera y peor de todas... mi café de la noche con el dueño de casa.

Y es que últimamente se nos hizo costumbre compartir una taza de café cuando todos se fueron a dormir. Primero fue casualidad encontramos a media noche cuando uno o el otro no podía dormir. Pero con el correr de los días se fue convirtiendo en una costumbre... ambos huyendo de los fantasmas de la noche llamados “soledad”, nos fuimos refugiando en la compañía del otro.

Ya no es novedad que me vea de pijama y bata de dormir, sin maquillaje y con el pelo prolijamente despeinado.

Al principio me dio un poquitín de vergüenza que me encontrara de esa forma. Él tan elegante y meticuloso con su cuerpo y vestimenta y yo tan... tan, ¡opuesta!

Creo que su amigo y socio de la oficina, es más que eso... es un “amigo íntimo” hablan horas por teléfono y a cualquier hora, pasa por casa a cenar regularmente y es otro muy dedicado a su aspecto físico. Concepción parece una adolescente cuando André llega a la casa, se ruboriza, tartamudea y repentinamente se vuelve sumamente torpe, botando y rompiendo todo a su paso. Sin dudas está loquita por él.

Una pena, pienso con pesadumbre. Dos bellos especímenes masculinos que podrían hacer maravillas en este cuerpo necesitado de afecto.

¿*Monja o lesbiana?* Pienso las opciones que me quedan, y es que... cada día se ven menos hombres solteros y heterosexuales en la calle.

Por más que adoré a todas las monjitas del colegio al que fui, no dejo de pensar que la palabra monjita es igual a: vida de sacrificio, ayuno y... ¿nada de sexo?

«¿*Sin comida ni sexo?*»

Seguro me inclinaría a la segunda opción... mi vida no fue hecha para el sacrificio de los pecados y placeres. ¡Dios no lo permita!... ¡Qué ironía! ¿verdad?

Sé por Concepción que a Rita le molesta que no me haya mudado a la residencia del personal, pero, juro que lo intenté una y mil veces... pero Daniel Müller siempre tuvo una objeción. Cuando no era por la lluvia, era por los niños, o porque repentinamente el cuarto que sería el mío, estaba infestado de arañas y debían fumigarlo.

Lo que es seguro, es que llevo cuatro meses viviendo en la casa principal. Cada día que pasa me encariño más con los niños y temo que cuando me toque partir sea desgarrador. Incluso peor que mi repentina separación.

Son poco más de las 7.30 de la mañana cuando escucho pasos bajando de la escalera.

—Buenos días señorita Val—saluda Müller gentilmente como todas las mañanas.

—Buenos días —*respondo* —¿desayuna aquí o en la oficina?

—Aquí por favor. Ese pan huele de maravillas.

*Sonríe.* Es muy gratificante cocinar y que guste.

—Pan de plátano y nuez —comento mientras paso por su lado y dejo un platito sobre el mantel individual.

Antes «*en mi anterior vida*» mi otra yo cocinaba prácticamente para nadie. Ricardo siempre estaba a dieta libre de carbohidratos y azúcares, por lo que no probaba nada hecho por mí; su desayuno consistía en un batido de Whey protein y un par de huevos. Yo odiaba eso, pero como buena cornuda que siempre fui, lo acepté sin decir nada. En cambio, aquí es tan diferente... todos aman mi comida, los niños a la noche me preguntan qué prepararé para el desayuno y muchas veces entre los cuatro planeamos el menú.

—¿Su madre vendrá hoy señorita Val? —consulta mi jefe.

Y yo no dejo de asombrarme por ese don que posee de retener detalles. Verdaderamente lo admiro, creo que ciertamente escucha cada uno de mis disparates.

—Sí señor, es que quiere ver a los niños. Al parecer le prometió a Sarah algo y la pequeña no ha parado de preguntar por ella.

—Déjele mis saludos si no la veo.

—Serán dados.

Deposito el café a un lado del pan de plátano y nuez, tal como sé que le gusta en las mañanas... grande, negro y fuerte.

—Recuerde que la semana próxima tenemos fecha para la última conciliación por su divorcio.

Dejo de moverme. Cada vez que escucho algo referente al pasado es como que me tiraran un balde de agua helada en la cabeza.

—*No me presentaré señor.* Me han asesorado y resulta que si no me presento a la audiencia el trámite saldrá más rápido.

—¿Me está siendo infiel con otro abogado señorita Val?

Pone en esa oración todo el encanto y sensualidad que le queda tan bien, y que hace aflojar el elástico de mis calzones a pesar de todo.

—Un pelín solamente —. Respondo sonriente.

—Recuerde que mis servicios son muy exclusivos señorita, y resulta que yo no comparto... *¡jamás comparto!*

No sé por qué, pero noto algún mensaje encriptado en lo que acaba de decir... “*yo no comparto*”

«*Ojalá fuera lo que estás pensando mujer*»

—Sigue sin querer reclamar lo que le corresponde.

—No quiero nada de lo que antes me perteneció, ni siquiera un dólar. ¡Nada! Todo eso era de la antigua Val, la nueva comenzará de cero, ahorrando hasta el último centavo, hasta que logre abrir su nueva tienda.

—No quiero que se marche —suelta de pronto clavando sus penetrantes ojos en mí. Para mi asombro su declaración me deja por las nubes.

—¿Disculpe?

—Que no quiero dejarla partir nunca.

—En verdad me siento muy halagada señor Müller, pero ambos sabemos que esta situación es temporal y que tarde o temprano llegará a su fin.

—Eso lo veremos —*responde altanero y no dejo de sentirlo como una amenaza* —quizás en un tiempo se enamore de mí y no quiera marcharse. Es más... ¿me llama poderosamente la atención que aún no haya sucedido? no es raro que el personal femenino se fije en mí.

No estoy segura si está bromeando o no, porque no logro encontrar rastro de humor en su comentario y de un momento a otro comienzo a preocuparme.

«¿Será o no?»

—Lástima que ya no creo en el amor —*confieso* —y dudo que algún día logre enamorarme nuevamente.

—Quizás no llegó la persona indicada, para tan compleja tarea.

—Quizás... pero dudo llegue.

—Yo podría ser esa persona señorita Val.

Dejo de respirar y temo que mis piernas se aflojen de un momento a otro.

Por tercera vez en la vida quedo muda. La transmisión cerebro boca está fallando y mi vista permanece clavada en la descarada y seductora mirada de Müller.

—Pues... ¡Enamórame, si puedes! —suelto para mi asombro y horror.

*No solo lo tuteo, sino que lo provoco.*

—Acepto el desafío señorita Val. Que tenga buen día —. Comenta con una fascinante sonrisa lobuna, mientras deja la taza de café sobre el plato en el que se hallaba el pan. Rápidamente se pone de pie y sale de la cocina directo a su coche.

«¿Lo desafié?»



«*¡Me desafío!*»

Al fin logré sacar algo que no fuera trato laboral y afable.

Quiero ver la sangre tana debajo de la cordial y simpática mujer que trabaja para mí.

¿Qué no cree en el amor?

*Ya veremos...*

Subo en mi coche y marchó a la oficina. En el primer semáforo en rojo, me sorprende a mí mismo viendo mi rostro en el espejo retrovisor, con una sonrisa tonta plasmada en mi rostro. Esa sonrisa que tengo reservada únicamente para mis hijos.

Ahora la pregunta es: *¿Cómo se conquista a una persona como Valeria Constantini?*

Mi hermano Augusto me presentó a una chica, hace un par de días; bella y simpática, de eso no cabe dudas, ¡es muy hermosa! Lo malo es que hoy es viernes y quedé en cenar con ella, pero también acepté el reto de Val para conquistarla. Y no quiero tener que marchar precisamente hoy a una cita y volver a la madrugada oliendo a sexo.

Pienso estrategias y las descarto automáticamente. Dejaré que fluya. Le permitiré a la vida que por una vez me sorprenda. Después de todo... ¿así es como lo hacen las personas comunes verdad?

Una vez en mi despacho todo es un caos. Los viernes son los peores días de la semana. Últimamente decidí no venir a trabajar los sábados, así que tengo que dejar todo pronto ¡hoy!

Golpean y entran todo a la vez.

«*Detesto que hagan eso*» Por lo que puedo suponer quien será.

—Querido, tenemos que hablar.

Levanto la cabeza de mi laptop y lo miro. Nunca es bueno escuchar el famoso “*tenemos que hablar*” venga de quien venga.

—¿Qué cuernos pasa, André?

—El viejo Goldshmidt acaba de aparecer asesinado.

—Es una broma, ¿verdad?

—Ojalá. Pero no creo que el disparo que le dieron en la nuca fuera algún tipo de terapia alternativa.

—Y, ¿entonces?... ahora tenemos un caso de homicidio en vez de un putu acuerdo de divorcio.

—La policía no tardará en llegar, y como representantes legales del viejo querrán saber todo sobre el testamento, relacionamiento con familiares, amigos y ni hablemos de la loba.

—¡Viejo estúpido! Eso le pasa por confiar en las mujeres... setenta y siete años y meterse con alguien de treinta.

André asiente en silencio y presiona el intercomunicador para llamar a mi secretaria.

—Clarita amor de mis amores... ¿nos podrías conseguir un almuerzo decente y dos botellas de agua mineral con gas heladas? Gracias dulce.

Sin levantar la mirada de los expedientes gruño...

—No me gusta que le hables con tanta familiaridad a mi secretaria, con la tuya haz lo que se te antoje, pero con la mía no.

—¿Celoso? —ríe a carcajadas y se coloca sus gafas cuando no logra leer la letra chica de un informe.

—¿Presbicia?

Da insultos entre dientes y ahora soy yo quien ríe.

—Respeto idiota, de eso se trata. En donde se come no se caga.

—Muy fino lo suyo Müller y hablando de respeto, de tus empleadas y demás... invité a cenar a tu sexy nana hoy a la noche.

Me pongo de pie tan rápido que muevo conmigo unos centímetros mi enorme y pesado escritorio.

—Ella aceptó —remata André y yo siento un enorme malestar brotar de mi interior.

Mis puños cerrados y mis nudillos contra la mesa, contienen las ganas de tirarme sobre él y estrangularlo con la corbata.

*¿Qué puedo hacer?*

¡Nada!

Después de todo, si ella aceptó, es porque le gusta.

«Mierda»

—¿Algún inconveniente? —pregunta mi amigo y socio.

Y en contra de mi voluntad, con una fuerza admirable respondo...

—No. Ningún problema.

Continuamos trabajando a toda prisa antes que nos caiga algún detective por el caso de Goldshmidt.

Agradezco el trabajo y la distracción. Cualquier cosa es buena para quitar la imagen de mi amigo y la señorita Val juntos.

Esa noche cuando llego a casa, encuentro a Felipe haciendo los deberes en la pequeña mesa del living y a Sarah jugando con las Barbies. Beso a mis niños y saludo a Concepción.

Camino a la cocina en busca de la señorita Val. Necesito algunas explicaciones... después de todo, ella es mi empleada y no le pago para andar armando citas con mis amigos.

*«A quien intento engañar»*

En la cocina como de costumbre, encuentro la cena en una fuente cubierta con papel de aluminio lista para calentar, pero ni rastro de ella.

Hoy es viernes, por lo que concluyo se debe encontrar en casa y no en su clase de salsa.

Subo las escaleras y llego al pasillo que une nuestras habitaciones. Veo luz por debajo de la puerta de su dormitorio.

«La encontré»

Golpeo y aguardo.

No soy hombre de esperar. Cuando quiero algo voy por ello. Pero en este caso y en este preciso momento toca esperar.

Nada.

Intento nuevamente. Golpeo y espero. Pero nadie responde.

Pruebo abrir la puerta, y para mi sorpresa, esta se encuentra sin trancar.

Ingreso y cierro tras de mí. Mi respiración está alterada como si hubiese corrido veinte kilómetros. Y lo que veo sobre la cama me hiela la sangre y hace que el ogro Müller entre en acción.

Sobre la gran cama veo un justo, corto y escotado vestido negro.

*«¡Puto André, puto vestido y puto el universo!»*

Su recámara se encuentra en penumbra y únicamente se mantiene encendida una de las lámparas de las mesas de luz. En el estéreo termina una canción que no reconozco y comienza una empalagosa melodía de Ricardo Montaner... *Castillo Azul*. Nunca soporté este tipo de música, pero hoy y ahora solo reavivan el fuego.

La puerta del baño se abre y la señorita Val sale en medio del vapor que produjo la reciente ducha, vistiendo únicamente un caliente conjunto de ropa interior.

Ricardo Montaner canta en ese momento...

*“Ven y te explico lo que somos,  
en nuestra habitación...”*

Negro y rojo.

De encaje.

Con el pelo mojado cayendo como una cascada hacia un lado, pide sexo a gritos.

Cuando me ve, se asusta e instintivamente intenta cubrir sus pechos.

—*¿Rojo y negro?* —digo más para mí que para ella. El dolor de la traición sale junto a mis palabras.

Me duele pensar en ellos dos juntos.

*«Si un día desnudando a una mujer, ves que su corpiño coincide con la tanga... fue ella quien decidió llevarte a la cama»* no tengo mejor momento para recordar ese dicho, que éste.

Miro a la señorita Val y luego la puerta.

La puerta... el escape y libertad, versus la señorita Val.

La melodía continúa sonando y el trance en que me encuentro cada vez es peor.

*“Poco a poco y el amor no se aguantó,*

*No hay prisa, pero no puedo esperar,*

*Boca a boca te doy un respiro.*

*Tu cuerpo y el mío encuentran la posición.*

*En este castillo azul se escribirá una historia, basada en nosotros dos...*

*...ven y te explico lo que somos en nuestra habitación...”*

Jamás pensé que esta canción me fuera a gustar. Y mucho menos que me calentara tanto como lo está haciendo, aquí y ahora.

—Disculpe —digo finalmente y camino hasta la puerta.

Tomo el pestillo y coloco el pasador.

El chasquido que produce me dicen que ya no hay vuelta atrás.

Cierro los ojos y apoyo la frente en la fría madera de la puerta.

Lentamente giro y comienzo a aflojar mi corbata... de otra forma no podré seguir respirando.

—Señor Müller... *¿Qué hace acá?* —susurra atemorizada, dando un par de pasos atrás, mientras lentamente camino en su dirección.

Prácticamente está dentro del baño, cuando me abalanzo sobre ella y la atrapo en el preciso momento en que intenta cerrar la puerta.

La tomo por la cintura y la levanto hasta que su culo alcanza la mesada del baño. La siento sin mucha delicadeza y gruño... —*¿Rojo y negro?* —herido por la traición que siento.

*«La estúpida e imaginaria traición»*

Abre grande sus ojos y parece desconcertada.

Cuando intenta decir algo en su defensa, no lo logra.

Atrapo su boca con la mía y con mi mano en su nuca, la inmovilizo.

—Usted... no se va a ningún lado *¿entendió?* —comento entre jadeos.

—Pero... —intenta alegar cuando nuevamente introduzco mi lengua en su boca y con la otra mano, aproximo sus nalgas hasta el borde. Dejándola con una pierna a cada lado de mi cadera.

Forcejea y eso me calienta más.

Restriego mi erección en su entrepierna y ella suelta un gemido. Pero para mi sorpresa me empuja.

—¿Qué hace? —grita entre sollozos.

—No quiero que salga con André.

—¿Y eso le da derecho a entrar a mi dormitorio y manosearme?

—¿Manosearla?

Recién en ese instante me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

Me retiro asqueado por mi conducta.

—Disculpe.

—¿Qué lo disculpe? —suelta en medio de gritos —¿quién demonios se cree que es, para entrar de esa forma?

—Disculpe, es que cuando me enteré que hoy saldría con André me puse como loco.

—Piensa muy mal de mi señor Müller —. El dolor que hay detrás de esas palabras me hace mierda —y jamás saldría con alguien que está en pareja. Ya me lo hicieron a mí una vez y no camino en esa misma dirección.

—Lo lamento mucho —. Reitero con vergüenza. Camino en dirección de la puerta intentando por todos los medios no mirar a la mujer por la que perdí los estribos. Pero antes de irme aclaro... —De todas formas, André no se encuentra en pareja. Solo fueron estúpidos celos míos.

—¿Ustedes ya no son pareja?

—¿Cómo? —su comentario me hace frenar y girar nuevamente para enfrentarla. Necesito que repita lo que acaba de decir... —¿Cree que somos pareja?

—¿Ustedes ya no son...?

—¿Cree que soy gay señorita Val? —la furia vuelve a mí.

—Si —responde sincera elevando sus hombros. Y yo estoy entre que la mato o me la cojo para demostrarle que tan gay soy.

Respiro hondo y cierro los ojos intentando contenerme.

—No, señorita, no soy gay.

—¡Oh!

—Nuevamente le pido disculpas. Y le doy mi palabra que no volverá a suceder, aun no entiendo qué fue lo que me ocurrió.

—¿Por qué no va a volver a ocurrir?

—¿Disculpe?

—Nada —se apura en responder.

Luego ingresa al baño y sale anudando el lazo de su albornoz.

Nuestras miradas se cruzan y ninguno está dispuesto a retroceder. Palabras no dichas, sentimientos que crecen minuto a minuto, soledad... ¿amor? Son fragmentos de lo que pasa por mi mente.

Desde fuera se escuchan pasos y la voz de Concepción llamándome.

—Señor Müller en la entrada lo buscan dos policías —. Llama la insistente mujer desde fuera de la puerta de mi dormitorio, solo que ¡no estoy ahí!

«Mierda»

Miro a Val y ella sonríe pícaramente. Oh no cariño... no te burles de mí porque luego vas a arrepentirte.

—Usted tendrá que ayudarme señorita Val.

La ecuación no era muy complicada. Me buscaran en mi dormitorio, luego en el despacho y la biblioteca. Si no me encuentran las lenguas no demoraran en hacer locas conclusiones vinculando a la cocinera con el jefe.

«Aunque en este caso no serían tan "locas"»

—Usted entretenga a Concepción y haga que baje a la cocina.

La carita de miedo en el rostro de ella me mata de amor. Está preocupada por ser pescada infraganti. Y para mí lo primordial es resguardar su reputación. Después de todo, fui yo quien irrumpió en su dormitorio.

—Pero... ¿no puedo bajar de bata si hay policías?

—Rápido, vístase con algo.

Me observa por un instante y luego con una sonrisa extraña en el rostro desata lentamente su bata. La deja caer al suelo y toma el vestido que reposa en su cama. Se lo coloca con una admirable gracia y tras tomar un sobre de mano, sube sobre sus altísimos zapatos negros, camina hasta la puerta, y con la mano en el picaporte, suelta algo de su descaro.

—No se preocupe, que ya la distraigo señor Müller. Que tenga bonita noche.

Guiñó uno de sus cautivantes ojos, algo que ya es muy típico en ella y se marchó.

«¿Si esto no fue un desafío?... ¡Yo no sé nada de la vida!»

Quedo solo.

Con la boca abierta por el asombro, una sensación de vacío en el pecho y un abultado y duro bulto en el pantalón.

Desde fuera se escucha a Val llamar a Concepción.

—¿Tienes un minuto, niña? Es que tengo que mostrarte algo de la cena, urgente —hasta ahí estábamos bien, salvo que luego remata con un... —*ya me voy, es que tengo una cita.*

Y gracias a Dios escucho el sonido de ellas descender por las escaleras, porque juro por Dios que estaba a punto de salir al ataque.

Salgo sigilosamente de su dormitorio y cierro la puerta. Rápidamente ingreso al mío y me quito el saco. Estoy a punto de colgarlo en el despojador que se encuentra a un lado del ventanal, cuando veo el portón de casa abrirse y la camioneta de la señorita Val salir.

«*Ya me las pagará señorita Constantini*»

¿Una cita?... veremos quien ríe último. Tomo mi móvil y llamo a mi amigo.

Ni bien responde al llamado suelto un seco y demandante...

—André, te necesito ya mismo en casa, la policía está aquí.

—¿La policía?

—¡Ya! —grito molesto.

«*La mierda compartida es mejor*» Piensa mi yo interior. Ya me imagino a la señorita Val en casa en una hora, plantada por su “cita” y yo aquí dispuesto a consolarla en mi cama.



La despedida de soltera de mi prima ¡fue genial!... salvo por el detalle de encontrar a Shirley en ella.

Y es que mi prima Marian y Shirley son amigas de siempre, y no podía pedirle que la dejara afuera del festejo por lo ocurrido. Éramos aproximadamente unas quince mujeres en el bar, incluyendo a mi madre y hermanas. Calculo que Shirley se debe de haber ido con mal de ojo de la fiesta.

Todas saben de su aventura y actual relación con Ricardo. Por lo que su entrada no fue muy bien recibida.

“*Pero la educación ante todo niña*” dijo mi madre mientras se ponía de pie para saludar a mi ex amiga.

Y con su habitual sentido del humor un tanto “citríco” le regaló unas bellas palabras.

“Shirley querida... espero seas muy feliz con el bastardo de mi ex yerno, el tiempo en que él te sea fiel. Porque tu bien debes saber que el lobo puede perder el pelo, pero no las mañas”

«Gracias» Respondió Shirley, tomando rápidamente su lugar en el extremo opuesto de donde nos encontrábamos con mi clan.

Admito que por momentos siento pena de ella. *¡Les juro!*

Solo debo estar agradecida, pues gracias a Shirley me libré de la bolsa de patatas que tenía por marido. Y es que recién ahora logro ver con claridad lo ciega que estaba.

Es que realmente mi vida junto a Ricardo no me hacía feliz... *¡pero yo si lo hacía!*

Permítanme que les explique... *Siempre busqué la felicidad, con mi familia, mis clases de danza, la tienda, mis clientes, en fin... ser feliz es un compromiso de vida, no un estado de ánimo, por tal razón solo depende de uno mismo.*

El hallarme repentinamente sin nada, me hizo dar cuenta que nada de eso era necesario para mi felicidad. Y me encontré mejor que nunca junto a una desconocida familia, que me acogió y brindó hogar y protección.

La noche avanzaba y junto a ella los tragos. Intenté controlar el alcohol que ingería, ya que en un arrebato de provocación vine con mi coche y no en taxi como lo había planeado. Y todo por huir de Müller.

¡Es que no pude evitar incitar al sinvergüenza!

Toda una revelación enterarme que no es pareja con André y peor aún saber que le gusto.

¿Se puso celoso?

«Excelente» Pienso con deleite.

Mi madre bailando con uno de los strippers, mis hermanas bebiendo tequilas y yo cuidando de ellas, era el patético panorama que tenía en el instante que decidí marcharme.

«¡Niñas, basta!»

—¡Me marchó! — Digo finalmente como saludo y salgo.



La noche se encuentra hermosa. Luna llena y ni una gota de viento. Es primavera y se huele aroma de flores. Llego a casa con ganas de cocinar. Espero no despertar a nadie, porque tengo ideas para un nuevo pastelillo... masa de caramelo y chocolate, con cobertura de galletas Oreo.

Me descalzo ni bien entro y me pongo el delantal a lunares. Enciendo el horno y coloco casquetes de papel en la chapa de cupcakes.

Bowl y tres tubos de mis galletas favoritas. Las abro en dos y retiro la deliciosa crema en un recipiente y las tapitas en otro. Machaco las galletas con un palote de amasar y luego comienzo a batir nata con un par de cucharadas de azúcar glas. Una vez que está a punto, incorporo la crema que retiré de las galletas hasta lograr que se unifiquen todo. Después agrego un tanto del polvillo de chocolate que machaqué y reservo en el refri la preparación.

Para el bizcocho, utilizo una preparación básica de cupcake y cambio parte de la harina por cacao. Luego de hornear y que se enfríe rellenaré el interior con caramelo líquido, que siempre tengo preparado para el helado de los niños.

Programo el temporizador y cuando giro para colocar la bandeja en el horno, ahí está él.

El señor Müller se encuentra de pie en la entrada de la cocina.

Está usando solamente los pantalones de su pijama, dejándome de esa forma admirar sus marcados abdominales.

«Vaya tableta de chocolate para los ojitos de esta repostera»

Reconozco que mi mirada se clava en su cuerpo por un momento, hasta que logro reubicarlos en su rostro. No tiene cara de dormido, todo lo contrario, se lo ve despabilado y algo molesto.

—Buenas noches —. Saluda.

—Buenas noches —respondo.

—Veo que trae mucha energía, señorita Val.

—Sí. Mucha en verdad —respondo de forma insolente.

Camina lentamente hasta un banco y toma asiento en él. Cruza sus brazos y los músculos se le marcan al instante.

—¿Qué tal su cita?

«¿Cita?»

Ohh... ¡Claro! Ya entiendo su expresión de ogro malo. El pobre hombre sigue pensando que tuvo una cita con su amigo. *Si supiera que la que está disfrutando de su socio es Concepción, estaría agradecido sin dudas. Pero luego de lo que hizo hoy a la tarde en su arrebato de celos, creo que no se merece saber ese "pequeño" detalle.*

Por un momento pienso qué hacer... ¿Comunicarle que solamente fui a una despedida de solteras? o...

*...dejarlo creer que acabo de llegar de una caliente cita, en la cual probablemente haya tenido ¡sexo!*

«¡Hacerlo sufrir!» grita Red mi alter ego y curiosamente yo me encuentro de acuerdo.

—Mi cita estuvo muy bien. Gracias por preguntar —respondo gentilmente.

—Me alegro mucho —expresa mientras veo su nuez de Adán hundirse al tragar. No deja de observarme y mantiene una gélida mirada sobre mí, la cual provoca que comience a ponerme nerviosa.

—Gracias. Si me disculpa me voy a la cama, es tarde y mañana debo madrugar.

Camino en busca de libertad.

No me gusta la expresión que está tomando el rostro de Müller cuando me habla. Se nota que es hábil declarante, y que en este juego del gato y el ratón soy yo quien sale perdiendo.

Antes de llegar a la escalera me detiene algo que dice.

—¿Usted sabe que es cuestión de tiempo, señorita Val?

«Touché»

—Soy consciente de eso, señor —respondo y volteo para verlo.

Para ver al hombre que me está amenazando con una pronta relación voy a saber uno de qué tipo. Cuando volteo lo encuentro de pie, brazos cruzados y cuerpo recostado contra la mesa de la cocina. Comienza a caminar en mi dirección y mi corazón galopa como un estúpido.

—*Que descanse* —suelta al pasar junto a mí, ignorando su caballerosidad y subiendo velozmente la escalinata antes que yo.

Una semana después de la “cita”

—Val... Val...

Escucho susurrar en mi oído.

Aún estoy adormilada, apenas logro abrir los ojos y veo dos caritas mirándome.

Sarah y Felipe se encuentran en mi cama uno a cada lado. Sonríe con ese dulce despertar y extendiendo mis brazos para que se acurruquen junto a mí.

Beso sus coronillas y no es nada nuevo que se cuelen debajo de mi cubrecama. No es la primera vez que lo hacen, pero sí es la primera vez que al dejar la puerta entornada el señor Müller puede vernos.

Lo pesco de pie en la puerta observando nuestra interrelación. Usa jean y camisa blanca por fuera, mantiene una de sus manos dentro de su pantalón, mientras que con la otra sostiene una humeante taza.

—Buenos días —saluda.

Muero de vergüenza. Me siento desubicada y atrevida al encontrarme con sus hijos en mi cama como si fueran míos. Pero la verdad es que adoro a esos niños, y me emociona ver sus caritas de alegrías ante lo mínimo que pueda darles.

—Buenos días, señor Müller —respondo. Por un instante pienso en salir de la cama, aunque luego recuerdo que me encuentro con un pijama de short y musculosa «no apropiado para usar frente a mi jefe»

Sarah y Felipe al escuchar a su padre comienzan a reír, luego se meten debajo de las mantas y gritan... “no estamos aquí papito”

Yo sonrío ante las cosquillas que me hacen y tomo asiento en medio de la cama. Müller ingresa lentamente y mi corazón se desboca. Todo él es hombría y sexo. Y tenerlo dentro de la habitación, hace que mis fantasías... «esas que solo salen a la noche cuando nadie me ve» surjan en este preciso instante y acaloren mis mejillas. Müller desprende sensualidad y alguna especie de feromona, seguramente, la que activa mis neurotransmisores... o como sea que se llame esas “cositas” de mi cerebro, las que hacen que mi cuerpo se ponga loquito.

—Ustedes sí que la pasan bien señorita Val. ¿Es frecuente este tipo de relación entre ustedes?

«Mierda está enojado»

—Bueno, ejem... —aclaro mi garganta —en realidad, ellos no siempre entran aquí, solamente cuando quieren pedirme algo y... —palabras, palabras y ningunas de ellas logran armar una frase con sentido. ¿Qué le digo?... Que últimamente los niños se pasan para mi cama a charlar. «No puedes Val... eres del personal de esta casa, eso no estaría bien» y ya me imagino su discurso... “señorita Val, no le pago para que juegue a la niñera, usted es la cocinera y debe limitarse a eso... ¡a cocinar!”

—Pienso que son muy suertudos—suelta luego de mi malogrado discurso.

—¿Disculpe? —digo sorprendida.

—Ellos pueden hacer algo que yo no. O debería decir, que ellos hacen algo que yo no he hecho, aún.

Me ahogo como una estúpida y comienzo a toser. Necesito distancia, necesito alejarme de este hombre como sea, porque la cosa viene de desafío y claramente mi cuerpo responde ante todo su ser. ¡Vade retro Satanás!

Me pongo de pie y camino al baño. Siento como me mira. No volteo, pero puedo intuir que los ojos de Müller me comen con la mirada.

—Bajo en unos minutos niños —grito desde dentro, y debo tomar asiento en el borde de la bañera para no caer de culo al suelo.

«¿Se quiere meter en mi cama?»

Vamos Val... no te hagas la tonta. «Esa es mi consciencia» sabemos que el hombre está loquito por ti. En parte es verdad, puedo darme cuenta que el hombre se siente atraído desde que la otra noche en un arrebato de furia se metió en mi habitación y me rompió la boca de un beso.

Pero...

«Siempre hay un pero»

Y en este caso es nada más ni nada menos que ¡mi salud mental y emocional! Él me gusta... y yo le gusto, hasta ahí vamos bien, pero nadie me asegura no terminar con el corazón más roto y triste de lo que ya se encontraba hace un par de meses.

Y continuemos, él es mi jefe y yo su empleada y no solamente nos vincula una relación contractual, sino que ¡vivo en su casa!

Si hablamos de tener un “approach” con el jefe, no solo pondría en juego mi corazón, también mi reputación como empleada, y necesitaría buscar un lugar donde vivir.

Lo mire por donde lo mire, un encuentro íntimo con el señor Müller no entra en mis planes «Pienso con amargura»

Salgo de la ducha y camino derecho al dormitorio para vestirme.

Cuando lo hago, algo en la esquina llama mi atención.

Un movimiento... una persona.

—¿Mamá?

Mi madre se pone de pie y me da un apretado abrazo. Sin soltar mis hombros me aleja de ella unos cuarenta centímetros y suelta su tan característico...

—Anoche se lo comenté a tus hermanas... ¡Has perdido mucho peso!... ¿te encuentras bien?

—¡Naaa! —aúllo.

Y es que para ella... delgadez es sinónimo de enfermedad, en cambio a los tan odiados kilos en las caderas y mofletes rechonchos le gusta llamarlo “lozanía” y es que luego del divorcio... y no me pregunten el por qué perdí unos diez kilos, no solo me siento mucho mejor, ¡si no que parezco cinco años menor! ¡Gracias Ricardo, gracias Shirley!

—¿Qué haces aquí?

—¡Vine a quedarme unos días con mi nena! — exclama llena de energía —y de paso compartir con los niños.

—Pero mami, tú no puedes venir a instalarte como si esta fuera mi casa y los niños tus nietos.

—Ojalá lo fueran, son tan dulces.

Asiento de acuerdo con su pensamiento, pero de todas formas no puedo permitir que se quede. El terreno no es seguro y con Müller la tensión puede olerse a kilómetros y seguro “la sabueso” de mi madre, se dará cuenta al instante que nos sentimos atraídos el uno para el otro.

—Ese hombre se siente atraído por ti hija.

¿Ya lo olfateó? «¡Joder con mi madre!»

—No mami, el tan solo es mi... es mi... jefe.

—Puedo intuir que tiene otras intenciones —dice mientras comienza a sacar su spray para el cabello, cepillo y maquillajes sobre mi tocador.

Camino hasta ella y tomo nuevamente las cosas que acaba de desempacar y una a una las guardo de nuevo en su bolso.

—Mamá, esta no es mi casa, tan solo es mi trabajo y tú no puedes invitarte, así como así.

—Pero, si Daniel me invitó querida. Él mismo fue quien me sugirió venir a quedarme unos días contigo.

—¡Oh! —. Quedo muda ante su comentario. “Daniel me invitó” ¿lo llama por su nombre antes que yo?... ¿y él la invita a nuestra casa? Digo... ¡A su casa! Socorro, su casa, y que Dios me ayude.

—Además... mañana a la noche tenemos la fiesta de tu prima, y pensé que podríamos arreglarnos juntas—. Aplaude feliz su gran idea.

—No iré mami. Ricardo y Shirley estarán allí. No hay chance de que me presente por nada en el mundo.

Toma asiento en la cama y apoyando su mano sobre el cubre me indica sin palabras que me siente junto a ella. Lo hago y apoyo mi rostro en su pecho. Me acaricia el cabello de una forma muy suya, miles de personas podrán hacer lo mismo, pero reconocería las manos de mamá a kilómetros.

—Pronto el amargo sabor quedará en el olvido, cuando llegue tu verdadero amor, ese que cure tus heridas y sane a tu corazón.

—¿Quién dice que Ricardo no era mi verdadero amor, má?... porque yo sí estaba enamorada.

—¿O creías estarlo?

Pienso por un momento y no estoy segura de ello. Tampoco estoy segura si me dolió más la traición de Ricardo o la de mi mejor amiga.

—No lo sé. Sea lo que haya sido, yo no iré, no estoy preparada para verlos y mucho menos para que me vean ellos a mí.

En la cocina, mi jefe desayuna con los niños cuando bajamos. Me vestí con unos gastados jeans, los que no me podía prender desde hacía tiempo, pero para mi asombro, ahora calzan perfecto, realzando mis piernas y trasero. No es que me los ponga a propósito para provocar a mi jefe ¡no qué va!



Me quemo con un trago que doy al café cuando veo bajar a la señorita Val con un ajustado y desgastado jean.

«¡Aprobado el uniforme!» pienso.

Siempre usando ropa holgada y blusas largas las que no me permitían admirar en su totalidad, su exuberante y curvilíneo cuerpo. Aunque en su recámara tuve el placer de admirarlo sin vestimenta por medio, pero era tal mi furia en ese momento, que me impidió disfrutar de él cómo se debía.

Baja animada junto a su madre, pienso que poner a trabajar en mi favor a alguien de su equipo, será sumamente beneficioso para darle la seguridad que le falta.

—Buenos días —saluda la señorita Val —¿Qué tal esos cupcakes de limón?

—Delishioshos —responde mi hijo Felipe con la boca llena de migas.

Val toma una servilleta, y con ella realiza algo que mi madre hacía conmigo. Un cotidiano, pero tierno gesto... moja la punta de la servilleta con su saliva y limpia una mancha de chocolate que mi pequeño tiene en su frente.

Para mi asombro Felipe se deja limpiar sin chistar. Tras retirar la suciedad, acomoda los rubios y lacios cabellos de mi niño y acaricia su mejilla.

—Ahora sí quedaste guapo, mi amor.

«¿Mi amor?»

Noto que no lo hace porque esté yo al frente, la relación de cariño que formaron los tres, es admirable. Y no hay un momento, ni una sola milésima de segundo

en la que no piense...

«Quiero ser parte de eso»

—¿Café, Silvia? —ofrezco.

—Gracias, querido, me encantaría —responde la “suegra” —pero cuando su hija camina a la cafetera, me pongo de pie rápidamente y me adelanto.

—Permítame —susurro cuando la tengo a un lado y para mi satisfacción, guiño un ojo y ella se sonroja.

«Excelente» pienso como el malvado señor Bearn en la serie de los Simpson.

Desayunamos todos juntos como una gran familia. Como siempre deseé que fuera, con una “abuela” cariñosa y normal. No como la estirada ricachona de mi suegra, gracias a Dios la vieja y mi suegro viven en Alemania, desde que mi mujer murió. Ellos no tuvieron mejor idea, que, tras la muerte de su única hija, hacer el duelo lejos... donde no tuvieran recuerdos dolorosos. Pero olvidaron que mis hijos perdieron a su madre, se marcharon con una frialdad pocas veces vista, y solamente llaman dos o tres veces al año en ocasiones precisas como cumpleaños o Navidad.

Hoy por hoy esa ausencia es refrescante. La simbiosis que tenemos con los niños es tan grande, que no me encontraría a gusto compartiéndolos con esos ricos estirados, y decir “ricos estirados” es un tanto simbólico... porque mi fortuna siempre superó y supera la de ellos ampliamente, solo que prefiero el bajo perfil, pocos eventos sociales, y nada de exponer a los niños en círculos aristocráticos.

Indudablemente, Silvia podría cumplir el rol de abuela para ellos, si algún día la señorita Val aceptara ser mi...

«¿Qué cojones estás pensando Müller?» ¿No es un poco precipitado pensar en casamiento, cuando no te la has ni cogido? Borro ese pensamiento de mi cabeza y me centro en el hoy.

—¿Tienen planes para mañana sábado? —pregunto —porque podríamos salir a cenar todos si les parece bien.

Silvia responde:

—Oh Daniel, ¡qué pena me da!... pero mañana es el casamiento de mi sobrina Natalia, de la que Val organizó la despedida de soltera, el viernes pasado a la noche.

Observo en silencio a la señorita Val y ella esquiva mi mirada.

«Me mintió... ¡no tuvo ninguna cita!»

—¿Quién quiere ir por helados? —sugiere Val intentando evadir su mentira. Pero ¡no se lo permitiré!

—Yooo —gritan mis hijos y su madre a coro.

—¿Por qué no van ustedes, Silvia? y nosotros los seguimos en un momento cuando organicemos el tema del menú de hoy.

Silvia se pone de pie y va por las llaves de su coche. Como la abuela que me gustaría que fuera, toma las manos de los niños y tras comentar a cuál heladería se dirigirán, se marchan dejándome junto a su adorable y mentirosa hija.

*Pensar que tomé dos antiácidos mientras la esperaba de su supuesta “cita”. No dejaba de imaginarla montada a caballo del degenerado de André y teniendo sexo sin protección.*

—Concepción, ¿podrías ir hasta el supermercado? es que los niños quieren jugo de naranja del que viene en las botellas de los Minions y ya no queda.

—Sí queda, señor, quiere que suba una botella de la despensa.

—Perdón, ¿dije Minions? —Sonríó seductoramente a la chica y retomo —quise decir Jugo de Kung Fu Panda.

—Claro, señor Müller, no sabía que existiera, pero ya voy y lo compro.

—Gracias —respondo, mientras entrego un billete para el mandado y veo a la joven desaparecer.

Val observa todo en silencio, sabe perfectamente que algo tramo.

Como no tenemos mucho tiempo, decido obviarle las formalidades, e ir al grano.

—¿Hoy no va a la oficina, señor Müller? —intenta desviar la tormenta que se le viene encima.

—¿Me mintió respecto a su cita, señorita Val?

Clava la vista en su taza de té y finge un bostezo.

A través del ventanal veo a Rita coquetear con José el jardinero. Ambos están muy entretenidos regando el cantero de flores, mientras conversan y ríen. Creo que entre esos dos hay más que una amistad.

«Perfecto» no están los niños, ni Concepción y Rita se encuentra distraída.

—¿Sí o no? *Responda por favor.*

—Tal vez —confiesa dubitativa.

—Las opciones eran “sí o no” por lo que tomaré eso como un sí. ¿Intentaba acaso ponerme celoso?

—¿Está celoso señor?

—Tal vez —respondo, adentrándome en su juego, pero a punto de dar la estocada final.

—Tomaré eso como un sí, señor Müller.

—¿Conoce usted mi dormitorio, señorita Val?

Me observa algo desconcertada, y frunce el ceño cuando me ve aproximarme.

Finalmente responde...

—No por dentro, señor.

—Perfecto, porque tengo preparado un tour para usted en este momento —manifiesto mientras me agacho y la levanto sobre mi hombro, grita y ríe al principio. Pero luego comienza a ponerse nerviosa.

Nuevamente pienso... "*excelente*"

De dos en dos subo los escalones y en grandes zancadas llegamos a mi recámara. Entro y con una patada cierro la puerta.

Sin un mínimo de delicadeza, la deposito en medio de mi cama, y cuando intenta incorporarse, me lanzo sobre ella.

Con mis piernas rodeando sus caderas, sus brazos extendidos y mis manos sujetando sus finas muñecas, es una presa fácil y tentadora.

Aproximo mi cara hasta su cuello y hago algo que llevo tiempo queriendo hacer.

La huelo. Cierro los ojos y aspiró su refrescante y juvenil aroma.

Tal como lo recordaba.

«Coco y vainilla»

—Su piel tiene olor a bizcochuelo señorita Val... y me tienta probarla — susurro mientras clavo mis dientes en su tierna piel rosa. Gime... la perra lanza un gemido, lo que provoca que mis bolas estén a punto de explotar y mi pija quiera llenarla de semen de una buena vez.

Y eso va a ocurrir, ahora.

Se retuerce y mueve su cabeza de lado a lado evitando mis labios. Finalmente, la atrapo. Estiro y sujeto sus brazos por sobre su cabeza, dejando así su boca más expuesta para mí —*Si no me dejas morder y chupar estos labios, tendré que ir en busca de otros* —amenazo sugerentemente, elevando una de mis cejas y mirando descaradamente a su entrepierna.

Abre su boca sorprendida para rebatir mi comentario, pero sin previo aviso, sumerjo mi lengua en ella.

Su aliento y humedad me tienen ciego... ya no soy capaz de mantener mis modales de caballero por un minuto más.

Me pierdo, ya no puedo volver atrás. Que Dios me ayude, pero la deseo aquí y ahora. En mi cama, en mi dormitorio, en mi dominio, como el macho que soy y que ella tanto necesita.

Suelto sus manos, pero ahora tomo el centro de su blusa, con una sonrisa de lado y los peores pensamientos en mente, rasgo la delicada tela y ella no hace nada para detenerme.

Su pecho sube y baja agitado, intentando controlar su respiración.

Su brasier blanco es una invitación a lo prohibido, y solo quiero descubrir si su bombacha será a juego.

Desprendo los tres botones de su jean, y de pie, en un rápido movimiento lo retiro.

Efectivamente su tanga es blanca, porque eso es lo que es... una ínfima y delicada tanga blanca. El rosa de su piel, lo blanco y puro de su ropa interior han despertado al ogro y dudo que se calme hasta conseguir sangre de inocentes.

«Y esa eres tú señorita *provocadora* Val»

Apoya sus codos en la cama, mientras yo comienzo a deslizar la tanga por sus largas piernas.

Me arrodillo.

—*¡No!* —pide en un susurro.

Abro sus torneadas y suaves piernas.

—*¡Por favor!* —suplica.

Se encuentra totalmente depilada, por lo que puedo admirar su pubis, y esos tentadores labios que tanto quiero besar. Me mira aterrada, observa como una espectadora lo que estoy a punto de hacer.

Abro sus pliegues con ambas manos, lo hago lento y delicado. Mis grandes dedos separan los pétalos de su flor, y mi lengua se abre paso, lamiendo desde abajo hacia arriba.

Emite un fuerte gemido y puedo intuir, que esta mujer necesita sobredosis de cariño. Está muy receptiva y puedo entrever, que en el pasado no fue bien atendida.

Me detengo en su clitoris. Succiono ese rojo botoncito. Su aroma me embriaga, su sexo y su piel lo hacen. Me duelen los huevos a morir, por lo que, en un par de maniobras desprendo mi pantalón, bajo mi bóxer y liberando únicamente mi pija, decido penetrarla.

¡Ya!

Trepo a la cama y subo sobre ella. Enrosco mis brazos en su cintura y me afirmo con ambas manos a su glorioso y redondo culo, luego tomo mi miembro para penetrarla.

Es muy estrecha, y puedo notar que le duele. Pienso en el bobalicón del ex... no solo no la atendía bien, sino que debe tener la pija chica.

«Idiota»

Deja escapar un “ahhh” y yo me hincho de orgullo. «*Si mi amor... quiero que goces, quiero que me regales un orgasmo, cielo, y quiero que sea todo mío*»

Y así fue, comencé a moverme entrando y saliendo de ella con mi gran longitud, lubricando nuestra intimidad, mientras nuestras bocas no se separaban ni por un instante. Mi lengua y la suya eran una. De esa forma, «en su boca» pude sentir y beber el primer orgasmo que me regaló.

Continuamos, solo me detuve por unos segundos mientras se recomponía, para colocarme un condón y seguir, pero casi al instante, sentí llegar al segundo. Los músculos de su vientre se contrajeron y sus uñas se clavaron con fuerza en mi espalda, esa fue la campana que sonó y soltó al toro que vive en mí interior. Sus uñas que se deslizaban desde mis hombros hasta mi espalda y mis embestidas que crecían. Mis caderas subían y bajaban con fuerza, una y otra vez en una furiosa y necesitada danza.

De esa forma me vine. Mejor dicho... nos vinimos. Fue un orgasmo desgarrador para mí... pocas veces una mujer provocó algo tan fuerte en mi cuerpo.

Con su blusa despedazada, las copas de su corpiño salidas de lugar y desnuda de la cintura para abajo nos encontrábamos minutos después.

¿Cómo nos sentimos?

Bueno... supongo que bien. Aunque me hubiera gustado algo de música y champagne para nuestra primera vez. Puedo darme el derecho de calificar el encuentro con medalla y un gran 10 de calificación. Si en aproximadamente siete minutos pude arrancarle tres orgasmos, no quiero ni imaginar todo lo que puede ocurrir en una noche.

—Prometo velas, música y champagne para la próxima.

Lentamente gira su rostro para mirarme. *Es tan bella y delicada*. Su carita pecosa y su desaliñado cabello me hacen querer poseerla y gritar a todos los hombres del planeta que es mía.

—¿Próxima? —pregunta con sorpresa.

—Si señorita Val, para la próxima vez que logre atraparla solo para mí.

—No soy presa fácil señor Müller y tampoco bebo champagne —creo que está evadiendo un poco el tema.

—Mejor que no beba, aunque reconozco que me gustaría tenerte un poco borracha. Quizás de esa forma logre conocer con exactitud todos tus secretos.

Sonríe y toma asiento en la cama.

¿Se marcha?

La estrecho en mis brazos, impidiendo que se vaya. ¡No ahora! No cuando pensé que tenía la mitad del camino andado.

—Quédate conmigo por favor —. Me encuentro pidiendo, y solo yo sé, que mi pedido abarca más que tan solo un instante. No quiero que se vaya, y seguro me veo como un adolescente enamorado de quince años, con su primer amor. Cierra su blusa lo mejor que puede, ocultando sus pechos de mi curiosa mirada y exclama...

—En verdad fue muy bueno... ¡bah! que estoy diciendo, fue estupendo, maravilloso, ¡*extraordinario!* y me sentí como nunca en mucho tiempo. Pero...

—Pero ¿qué, Val? —no entiendo a qué quiere llegar con ese discurso... parece el clásico “*nosotros lo llamamos*” luego de una entrevista de trabajo.

—Pero creo que no fue una buena idea lo que hicimos. Soy tu empleada, acabo de salir de un matrimonio fallido y ni siquiera estoy divorciada.

«¿Cómo?»

No puedo creer lo que está diciendo. ¡La mato!

—Que recién estés saliendo de un matrimonio erróneo, no quiere decir que no puedes hacer el amor conmigo. Que seas o no mi empleada en este momento depende únicamente de ti, y sobre el tema de tu divorcio, yo mismo me encargaré en persona.

Me observa en silencio.

Su hermosa carita pecosa me mira pensativa. ¿*En que tendrás la cabeza niña mía?* «Pienso» hasta que finalmente habla:

—No te preocupes... yo ya tengo un abogado de confianza.

¡Esto es el colmo! “*un abogado de confianza*” ... Pero entonces, ¿yo qué soy?... Un tipo común y corriente que sirve para sacarse la calentura.

«*¡Me siento usado!*»

—¿Quieres decir que no confías en mí?

No responde y cada segundo que pasa estoy más furioso. Me pongo de pie y comienzo a vestirme. ¡*Se terminó!* Está bien que me encuentre loco por esta mujer, pero no permitiré el histeriqueo adolescente.

Escucho el sonido del timbre de la entrada principal, sonar una y otra vez insistentemente. Mi mal humor se ha instalado en mi cuerpo y dudo que algo pueda mejorarlo. Todo lo contrario, el molesto timbre lo está fijando cada vez más. De pie retiro el condón, lo anudo y lo dejo en la mesa de luz, subo y prendo mi pantalón y descalzo y en silencio me marcho de mi dormitorio, dejando atrás a la pelirroja mujer que me tiene fuera de eje. La hermosa, simpática y contradictoria señorita Val.

«*Nunca la tendría que haber contratado. Porque era obvio que podía terminar enamorándome de ella*»

Ya en planta baja me dirijo a la cocina y en la cámara del video portero, puedo ver el auto de mi padre.

—¿Papá?

Mi padre asoma su canosa cabeza por la ventanilla del automóvil, y con su inmaculada sonrisa, saluda...

—¡Hola hijo! Pensé que no había nadie, ya me estaba por volver.

Busco el mando a distancia del portón y abro. Aún no entiendo qué hace mi padre aquí, y muchos menos qué hace aquí, sin avisarme antes. *¿Estará bien de salud?* No es costumbre suya hacer eso. Pero amo al viejo y estoy feliz de verlo. Sobre todo, en este momento en que mi cabeza está hecha un lío. Camino hasta la entrada principal para recibirlo. Veo ingresar su Mercedes y estacionarlo debajo de uno de los abedules que hay a lo largo de la entrada. Desciende del automóvil cargando un pequeño bolso de cuero marrón, lo que me indica que la visita se extenderá por unos días.

«Excelente. El hotel Müller a tope»

*Veamos...* en uno de los cuartos de invitados, se encuentra la señorita Val, en otro su madre, y en mi planta no tengo otro que esté libre.

*¿Puedo usar esto para mi beneficio?* Me pregunto... y la respuesta no se hace esperar.

«¡Pero claro que sí!»

—Hijo, pero ¿cómo has crecido! —comenta jocoso mi padre, al tiempo que nos fundimos en un cálido abrazo.

—¡Viejo! Qué alegría tenerte por aquí. Los niños van a estar felices.

—¿Dónde están esos peques?

—Fueron por unos helados, en un rato regresan.

Entramos a casa y vamos al punto de encuentro de mi gran hogar. ¡La cocina!

Llegamos a ella y el sol mañanero entra por el ventanal. Rita se encuentra limpiando la heladera y Concepción entra en ese momento, y como era de esperar, con las manos vacías.

Saluda a mi padre con un movimiento de cabeza y luego se dirige a mí.

—Señor... al parecer aún no se encuentra en el mercado el jugo que usted pidió —*«Lo sé... no existe tal jugo y lo lamento. Pero sí que valió la pena ese tiempo a solas, con la señorita Val»*

—Gracias Concepción, no te preocupes —. Ella sonríe satisfecha y tomando el cesto de la lavandería se marcha a continuar con sus tareas.

—¿Café? —ofrezco a mi padre.

—Por favor hijo, ya estoy necesitando mi dosis de cafeína.

—Y cuéntame... ¿a qué se debe esta encantadora sorpresa? —cargo la máquina con una cápsula y aguardo frente a ella por un capuchino para mi padre. Conozco de sobra sus gustos, y sé que luego de conducir tantas horas le sentará de maravillas.

—Tenía ganas de verlos. Extraño a los niños y a ustedes. Tú y tu hermano siempre están tan ocupados que se olvidan de este pobre viejo.

—¿Pobre viejo? —largo una carcajada —¡vamos que de pobre tienes poco y de viejo mucho menos! Te la pasas viajando por el mundo con veinteañeras de pechos grandes.

Sonríe melancólico, es la expresión que tiene siempre que piensa en mi madre. Ella se nos fue cuando mi hermano y yo aún éramos unos críos, y tristemente la historia se repitió en mi caso. Al menos mi hermano se saltó la tétrica herencia, ya que opta por la soltería con más de treinta y cinco años. Mi padre sopla el vapor de su café al dar un sorbo y este, empaña los cristales de sus anteojos por un momento. Se los quita y comienza a limpiarlos con una servilleta de cocina, cuando escuchamos sonido de pasos y veo a la señorita Val bajar la escalera con el pelo húmedo, señal de la reciente ducha que ha tomado.

Frena cuando nos ve y mis ojos se encuentran con los suyos llenos de reproches y palabras sin decir.

—Buenos días —saluda con una delicada sonrisa.

—Buenos días —responde mi padre mientras se pone de pie para saludarla. Así es mi padre... sea quien sea es merecedor de su respeto, puede ser el príncipe Carlos o el vendedor de frutas, jamás cambiará sus modales, y eso, nos lo inculcó desde la más tierna infancia... *“educación y respeto ante todo, hijos míos, en este viaje todos somos iguales”*

Camina hasta Val y tendiendo su mano se presenta:

—Soy Arthur Müller, el padre de Daniel.

Estrechan palmas mientras ella sonríe cálidamente.

— Es un placer conocerlo señor Müller, mi nombre es Valeria Constantini y soy la cocinera —. Mi padre me observa con asombro y una sonrisa que lo dice todo.

—¿No sabía que tuvieras una cocinera? Y menos una que parezca una modelo.

La señorita Val se sonroja y rápidamente gira sobre sus talones en busca de su delantal. Se coloca ese sensual y provocador delantal turquesa con lunares blancos y toma un cuenco del aparador. Comienza a colocar harina y levadura instantánea.

—¿Pan casero señorita Val? —pregunto solo para molestar.

—Pan casero de romero y ajo. Espero les guste, a los niños le ha encantado.

—Suertudos mis hijos que gozan de privilegios exclusivos —. Comento mirando a mi padre y puedo notar la mirada fulminante que me dirige Val, lo que me hace reír y solo me provoca molestarla más.

Sale de la cocina hasta la huerta de hierbas aromáticas, calculo que va por el romero y mi padre me mira con una sonrisa de lado. Puedo saber lo que viene.

—¿Me parece a mí?... ¿o tú y esa niña están loquitos el uno por el otro?

Tomo asiento junto a él y no aparto los ojos de la díscola mujer que corta ramitas de romero en el jardín de casa.

—Es un poco complicado el asunto papá.

Doy un largo trago a mi cortado y volteo para ver a mi padre que también contempla a Val.



*Game Over, el principio de un amor.*

Este es uno de esos momentos, en que me gustaría convertirme en un avestruz y enterrar mi estúpida cabezota en la tierra para siempre.

Si me encontrara sentada en un reality show, el nombre del mismo sería: «¡Acabo de tener sexo con mi jefe!»

Si mi vida era un torbellino que lentamente se estaba tranquilizando, con esto solo empeoré todo. Admito que fui víctima del arrebato pasional de Müller, porque convengamos que, fue él quien me arrastró a la fuerza hasta su dormitorio y me hizo el amor con lujuria. ¡Pero tampoco gritaste pidiendo ayuda Val!

«Estúpida y floja Val»

Termino de cortar romero y vuelvo a la cocina intentando no mirar a los intensos ojos que me traen loca. Retiro todas las hojitas de la aromática rama y en una tabla, junto a tres dientes de ajo comienzo a picarlo finamente.

—Señorita Val, ¿por qué no nos acompaña con un café? —volteo cuando la atrevida voz me llama.

El padre de Daniel sonríe cálidamente, de acuerdo con el pedido de su hijo y moviendo su mano en dirección a la cafetera, indica que me una a ellos.

Observo a Müller hijo y tiene una sonrisa lobuna estampada en el rostro. Su incipiente barba y esa camisa de lino blanca, por fuera del pantalón, me distraen un poco. ¡Qué va, me distraen mucho!

¡Muchísimo!

—Permítame —comenta Daniel poniéndose de pie y cargando la cafetera para mí.

—Gracias —respondo, y ambos nos sonreímos como dos tontos.

Parece que hubiera vuelto a la adolescencia. A esa época, en la que, si el chico que me gustaba me miraba, me ponía carmín. Así me siento y seguramente me vea en este momento, *como una tontuela de cachetes rojizos, agradecida por el reciente polvo.*

Tomo asiento frente a su padre y automáticamente me siento a gusto. Es ese tipo de hombre que desprende calidez. De unos sesenta años aproximadamente o tal vez más. Con mucho cabello teñido de canas, piel dorada y mentón cuadrado, indica que en sus años mozos debe haber sido al igual que su hijo, un hombre imponente.

—Valeria... bonito nombre —comenta en tono amigable.

—Puede llamarme Val si gusta, aquí todos lo hacen.

—Val... —repite y prosigue —Val suena muy bien, así te llamaré entonces.

—Señorita Val, —interrumpe Daniel—por casualidad ¿quedará algo de ese delicioso pastel de zanahoria y queso crema, que hizo ayer?

Sonríe y me pongo de pie en busca del mismo. Al minuto vuelvo con tres porciones perfectamente servidas en delicados platitos vintage.

Daniel llega con mi humeante cortado y toma su lugar junto a mí. Recién me percato que sabe cómo me gusta el café. ¡No es un detalle menor! Demuestra que es buen observador y que se interesa por los demás. Creo que Ricardo en todos nuestros años de matrimonio, nunca se enteró cómo me gustaba. O mucho menos, si me gustaba o no.

—Mmm... manjar de dioses hijo —grita Arthur en cuanto prueba mi pastel, y automáticamente, sé que este hombre me caerá bien.

Sonríe y agradezco. Pero el hombre, revelando años de galantería, toma mi mano y la besa mientras me felicita, y antes de soltarla observa mi anillo con el ceño fruncido.

No es un simple anillo. Es la sortija de compromiso que me obsequió Ricardo cuando me pidió que fuera su esposa.

El estúpido y costoso anillo de compromiso que selló el peor negocio de toda mi vida.

Y es ese maldito aro «*el cual no pude quitarme ni en mis peores momentos de furia por mis kilos de más y mis dedos hinchados*» quien me recuerda día a día, ¡que de los errores también se aprende! y gracias a su presencia fue que me autoimpuse el afán de ignorarlo por completo y dejarlo ser parte de mi mano.

—¿Se encuentra casada Val? —pregunta Arthur aún con mi mano entre las suyas y el ceño algo fruncido. Y puedo ver claramente que mira de reojo a su hijo.

«*Ya sabe de lo nuestro o lo intuye*»

—Separada señor.

—Y ¿por qué razón continúa usando su anillo de bodas, señorita?

Puedo oler que Müller padre es cómplice del cascarrabias de mi jefe. Seguiré su juego y veremos hasta dónde quiere llegar.

—Es que el anillo no sale de mi dedo desde hace años. Y como es tan bonito y en su momento significó algo tan bello, he decidido despreocuparme de él.

—Hace muy mal —interviene Daniel entrecerrando los ojos —es un estúpido y antiquísimo ritual de propiedad, y si decide seguir usándolo, probablemente es que continúe pensando en volver con su amado esposo —gruñe con furia.

Volteo y lo miro con sorpresa. Veo como respira profunda y rítmicamente por la ira acumulada y mantiene uno de sus dedos índices apoyado contra sus labios,

*seguramente intentando controlar los improprios que debe de estar pensando sobre mi sortija.*

—No es así, —respondo sinceramente —pero de todas formas agradezco su interesante y autoritario punto de vista. Caballeros si me disculpan, voy por los niños y mi madre. Señor Arthur ha sido un placer conocerlo.

Me pongo de pie dando por finalizada la charla. Camino hasta el fregadero, lavo mi taza y la dejo en el escurridor, luego busco mi bolso y salgo de la cocina.

«Que sepa que no tengo dueño, y no permitiré comentarios de ninguna clase. Mucho menos viniendo de él»

Hora y media más tarde entramos con la mujer que me dio la vida y los pequeños Müller a la casa.

No hay rastro de padre e hijo, por lo que me encuentro aliviada y ligera de peso.

—¡Al agua pato peques! —grito cantando y palmeando mis manos para animarlos, pero de todas formas sueltan un sonoro “*ufaaaa*”

Últimamente me he apropiado de los niños. Fue algo que lentamente y sin querer fui haciendo. Primero ayudándolos con la tarea del cole, luego bañándolos, cepillando el cabello de Sarah, preparando galletas juntos... hasta que, sin darnos cuenta, llegamos al punto que se meten en mi cama cada vez que pueden, para que les lea cuentos y cantemos canciones de mi niñez.

Concepción no se molesta por suerte, es una joven mujer, que, si bien adora a los pequeños, no deja de sentirse agobiada, por tanto bullicio.

Lleno la tina de uno de los dormitorios de los niños y coloco mucho jabón líquido tal como ellos aman el baño. Uno a uno ingresan, junto a la amplia selección de juguetes, entre los cuales hay patos de goma, Barbies, autos y barcos. Luego que meten todo lo que “necesitan”, comienza la limpieza.

Inicio con el lavado del largo y ondulado cabello de Sarah y como es costumbre, me piden que les cante la canción del dragón, la que ya se aprendieron de memoria y los hace reír mucho.

*Había una vez, o dos o tres,*

*un dragón glotón... que tragaba, tragaba, tragaba.*

*«Y como era tan tragón se comió hasta la letra de esta canción»*

*Espejito tornillo, ruiditos, pedazos de nubes palabras secretos y besos de hada.*

Y a medida que cantamos, el dragón se va comiendo las palabras de la canción, primero los *besos de hada*, luego los *secretos*, las *palabras*, los *trozos de nubes* hasta que la canción termina. Es una chispeante melodía que divierte y entretiene, adoro hasta el día de hoy ese grupo teatral... cada vez que veía a “*Cantacuentos*” pensaba cuánto deseaba poder verlos un día junto a mi familia, mis cuatro hijos y esposo. *Claro que a Bobby lo tendríamos que dejar en la casa, porque no permiten entrar mascotas en los teatros.*

—¡Papito! —grita Felipe al ver a su padre de pie observarnos desde la puerta de entrada del baño.

No me había dado cuenta que se encontraba allí y me sonrojo de solo pensar en sus pobres tímpanos, al oírme cantar. Camina hasta donde nos encontramos y toma asiento en el borde de la tina.

—Permítame —dice mirándome a los ojos con expresión de “*algo tramo*” mientras toma el shampoo Johnson’s y comienza con el lavado del cabello de Felipe. Al parecer tiene clara la tarea, ya que el niño y el actúan en sincronía.

No puedo dejar de pensar que nos vemos tal como mi sueño. Lindamente, podríamos ser una pareja que baña juntos a sus dos pequeños hijos.

*Acidez, nudo en la garganta y posibles ojos llorosos son mis síntomas en este momento.* Tranquila tontita Val... mente fría y distancia para que la caída no duela tanto.

—Me gustó mucho su canción señorita Val —comenta sin siquiera mirarme.

Los niños se encuentran enfrascados en sus juegos, y para mi alivio no prestan atención a nuestra charla.

—Sí. Es muy bonita.

—Sabe... yo podría ser perfectamente ese dragón.

«*Sonríó*»

—No lo imagino como un dragón señor Müller, quizás como un ogro sí —. Respondo provocativa.

—Podría ser el dragón que cuida de usted en nuestro gran castillo —. El que robe sus *secretos*, *palabras* y los *besos dulces de hada que tanto me gustan*.

«...»

Esos puntos son las palabras que no me salen.

—¿No le parece señorita Val?

Por suerte en ese momento entra mi madre seguido del señor Arthur. «*Digamos que fui salvada por la campana*»

—Mami —saludo agradecida de verla y me pongo de pie para salir del baño. Después de todo ¡es el padre! y puede continuar con la tarea de bañar a sus hijos solito en vez de provocarme y otorgarme falsas expectativas, sobre castillos y besos de hadas.

Saludo al señor Arthur y besuqueo la mejilla de mi madre y salgo del baño rumbo a mi dormitorio, cuando Müller sale detrás de mí.

—¡Señorita Val! —grita —*espere por favor*.

Freno y cierro los ojos. No creo que sea nada bueno lo que me quiera decir. Pero es toda una sorpresa, cuando sin detenerse toma mi mano y a paso ligero me arrastra por la escalera hasta la planta baja. Pasamos por la sala, seguimos de largo a través de la cocina, donde Rita y Concepción quedan de boca abierta cuando pasa el

jefe “arrastrando” a la cocinera de la mano. Y a través del immaculado jardín, soy llevada hasta el cobertizo donde se almacenan las herramientas.

Rodea la mesa de trabajo y sujetando mi mano izquierda, me obliga a dejarla sobre el rústico tablón.

—No se mueva señorita Val —ordena mirándome fijamente a los ojos, mientras arrastra las palabras con esa musicalidad en la voz que solo él tiene. Ya no hay rastro del risueño Müller que se encontraba hasta hace un momento en el baño junto a mí.

—¡No! —respondo retirando mi mano como si fuera una chiquilla asustada. Pero vuelve a tomarla y de forma un tanto brusca la vuelve a colocar en donde quiere.

Llevada por el miedo, la excitación que tengo o lo demandante de su orden... obedezco. Permanezco con mi mano en el sitio, mientras él voltea y llega hasta el panel de la pared donde se encuentran colgadas las herramientas. Casi caigo de culo al suelo, cuando lo veo tomar un gran alicate de corte.

«¿Me va a matar?»

Y maldigo haber visto tantos capítulos de la serie Dexter y Bones. Piensa Val, ¡piensa! ¿Corro, grito o lloro?

Sin pensarlo mucho, parece que la opción tres es la única que nace espontáneamente. «Me largo a berrear»

—¿Me va a hacer daño? —susurro implorando piedad con los ojos, mientras las lágrimas no se detienen.

Pero, para mi horror y sorpresa responde:

—*La voy a liberar señorita Val* —y soy recompensada con un beso en mis temblorosos labios.

Con una de sus manos sujeta la mía que se encuentra sobre la mesa, mientras con la otra mantiene mi cabeza fija intensificando la presión de nuestros labios unidos. De un momento al otro interrumpe el beso y se concentra en el alicate de corte y mi mano.

Mi mente viaja a películas de la mafia italiana, donde cortaban y enviaban los dedos de los soplones a sus familiares. Pero forcejear, no me está siendo útil. Me da la espalda, inmovilizando mi brazo bajo el suyo y mi mano en medio. Es imposible ver lo que intenta hacer hasta que lo siento.

«Click»

*Un chasquido.*

El sonido de un metal roto.

*El eco de una pesada cadena caer de mis hombros...*

*Olor a libertad.*

—Listo —expone satisfecho mientras libera mis manos de su agarre. Abro los ojos y lo veo.

Müller sostiene mi sortija de compromiso abierta a la mitad en su palma.

Observo su mano con asombro y luego su cara. Repito una y otra vez la acción con incrédula expresión.

—Gracias... —respondo lentamente y soy recompensada con una gran sonrisa.

Camina hasta la salida del cobertizo y abriendo la puerta solicita.

—*Pida un deseo señorita Val.*

Voltea para verme y puedo adivinar sus intenciones, por lo que en un instante de espontaneidad y sensata locura respondo:

—*Deseo que esto nunca termine.*

Me regala una mueca de lado, la cual termina en una gran sonrisa. Al parecer queda complacido con mi deseo.

—*Deseo concedido* —indica antes de aventar a lo lejos mi anillo.

—Gracias —es lo único que sale de mi boca nuevamente. Y no hace falta más... en dos pasos lo tengo pegado a mí y nuestros cuerpos se unen en un reconfortante abrazo, mientras me levanta del suelo para susurrar en mi oído.

—*Pronto serás mía por completo.*

Y así me deja. Temblorosa, llena de preguntas sin responder, con la ropa interior húmeda por segunda vez en el día y corazones en los ojitos.

*La fórmula del amor.*

Queso Brie en camisa.

Tomar un queso Brie y abrirlo a la mitad. Rellenarlo con una mezcla de miel, mix de frutos secos picados groseramente, alguna fruta brillantada y una pizca de romero.

Rellenamos nuestro queso y como si fuera un sándwich. Tomamos una tapa de masa hojaldre y lo metemos dentro y lo “envolvemos” intentando sellar de la mejor forma todos los extremos.

Se cuece en horno a 200 grados hasta que dore. También podemos usar queso Camembert si se desea un gusto más intenso. Si se acompaña con un rico vino tinto ¡mejor!

—¡Listo! *Mami, Concepción a merendar* —guiño mi ojo y muevo el trasero al ritmo de la música. Mi madre camina hasta nosotras con la botella de vino y nos disponemos a pasar un rato de chicas.

Es sábado y la tarde se presenta muy calurosa, estoy usando una pequeña solera rosa y mis sandalias nude, son de las pocas cosas que pude recuperar de mis pertenencias antes que ellos cambiaran la cerradura de la que era mi casa.

Los niños se encuentran en un cumpleaños y Müller padre e hijo en un partido de fútbol. Luego de eliminar mi alianza de compromiso ayer a la tarde, prácticamente no lo volví a ver.

Últimamente Concepción se ha vuelto mi confidente y amiga... *la única*. Sabe de mis encontronazos con el jefe y me entiende gracias a Dios. Se muestra de acuerdo que es buen padre y guapo hasta el infierno, pero también reconoce que es un conquistador innato, que donde pone el ojo, pone la bala. «*Nunca mejor dicho*». Aunque también admite verlo con especial atención hacia mí, lo que solo alimenta mis falsas y estúpidas esperanzas.

—Hijita... *mmm...* ¡qué bueno está esto por Dios! —intenta balbucear mi madre mientras prueba el queso Brie y se quema a la vez.

—Retiro el corcho de la botella con tanta facilidad que hace largar la risa a Concepción.

—¡Borrachina! —grita.

—*Je...* son años de experiencia—. Me regodeo y mi madre niega con la cabeza y se lo que debe estar pensando... “*no te eduqué para ser una alcohólica*”

¡Vamos que una copita los fines de semana no es nada...! y si a eso le sumamos que es buena para el corazón, el resultado sería un gran... ¡*Salud!*

—Arthur me invitó a cenar mañana—suelta mi madre sin anestesia y automáticamente da un largo trago a su copa.

Mi boca cae abierta de asombro y giro para mirarla.

—¡Mamá!

—Y acepté.

—¡Ma... es el padre de mi jefe! Y hace apenas un día que lo conoces.

—También es un hombre muy dulce y guapo.

—No es una buena idea.

—Tuvimos sexo anoche.

El zumbido que siento en mis oídos hace que me entre la duda si en verdad mi señora madre ha dicho eso o solo lo imaginé.

—¿*Qué tú qué?*

—¡Fue maravilloso!

—¡Maaaaaa!

Concepción vuelve a cargar nuestras copas de vino, mientras intenta disimular una sonrisa. Al parecer la charla le parece cómica y seguramente lo sea. Aunque nada me parece menos gracioso que esto. Si ya era un enorme error haberme enredado en las sabanas de mi jefe, con esto solo terminamos de hundirnos en el barro.

Mi madre prosigue:

—Luego de que tu padre muriera «*que Dios lo tenga en su gloria*» yo nunca...

Levanto la mano para intentar silenciar su bocota y el exceso de información que estoy recibiendo. Termino mi copa de un largo trago y froto mis ojos.

—Mamá, no puedo creer que hayas hecho eso... ¿te has vuelto loca? Esta es la casa de mi jefe y por si aún no te has dado cuenta ¡*mi trabajo!* Que viva aquí y que Daniel amablemente te permita quedar, no quiere decir que puedas hacer cualquier cosa.

Ella toma mi mano entre las suyas y sonrío con dulzura.

—Tienes razón, hija, y lo lamento. Pero ese hombre tiene un fuerte poder sobre mí. Desde que lo conocí, supe que en sus brazos nada malo podría ocurrir.

Dejo salir el aire de mis pulmones y aflojo la tensión de mis hombros... cómo no entenderla, si yo misma me siento de esa forma cuando Daniel me estruja contra su pecho. Su aroma, la forma en que traza pequeños círculos en mi nuca cuando me besa, *¿Cómo no entenderla si yo también estoy prendada de igual forma bajo el hechizo Müller?* Pienso.

—Me alegro mucho por ti mami... de veras, tu felicidad es la mía también. *Pero le contaré de esto a mis hermanas* —y pongo mi mejor cara de niña consentida y chismosa.

Sonríe y levanta su copa.

Las tres nos miramos y brindamos.

—¡Salud! *por el amor* —grita Concepción y se pone de pie para bailar la pegadiza melodía que suena por la casa.

*“Una mordidita, una mordidita de tu boquita”*

Nos encontramos bailando y cantando como las tres chifladas cuando padre e hijo llegan a casa.

Soy la última en verlos. Me encuentro enfrascada en mi tarea de armar tres copas de mousse de chocolate mientras meneo el trasero cuando la música cesa.

—*Señor Müller* —saluda aterrada mi amiga mientras deja su copa rápidamente en la mesa.

—Buenas tardes señoritas—mi jefe clava sus hermosos ojos en mí —por lo que veo la están pasando bien.

De reojo veo a mi madre y a Müller padre sonreírse mutuamente.

—Muy bien —respondo —¿Gustan comer una copa de postre?—pregunto apartando mis ojos de los suyos, temiendo pueda carbonizarme con su intensa mirada café.

—Señorita Val, ya es casi la hora en que debo ir por los niños a la fiesta de cumpleaños. ¿Le gustaría acompañarme a buscarlos?... con mucho gusto probaré ese delicioso postre cuando regresemos.

—Me encantaría acompañarlo —respondo sincera, abriendo mi corazón bajo el hechizo que me envuelve cuando Daniel Müller está frente a mí.

Camina hasta la puerta de la cocina y permanece de pie a un lado, con ella abierta, permitiendo que salga antes.

—Bonita solera—susurra en mi oído cuando paso junto a él para salir, provocando que se me erice todo el vello de la nuca.

«*Bastardo*»

Una vez en el coche enciende el aire y pone música. Agradezco ese gesto, porque es probable que con el calor que me da tener a este hombre junto a mí, quedaría pegada a los hermosos asientos de cuero negro.

Para mi sorpresa y horror coloca una muy familiar melodía... una que conozco de memoria «Mambo Italiano versión salsa»

Mi boca se abre, pero las palabras se niegan a salir de ella. Lo observo y él me regala una sonrisa matadora.

—*¿Me estuvo espionando señor Müller?* —increpo, intentando contener la gran satisfacción que ese dominante gesto provoca en mí. No responde, pero una gran risotada escapa de su cuerpo y yo lentamente me deshago.

—¿Sí o no? —vuelvo a preguntar.

—Tal vez —responde con descaro.

—¡No! “*Tal vez*” no señor. Si le pregunto *¿sí o no?* Debe responder de esa forma a mi pregunta.

—Parece toda una abogada señorita Val —se está divirtiendo a costillas mía y yo amo que eso ocurra.

—Aprendí del mejor, señor Müller —y ahora soy yo la descarada que intenta provocar una reacción.

Y lo consigo.

Detiene el coche y en pocos segundos se quita su cinturón de seguridad y lo tengo pegado a mí.

Toma mi cara entre sus manos y automáticamente dejo de respirar. Presiona su frente contra la mía y cierra los ojos.

—¿Es usted consciente de todo lo que produce en mí? Porque desde que llegó a mi vida, no hago otra cosa que pensar en usted Val. Y una y otra vez pienso que, si un día se va de nuestras vidas, moriré de tristeza y soledad.

—Daniel, yo... —no puedo hablar, las lágrimas comienzan a salir sin permiso y la emoción me ahoga. Si esto, no es una declaración de amor... yo no me llamo Val Constantini.

—¿Qué Val?... Hábleme por favor, necesito escuchar lo que siente, nunca sé lo que está pensando o los planes que tiene. Necesito saber que todo va a estar bien y que no saldrá huyendo de mi lado.

—Daniel, yo... *tengo miedo*.

—¡No, mi amor!... no me digas eso que muero de amor. No te das cuenta que, desde que llegaste a mi vida me volvió el alma al cuerpo. Yo cuidaré de ti de ahora en adelante. No temas vida... *ya estoy aquí*.

Las lágrimas que no paran y la emoción que me estruja el pecho. Hasta que sin filtro lo suelto.

—Renuncio.

—¿Qué?

—Que renuncio, Daniel —limpio mi cara con la franela que encuentro en la guantera y comienzo a forcejear con el cinturón de seguridad para salir del auto y huir.

«¡Mierda que no se desprende!»

Su gran y pesada mano se posa sobre la mía con fuerza y sus ojos lanzan rayos de furia.

—Abro mi corazón como un idiota y tú... ¡tú! —grita mientras me apunta con su dedo —como una cobarde solo dices “*renuncio*” —sisea entre dientes imitando mi tono de voz.

Coloca nuevamente su cinto de seguridad y en un furioso silencio pone en marcha el automóvil. Llegamos por los niños como un matrimonio peleado y volvemos a casa sin dirigirnos la palabra entre nosotros dos.

Son poco más de las seis de la tarde cuando regresamos y al parecer mi madre ya se ha ido a la peluquería a peinarse para la boda de mi prima, informa Arthur, quien lee el periódico tranquilamente en el jardín.

Daniel enciende la televisión y coloca una película para los niños y yo me quedo en la cocina pensando qué hacer de cena.

El momento es de lo más incómodo. Siento que no tengo donde huir... después de todo no es mi casa, y únicamente me queda mi dormitorio. Por esa razón decido ir al gimnasio, con suerte hoy sábado estará mi profe de danza y la música exorcizará mi mal humor.

Busco el recipiente de frutos secos y como antes de cada clase, peso unos 30 gramos de ellos para comer y tener una fuente rica de energía. Subo a mi recámara y me visto con una malla deportiva, corta de color, un top alicrado negro y mi musculosa amarilla, más holgada. Bajo dando saltitos por la escalera y paso a darles unos besos a los niños antes de marcharme. Tengo por costumbre contarles a ellos donde voy y cuando regreso. Creo que la pérdida de su mamá siendo tan pequeños, debe haber causado esa sensación de abandono, y siempre que estoy por salir se desesperan por querer saber a dónde voy, a qué hora regreso... o lo más triste de todo... «*si regreso*» como más de una vez me preguntó Felipe.

—Amores, voy al gimnasio y en una hora regreso —susurro frente a ellos mientras beso sus cuellitos.

*Ambos asienten con sus cabecitas.*

Están comestibles con sus caritas pintadas desde que llegamos del cumpleaños. Sarah tiene una corona rosa pintada en la frente y Felipe la nariz negra y bigotes de gato.

Vuelvo a la cocina por mis frutos secos. Pero para mi sorpresa mi jefe se encuentra en ella. No me di cuenta que se encontraba allí y no puedo evitar pensar que me está siguiendo. Intento ignorarlo, pero eso no es una tarea sencilla para mí. De pie, tomo el recipiente y mientras miro al jardín, ingiero mi colación. Daniel no puede contener su lengua por más tiempo y suelta algo de su encanto.

—¿Se marcha señorita Val?

«Otra vez soy “*señorita Val*» y en parte lo entiendo. El hombre abrió su corazón y yo como un manojo de miedo e inseguridades me eché para atrás.

—Voy a entrenar señor —siseo el “*señor*” marcando adrede un fingido tono de respeto.

—Las nueces, ¿es porque piensa gastar mucha energía con su compañero de baile?

—*Tal vez* —respondo arrogante, ya que lentamente comienza a molestarme su soberbia.

En silencio tomo mi bolso de deporte, las llaves de mi coche y sin mirar atrás me marchó.

Sé que esto, traerá cola. No creo que a don Müller le agrade que lo desafíe, pero sinceramente no me importa. La verdad es que me aterra sentirme enamorada de este hombre, tal como lo estoy. Esta especie de amor adolescente que provoca en mí, en el que todo el tiempo busco una excusa para hablarle, o donde medito cada una de mis recetas para que ame mi comida, o lo peor y más humillante de todo... cuando intento salir de mi recámara como quién no quiere la cosa en el preciso momento que escucho el sonido de su puerta abrirse.

«Patético»

Pero el miedo que me produce sufrir, sumado a la inseguridad que dejó Ricardo en mí cuando me abandonó como a un perro, hicieron que la Val de antes, medite un pelín más sus futuros movimientos.

La clase es de lo más reconfortante. Resulta que para ser sábado a la tarde encontré a mucha gente en el gimnasio y no solo pude hacer un rato de musculación, sino que también bailamos una coreografía de salsa y merengue.

Eran poco más de las 8 de la tarde cuando regresé a casa.

Subí directo a mi habitación por una ducha, no sin antes saludar a los pequeños polluelos que clamaban por mi llegada.

Estaba de albornoz y secando el pelo con una toalla, cuando mi madre entró a mi dormitorio luciendo un impecable vestido negro largo, drapeado en el pecho y con un finísimo cinturón de pedrería. Su cabello castaño se encuentra recogido en un perfecto moño y su make up es en tonos beige, dándole frescura y elegancia.

—¡Woow, mami! Qué guapa... —sonríó pícaramente y agregó —si yo fuera Arthur te secuestraría para que nadie más pueda apreciar tanta belleza.

Hace un movimiento muy característico suyo con la mano indicando “*hija, no digas tonterías*” y toma asiento en mi cama.

—Vamos hija... no digas locuras. Vístete deprisa que tus hermanas pasaran por nosotras en una hora —. Indica.

—Mamá... creí que había dejado clara mi posición con respecto a la fiesta. Yo no iré.

—Qué tontería, hija. Tú tienes que ir, para que Ricardo pueda verte y de esa forma arrepentirse sobre su estúpida decisión.

—No me interesa su arrepentimiento. Porque no pienso volver con él.

—Soy consciente que no volverás con Ricardo, porque puedo ver que te has enamorado de Daniel. Pero sería interesante una *vendetta* para ese desgraciado hijita.

Lentamente mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas y antes que ella lo note, entro al baño con la excusa de colocar crema en mis piernas. Ya se nota lo colada que me encuentro por este hombre, pero el miedo puede conmigo. *Creo que tendré que iniciar terapia para abordar mi supuestamente superado tema.*

Abro mi Victoria Secret de Vainilla y Coco, retiro mi bata y comienzo a untarme el cuerpo con ella lentamente.

—Te entiendo, hija, y no forzaré tu decisión —escucho proveniente de mi recamara—. Lo más sabio es dar vuelta la página de ese mal capítulo de tu vida y seguir adelante con tu vida. Seguro el destino te tiene preparado algo bueno.

—¡Exacto! —grito para hacerme oír— que te diviertas mucho mami, y si en la pista de baile le puedes dar un buen pisotón a Shirley... ¡genial!

Mami sale de mi dormitorio tras darme un besito en la mejilla y yo me visto rápidamente con una minifalda de jean, una remera de hombro caído roja y chatitas al tono.

Bajo a la cocina para comenzar a preparar la cena. Coloco mi delantal y lavo mis manos mientras pienso qué preparar. Ahora si... ¡lista!

Abro el refri y encuentro unas pechugas de pollo y un pote de crema de leche. «Perfecto» Cena: Tarta de pollo.

Tarta de pollo.

Picar un puerro, una cebolla mediana y sofreír en un poco de aceite. «Reservar»

Aparte trozar la pechuga de pollo en pequeños cubos y rehogar en la sartén donde previamente blanqueamos la cebolla con el puerro o ajo porro según la región. Condimentamos con sal y pimienta negra.

Una vez que el pollo se cocina, agregamos el sofrito que tenemos reservado y mezclamos bien junto a un poco de sal y pimienta.

Retiramos del fuego y pasamos la preparación a un bowl.

Aparte preparamos el ligue: colocamos 4 huevos junto a 250 centímetros cúbicos de crema de leche y mucho queso rallado, mezclamos bien y lo incorporamos al sofrito.

En una asadera pírrex colocamos una masa para tartas y sobre ella la preparación del pollo y el ligue.

Llevamos a horno medio por unos 30 minutos y se acompaña con una ensalada fresca de lechuga y tomate.

En cuanto termino de colocar la tarta en el horno, una presencia capta mi atención.

Volteo y allí está él.

«Mi jefe»

El hombre más bello de la faz de la tierra y con el que iría hasta el mismísimo infierno si me lo pidiera.

Digamos que encontrarlo de pie en la entrada de la cocina ya fue perturbador. Pero si a eso le sumamos, que se encontraba de pie en la entrada de la cocina, usando un perfecto, elegante y caliente esmoquin negro, hace que mi conexión cerebro-boca entre en cortocircuito inmediato.

—Señor Müller —atino a decir. «*Algo es algo, al menos no estoy muda por completo*» —¿no va a cenar en casa?

«El hijo de puta tiene una cita»

No llores Val... por favor no llores frente a él. *Estúpida y soñadora Val Constantini.*

—En efecto señorita Val... tengo una cita. Pero por lo que puedo apreciar, ella aún no se encuentra lista.

Termina la frase mirándome de arriba abajo y retoma.

—Aunque admito que ese atuendo se ve de lo más apetecible, no creo que sea el apropiado para usar en una boda.

«¡*Caigo de culo y no me levanto!*»

¿Pretende ir a la boda conmigo?

—Le agradezco mucho la deferencia señor, pero yo no voy a ir.

—Claro que usted irá, señorita. Así que, de buena manera, le imploro suba a su recamara y se apronte en unos... —estira el brazo para mirar la hora en su costosísimo reloj—...20 minutos como máximo. De lo contrario, la tomare en mi hombro, la subiré a su dormitorio y yo mismo la desnudaré. Aunque corremos el riesgo de nunca llegar a la fiesta si tomamos esa opción —. Termina la frase dando un largo e intimidante paso en mi dirección y yo reculo dos.

—Señor... ¿usted no entiende?

—Claro que entiendo. Entiendo que usted es una cobarde, que tiene tanto miedo, como un niño pequeño de encontrar un monstruo debajo de su cama a la noche. Pero déjeme decirle algo: *si no enfrenta sus fantasmas, no podrá dormir tranquila jamás.* Tiene que mirar debajo de la cama de una buena vez. Y yo estaré ahí para apoyarla.

—¿*Para apoyarme mientras miro debajo de mi cama?* —pregunto pícaramente.

—No se pase de lista, señorita Val, y no juegue con fuego si no se quiere volver a quemar.

Sonríó satisfecha de haber vuelto a quebrar el hielo. Porque luego de esta tarde, quedé con un gusto amargo en la boca.

—Nuevamente le agradezco, pero, yo no...

«Intentar decir que *no iría* a la fiesta y que Müller en dos pasos me tomara a cuestras como un cavernícola fue un todo»

Subió conmigo a cuestras los dos tramos de escaleras y se metió puertas adentro de mi dormitorio.

Una vez dentro, con cuidado me bajó y luego rodeando mi cuerpo con sus brazos, planto las manos sobre mi trasero y lentamente comenzó a enrollar mi pequeña falda.

—¡Desnúdese ya!

—Pero no entiende que... —. Fin. Me partió la boca de un beso.

Fue uno de esos besos demandantes y tiernos a la vez, de esos que mojan, de los que te dan seguridad y te dejan con ganas de más.

«De mucho más»

Repentinamente me suelta, dejándome con una sensación de vacío enorme. Desprende los tres botones de su saco y toma asiento en la silla de mi tocador. Vuelve a mirar el reloj y adopta una postura de negocios.

—Tiene 15 minutos.

—¿No eran 20? —pregunto con mis brazos en jarra y mis manos en la cintura.

—Si continúa perdiendo el tiempo, en breve serán 10. ¡Dese prisa!

Busca en uno de los bolsillos su celular y se enfrasca en escribir algo en él. No hay que ser una científica para darse cuenta que no tiene intenciones de salir mientras yo me cambio.

«¿Quiere jugar?»

*Juguemos entonces...*



*Ataque de locura.*

Tomo asiento dispuesto a esperar a Val mientras se cambia para la famosa fiesta.

Se encuentra un tanto reticente a ir, y en parte la entiendo. Supuestamente su ex esposo va a estar también, junto a la que fue su amiga.

«Hijos de puta»

Entiendo la situación y comprendo que debe de ser de lo más incómodo, pero como le dije, yo estaré allí para apoyarla... «*En todos los sentidos que lo necesite*»

Busco mi teléfono móvil para poder responder unos cuantos mails que tengo sin ver y ocupar el tiempo muerto mientras la mujer de mis más dulces sueños y pesadillas se apronta.

Mi boca cae abierta del asombro cuando la veo desprender su pequeña falda de mezclilla y la deja caer al suelo.

«Putá, dolorosa y automática erección»

Luego retira por sobre su cabeza la preciosa blusa de seda roja que usa, la cual es de lo más provocativa, ya que tiene el cuello amplio permitiendo de esa forma admirar uno de sus bellos hombros.

Queda de espaldas a mí usando únicamente ropa interior... ¡de color negro!

Con parsimonia camina hasta el guarda ropa y pasado unos minutos regresa con dos perchas y vestidos colgados de ella.

Uno es de color negro con un hombro descubierto y el otro de un furioso tono rojizo, con pequeñas manguitas y cuello Mao.

Pero mis ojos no pueden apartarse de ella, de la sensualidad que desprende con tanta naturalidad. ¿Me pregunto si es consciente de ello? Su cuerpo me grita que la tome y mi corazón que la ame hasta el final de los días. Compré todos los números de la lotería y no pienso irme sin el gran premio final... «Valeria Constantini»

Se detiene frente a mí con los dos vestidos colgados esperando mi opinión.

Con mi mirada clavada en sus dos hermosas esmeradas manifiesto:

—El negro.

—El negro será —. Revela con una perfecta ceja en alto y sin rodeo voltea lentamente, desprende su sostén y lo deja caer a un lado de sus pies.

Estoy frenético, aferrándome al apoya brazos de la silla con tanta fuerza que no dudo lo rompa en cualquier momento y a punto de darme un ataque de locura.

Pero tendré que controlarme porque debemos de llegar a una fiesta. Por lo que habré de *reservar el postre para cuando regresemos*.

Una vez que el vestido se amolda a su cuerpo, Val sube sobre unos sensuales y altísimos zapatos de tacón color rojo y camina hasta donde me encuentro.

—¿Me permite caballero?

—Suyo, señora —. Respondo con galantería poniéndome de pie.

Ella ocupa el lugar frente al espejo del tocador y con una admirable gracia toma una buclera la enchufa y comienza a modelar su sedoso cabello.

Observo mi reloj y puedo ver que tan solo han pasado siete minutos. Pero disfruto atormentarla, adoro sus respuestas cuando la pongo bajo presión.

—Le quedan 8 minutos, señorita Val.

—Con cinco, me es más que suficiente.

«*Ella y su boquita rápida*»

Se aplica algo de maquillaje y deja que su rojizo cabello caiga en cascadas con las recientes ondas que acaba de marcar. Brillo de labios, el cual nuevamente despierta a mi palpitante amigo, que se encuentra aullando debajo de mis pantalones. Y yo estoy que muero de amor.

—¿Lista?—pregunto y me encuentro maravillado por la velocidad de esta mujer en aprontarse. Otro punto a su favor, detesto la impuntualidad de las mujeres cuando deben aprontarse y esto solo confirma que la señorita Val es perfecta para mí.

—Casi—responde—pero falta lo más importante.

¿*Joyas?*... «pienso» ¡pero no!

Toma un frasco de perfume y realizando un grácil movimiento con su cabello, despeja su cuello del mismo y se aplica una cautivante fragancia, luego un toque más sobre sus muñecas, deja nuevamente el frasco sobre la mesa.

—Ahora sí...—exclama sonriente y da una vueltita sobre sí misma—¡lista!

No puedo con mi genio y la tomo en brazos. La apreté contra mi cuerpo e instintivamente mis manos viajan hasta su trasero. Lo estrujo, lo masajeo y mi nariz recorre su cuello aspirando su cálido aroma.

—Eres la mujer más hermosa del mundo —. Sonríe y se sonroja a la vez. *Me estas volviendo loco mi amor* —. ¡Vamos! —susurro en su oído y la tomo de la mano para salir de la habitación.

Pero antes de salir freno y pregunto:

—¿Recordó guardar algunas almendras y Gatorade en su bolso?

—¿Almendras? —pregunta descolocada entrecerrando sus ojos.

—Exacto... porque tengo pensado hacerla sudar unas 500 calorías luego de la fiesta.

«Oh» exclama y para mi sorpresa soy recompensado con un fogoso beso. Limpia mis labios de su rastro de rouge y bajamos.

Saludamos a los niños y nos marchamos a la fiesta en el auto familiar, que conduce José, mi chofer. Tengo por regla general, no conducir si tomo, aunque solo sea una copa de vino... la conducta, ante todo.

José es más que un chofer, es una especie de conserje. Conduce el coche para llevar y traer a los niños al colegio, se encarga de la jardinería y de paso vigila la casa durante las horas en que yo no me encuentro en ella. Soy un tanto maniático y no me gusta que las mujeres queden solas con mis hijos.

La noche está preciosa y es perfecta, sobre todo por la compañía que tengo a mi lado. Últimamente no he parado de pensar y planear locuras que jamás habían pasado por mi mente. Sé que es pronto para algo tan radical, pero también sé de memoria, que el tiempo no asegura nada. *Lo que tenga que ser... será.*

Llegamos al lujoso hotel donde se celebrará la ceremonia y noto que Val cambia su comportamiento por completo. La noto inquieta y con la mirada perdida. Por tal motivo pienso que es el momento ideal para darle mi sorpresa.

Introduzco mi mano dentro del bolsillo interior de mi saco hasta dar con la caja.

José detiene el coche y baja para abrir nuestras puertas, pero con mi mano le indico que me dé un minuto de tiempo. El comprende al instante y aguarda fuera del auto mis instrucciones.

—Val... esto es para usted.

Ella voltea sorprendida y observa con los ojos muy abiertos el pequeño estuche de terciopelo azul que tengo en la palma de mi mano. Observa mi mano y luego mis ojos

—¿Para mí? —susurra con temor.

—Hace poco rompí el único y feo anillo que lucía su hermosa y delicada mano... por tal razón, me tomé el atrevimiento de comprar otro, para resarcir mi arrebato.

Frente a su asustada mirada abro la delicada caja, revelando la sortija que mandé hacer especialmente para ella.

Cubre su boca con ambas manos y los ojos se le llenan de lágrimas.

—¡No llores mi amor! —susurro aproximando mis labios a los suyos —no ahora cielo, por favor acepta mi regalo y prométeme que permitirás que te cuide por el resto de mis días y que jamás te marcharás de nuestro lado.

Entre lágrimas suelta una pequeña sonrisa y salta sobre mi regazo rodeando mi cuello con sus brazos.

—Jamás me marcharé de tu lado... amo mucho a esos pilluelos como para no verlos más.

—Ohh... —respondo con un fingido tono de indignación —¿Eso quiere decir que te quedarás únicamente por Sarah y Felipe? —hago un pequeño mohín con mis labios y ella comienza a negar con la cabeza.

—No, no digas eso Daniel, últimamente me he hecho adicta a ti... pero temo que me rompas el corazón y luego ya no poder rearmarme nuevamente.

Para mi horror y sorpresa mi boca se desconecta de mi cerebro y parece tener vida propia cuando suelta un sincero

—Te amo —aunque rápidamente retomo el control —¡Vamos, hermosa! Entremos a la fiesta, luego que termine, aclararé cada una de tus dudas. Pero te aseguro que nadie... nadie jamás, produjo tantas sensaciones en mí. Nadie. —repito.

*De maridos sobrevalorados y otras adicciones.*

Una vez que llegamos a la fiesta descubro que mágicamente Daniel tiene su lugar asignado en mi mesa. Seguramente mi madre hizo algo de su magia y logró que lo incluyeran en la lista de invitados a último momento. Entramos y siento el peso de miles de ojos caer sobre nosotros.

Imagino los pensamientos de todos... “¿Quién es el bello hombre que acompaña a la cornuda?” Un pensamiento un tanto pesimista pero real.

Daniel toma mi mano ni bien cruzamos el umbral que da ingreso al salón. Su tacto me brinda seguridad y confianza, algo que necesito por kilos en este momento, sobre todo cuando mis ojos no paran de escudriñar el entorno intentando ubicar al hombre que me robó diez años de vida, junto a la bruja que fingió amistad mientras se apropiaba de mi hombre. Ni bien pienso eso, Daniel susurra en mi oído... “Eres la mujer más hermosa de la fiesta sin lugar a dudas” y es todo lo que necesito escuchar en este momento. Porque su comentario me baja a tierra y me hace sentir la mujer más afortunada del universo, y no puedo evitar pensar... «¡Je... Él es mío perras!» acompaño el pensamiento con una sonrisa de lado y mis brazos cruzados estilo matón de Hollywood.

Me sonrío dulcemente. «¡Que me lo como!» No puedo controlarme y le doy un pequeño beso en su mejilla y luego humedezco mi dedo pulgar en saliva para limpiar la marca que deja mi labial.

Daniel me sonrío tiernamente y no dejo de pensar que dentro de mi gran ogro Müller, se esconde un dulce y tierno hombre. De la mano caminamos hasta la mesa donde se encuentra ubicado mi clan. Mis hermanas no cierran la boca por la sorpresa de verme acompañada.

—¡Pero que escondidito te lo tenías manita! —grita Karina «la mayor de mis hermanas» mientras se pone de pie para abrazarme.

Me estrecha en sus brazos y susurra en mi oído —Ricardo se morirá cuando te vea tan divina y con ese machotote del brazo.

—Shh ¡Kari, por favor!

Sonríe y tiende la mano a Daniel para presentarse

—Mucho gusto. Soy Karina Constantini, hermana de Val.

Daniel revelando años de caballerosidad y galantería, toma la mano de mi hermana e inclinando su cabeza besa el dorso de ella.

—Un placer conocerla, Karina, soy Daniel Müller el novio de Val.

—¿Mi novio? —repito sorprendida de enterarme que eso es lo que somos y volteo para mirarlo de frente

—Lo soy —responde tranquilo.

—¿Lo eres? —estoy con esa sensación como cuando de niño tu padre frenaba el auto frente a la tienda de dulces, pero junto a ella, se encontraba el consultorio donde atendía tu dentista. Especulas si será lo que quieres o solo una triste ilusión.

—¡Por supuesto que lo soy! —. Remata, molesto ante mi insistencia.

—¿Tu novio? —esa es Macarena, otra de mis hermanas —pero mucho gusto caballero, ¡si es por mi hermana no nos enteraríamos de nada!

—Niñas tranquilas —solicita mamá para evitar que mi guapo ogro corra desfavorido del lugar.

Más tarde y luego de las presentaciones ingresan los novios, el juez que está esperando, los casa y finalmente da comienzo la cena. Cada uno ocupa sus lugares y tras una, para nada disimulada mirada de mi madre, puedo intuir que vio a mi ex.

¡La cena es deliciosa! Salmon grillado con una guarnición de papas al romero y volcán de calabaza. Pero no puedo comer más de dos bocados. Realmente no me encuentro a gusto. Sé que debo controlar mi humor, pero se me está haciendo bastante pesado encontrarme en el mismo lugar que ellos y respirar el mismo oxígeno. Con el correr de las horas en vez de ir aflojándome esto solo empeoró... sobre todo cuando en una ida al baño choco con ella frente al espejo.

«Contra Shirley» la que un día fue mi amiga.

Intento ignorarla.

*Juro que lo intento, pero no puedo.*

—Hola —saluda poniéndose incómodamente a mi lado. Continúo aplicándome brillo labial.

—Hola, Shirley —respondo calmadamente.

Mi antigua amiga comienza a llorar muy compungida y yo que... mierda ¡no sé qué hacer! Imagino el motivo de su llanto «la culpa la carcome por dentro» ... o ¿será vergüenza? Bueno, sea lo que sea no me gusta verla así y si dejo de actuar como lo haría la Val de siempre, solo me estaría convirtiendo en algo que no soy. «Jamás pagues con la misma moneda» dijo siempre mi madre «sé diferente... incluso hasta llegar al punto, en que tus enemigos te caigan bien... porque solo ese día, sentirás que habrás dado vuelta la página por completo»

¡Y eso es lo que haré! Por tal motivo es que sin pensarlo mucho, en un gesto automático y muy mío... la estrecho en un cálido abrazo.

—Perdón, Val... perdóname amiga mía —lloraba compungida contra mi cuello —ojalá pudiera volver el tiempo atrás y no sucumbir ante las estupideces de Ricardo.

—Ya te perdoné, Shirley. En este instante te estoy perdonando.

—¿De veras, amiga?

—¡No! —respondo bruscamente mientras la libero de mis brazos —“amiga” no. Eso ya no se puede reconstruir... confíe en ti y me defraudaste, lo que significa que has perdido algo que es muy valioso para mí... y se llama *confianza*. Una vez que ella se va, ya no hay vuelta atrás.

—Entiendo —responde con los ojos hinchados y la nariz rojiza de tanto llorar —pero quiero decirte algo... en estos meses que llevo viviendo con Ricardo, jamás... pero ¡jamás! —*recalca con énfasis* —he podido igualar la sombra que dejaste Val. Porque créeme, por más que fui una pieza clave en toda la desgracia que viviste, yo no dejo de ser “*la otra*” ... además de una víctima de él.

Dejo escapar una risita, que se transforma en una gran carcajada.

— ¿Tú, una víctima?... no me jodas, Shirley, tú y yo sabemos que siempre fuiste una caliente braguetas y que te gusta más un chorizo de bípedo que la mantequilla de maní.

Su boca permanece abierta de asombro, ante la brusquedad de mis palabras. Esto se está poniendo bueno. Continúo...

—Y si te consideras una víctima porque Ricardo ya te está echando los cuernos a ti, déjame decirte algo “*querida amiga*” —realizo comillas con mis dedos — que quien duerme con niños amanece mojado... ¡sencillo! 1+1 son 2. Así como se metió en la cama contigo que eras mi mejor amiga *¡de la familia prácticamente!*, no dudará en hacerlo con alguien más.

«¡Chan chan!» necesitaría un redoble o el triste quejido de un bandoneón para dar el drama necesario, al final de mi discurso.

Noto como su rostro lentamente se transfigura más y más y pienso que ya es suficiente.

—Eres muy dura, Val.

—¿Cómo?... ¿dura? Ahh no, m’hijita, dura no... yo lo que soy es ¡REALISTA! —guardo mi brillo de labios y acomodo mi cabello sin mirarla, y antes de marcharme coloco la palabra “Fin” de una buena vez al doloroso pasado —*adiós Shirley, fue lindo verte, y en el fondo estoy agradecida de que me sacaras a Ricardo de encima. Es que siempre cogió tan mal...* —pongo cara de pensativa y sigo —*ni hablar que también la tenía chiquita como un conito 3D* —sonríe, guiño un ojo y me voy —*¡bye!*

Salgo con actitud triunfante y esa sensación como cuando de niña hacía una picardía y ésta salía bien. Admito que no es bueno pagar con la misma moneda... pero, ¡qué bien se sintió! Y más que merecido se lo tenía.

En medio de mis reflexiones choco contra mí amado ogro Müller quien se encuentra con dos copas de champaña en su mano, aguardando al final del pasillo.

«Tan lindo»

Me entrega una de las copas y sin mediar palabras brindamos. La cena ha finalizado y la pista de baile se encuentra en su apogeo. Daniel toma mi mano y tira de mí hasta que quedo pegada a su cuerpo. Huele de mil amores y una sensación de orgullo y miedo recorren mi cuerpo... orgullo de encontrarme junto a este hermoso y elegante galán de cine y miedo... terror... ¡pánico! de que esta “relación” dure lo que un suspiro y me deje rota por completo. No puedo evitar pensar en esos puzzles de 5000 piezas que armábamos en invierno con mi madre y hermanas, donde todo el maldito puzzle era una pradera verde y solo alteraba el paisaje, algunas flores silvestres de colores. Siempre nos pasaba lo mismo... noches y noches de arduo armado, hasta llegar al climax... “*¡solo faltan colocar 4 fichas y lo completamos!*” Gritaba Karina y la aguafiestas de Macarena arruinaba la diversión “*pero solo quedan 3 fichas*” Así era señores... siempre nos faltaba una ficha, nunca supimos si el vendedor era un despiadado anciano que se regodeaba pensando en la desgracia de todos nosotros, o si la aspiradora se la había tragado en la limpieza o como pensaba yo... que el ratón Pérez las llevaba para decorar su cueva. Y puede que algo similar me ocurra a mí... cuando crea que todo se encamina en mi vida... «*plaff*» que falte la última pieza y se vaya todo a la mierda.

Si eso ocurre, seguramente me mude a una pequeña cabaña en el bosque, donde cocinaré los animales que cace con mi rifle y una docena de gatos serán mi única compañía.

Daniel desliza su dedo pulgar por mis labios y se inclina hasta que nuestros ojos quedan a la misma altura.

—Tardaste mucho dentro del baño... ¿todo está bien? —susurra tiernamente y yo estoy que me derrito en sus brazos —¿dime en que piensas? —ordena.

Sonríe...

—Pienso que nunca tuve tanto miedo en toda la vida —últimamente mis malditos sentimientos tienen vida propia y han dejado de obedecerme.

—Somos dos —dice para mi sorpresa —pienso que no sé qué sería de mí si un día decides marcharte. — Besa mis labios lentamente y el sonido de la puerta del baño al abrirse, corta el pequeño hechizo en el cual nos encontramos. Mi ex amiga sale del toilette con la cara rojiza de llorar.

Nos observa, mejor dicho... observa a Daniel «*¡a mi Daniel!*» y noto cuando ella mete panza y cuadra sus hombros «*zorra al cuadrado*» la observo por un instante y vuelvo mis ojos al atlético y guapo caballero que me acompaña.

—¿Vamos? —solicito —y tomando mi mano, Daniel me dirige a la pista de baile donde la familia se mueve al son de una bella y conocida melodía del músico Marc Anthony... *Flor Pálida*.

*Hallé una flor un día en el camino.  
Que apareció marchita y deshojada,  
Ya casi pálida ahogada en un suspiro,  
Me la llevé a mi jardín para cuidarla.  
Aquella flor de pétalos dormidos,  
A la que cuido hoy con toda el alma.  
Recuperó el color que había perdido,  
Porque encontró un cuidador que la regara.  
Le fui poniendo un poquito de amor,  
La fui abrigando en mi alma,*

*Y en el invierno le daba calor,  
Para que no se dañara.  
De aquella flor hoy el dueño soy yo,*

*Y he prometido cuidarla.  
Para que nadie le robe el color,  
Para que nunca se vaya...*

«Mierda con esta melodía»

Daniel mantiene una de sus manos en mi espalda baja mientras que con la otra sostiene mi muñeca contra su pecho. Se mueve bien, y eso me sorprende mucho... porque nunca imaginé que mi bello ogro llevara el ritmo en su sangre.

—Muy apropiada es esta letra señorita Val —susurra en mi oído y noto que la proximidad de nuestros cuerpos ha despertado cierta parte de su anatomía.

«Ohh»

—¡Señor Müller! —Comento con fingido enfado —es usted todo un pervertido.

—¡Ni lo digas mujer! En cuanto lleguemos a casa te desnudaré y hablaremos al respecto.

—¿Necesita desnudarme para que hablemos? —pregunto dejando un lugar entre nosotros y cruzando mis brazos cuando a mi espalda escuchamos un molesto...

—Ejem... Val ¿podemos hablar?

Reconocería ese tono de voz a un millón de kilómetros de distancia.

«Mierda»

Giro y lo veo.

Guapo y elegante como siempre. Vistiendo un impecable traje gris, con su habitual cabellera de príncipe Valiente y el peor caso de cara de cordero degollado, visto por el ser humano.

Inesperadamente toma una de mis manos, y pese a mi resistencia la lleva hasta sus labios besando mis nudillos como lo hacía frecuentemente en el pasado. Creo que, si presto atención, puedo escuchar el chirrido que producen los dientes de Daniel al contener su furia.

—¡Deja ya mismo a mi mujer imbécil! —ese pirolo es regalo de mi ogro Müller.

Retiro rápidamente mi mano de sus labios y seco el resto de baba que dejó contra mi vestido. Parece importarle poco y nada la amenaza de Daniel cuando prosigue...

—Val, yo... —eleva sus húmedos ojos en alto parpadeando repetidamente y sorprendiéndome por segunda vez en fracción de segundos, no solo toma nuevamente una de mis manos entre las tuyas, ¡sino que toma las dos! —*gordi... estoy muy avergonzado de cómo me comporté. Fui realmente un estúpido al desaprovechar lo mejor que la vida me puso frente a los ojos. ¡No escuché cuando me rogabas que pasáramos más tiempo juntos!, o que hiciéramos un viaje romántico, tampoco cuando me pedías tener un bebé y yo... estoy muy arrepentido. Estás tan hermosa que solo pienso en llevarte a casa de una buena vez, quitarte ese vestido y hacer un hermoso y regordete bebé. Val yo de veras... lo lamento mucho cariño.*

—¿Cariño?... ¿bebé? —repito indignada —de verdad si es una cámara oculta ya no es gracioso —forcejeando por la libertad de mis manos, aunque es inútil. Esto es lo más vergonzoso y patético que viví en mi vida.

—Suéltala ya mismo idiota —gruñe Daniel dando un paso adelante. Calculo que debe estar frenando el impulso de golpearlo porque me encuentro en medio de ambos.

Pero a Ricardo parece no importarle cuando redoblando la apuesta planta mis palmas en su corazón. Es inevitable que en ese momento me pregunte...

«¿Qué cojones hago yo en este lugar?» Nunca tendría que haber venido a esta boda.

Daniel deja caer el peso de su brazo y apoya fuertemente una de sus manos en el hombro de Ricardo.

—¡Suéltala ya! —y el tono que usa es tan firme y sereno, que haría cagarse en los pantalones hasta al marinero más macho de todos los machos.

—¡Silencio, Müller! Tú no te metas mientras hablo con mi mujer.

—¿Tu mujer? —repetimos a coro Daniel y yo, cuál de los dos más indignado que el otro.

—Te dije que la sueltes ya mismo o...

—¿O qué?... ¿acaso vas a golpearme otra vez?

—¿Otra vez? —repito mirando a mi ogro directo a los ojos.

—Exacto amor, tu amiguito me rompió el tabique de la nariz de un puñetazo fuera del juzgado.

—¿Lo hiciste? —necesito confirmar tal información.

—¡Claro que lo hice! El hijo de puta cambió las llaves de tu negocio provocando que un desgraciado ¡por poco te viole!

Una gran, enorme... ¡gigante! Sonrisa de amor y admiración por este hombre comienza a formarse en mi rostro, haciéndome olvidar por completo que me encuentro con mis manos contra el pecho del que un día pensé amar.

La fiesta se encuentra en su apogeo y los novios bailan muy melosos en el centro de la pista. A lo lejos veo los agudos ojos de mi madre como dos rayos laser fulminarme, pero no te preocupes ma... no soy vengativa, pero tengo buena memoria.

Finalmente decido que ya es tiempo de ponerle punto final a las estupideces y viendo que, por las buenas, Ricardo parece no entender, creo que el plan "b" es la mejor opción.

—¿Me vas a soltar sí o no? —pregunto con la esperanza de que se retire solito por donde vino y por la sombrita.

—Jamás Val... ¡tú eres mi gordita hermosa!

Evidentemente el universo conspiró para que, en ese preciso instante, un fallo en la discoteca produjera un perfecto silencio.

Primero fue un pequeño crujido, similar al de dos huevitos rompiéndose. O mejor dicho... al de los huevos de Ricardo rompiéndose contra mi rodilla. Porque si de algo me sirvieron las clases de defensa personal a las que mi madre nos obligó a ir en la adolescencia fue para esto... ¡*Gracias ma!* Pienso mientras observo a Ricardo realizar unos extraños movimientos en cuclillas, y balbucear insultos entre dientes a mi progenitora. Entonces decido que es hora de darle el tacle final a la situación y mandar al “macho de América” que se cree que es, a dormir la siesta al ático.

—*Querido Ricardo... lamento mucho tener que haber llegado al punto de golpearte, porque ambos sabemos muy bien... que no hay segundo round entre nosotros. Primero que nada, porque metiste tú sucia, aburrida y pequeña verga en la vagina de mi ex mejor amiga* —suelto el aire de mis pulmones y dejo caer mi cabeza hacia atrás —*¡te regalé diez años de mi existencia! ¿y tú qué haces?... ¡me jodes la maldita existencia sin ningún tipo de consideración! Y segundo... una vez que pruebas el mejor salmón ¡ya no quieres volver a comer un vulgar pez gato de río como tú! Antes de comer eso nuevamente, ¡prefiero volverme vegana!*

—¿Esa metáfora fue respecto a mi pene, Val?

Puedo escuchar alguna risotada entre medio de los “ohhh” de las mujeres de la familia, pero afortunadamente no me importa. Mi prima sabía en lo que se metía al juntarnos a todos en su boda... ¡joder!

—¡Claro que no Ricardo! No hacía referencia a tu pene cuando mencionaba al delicioso y firme salmón que tengo el honor de comer en esta etapa de mi vida... en realidad esa metáfora engloba a todo tu ser.

—¿Me estas llamando simplón?

Y todo se resume a esto... ¡a su puto ego! Noto como su orgullo se ha resentido y de un minuto al otro pasa del *te amo* al *te odio*.

—¡Claro que no te estoy llamando simplón! —Manifiesto enérgica y parece aliviado —lo que intento decir... es que luego de conocer a Daniel y de haber hecho el amor con él, nunca... ¡pero nunca! dejaría que me toques un pelo nuevamente, y en el fondo creo que es lo mejor para ambos. Porque luego que eso estuvo aquí (*señalo la entrepierna de Müller y luego la mía*) lo tuyo querido amigo *¡bailaría!*

Su rostro comienza a ponerse rojizo, llegando al punto de temer por mi integridad física. Gracias a Dios en cuanto se me viene encima Daniel se interpone y para nuestra sorpresa mamá se coloca frente a Daniel haciendo frenar en seco a su ex yerno.

Con sus manos en jarra y el mentón en alto deja algo del encanto italiano de nuestra familia...

—Fuera de mi vista bobalicón de mierda, o juro por Dios que donde sigas molestando a mi niña... te cortaré los dedos uno a uno con un alicate y luego esa lengua tan larga y mentirosa que Dios te dio y haré un escabeche con ello, para que coma tu dulce noviecita.

—Ex novia, querrás decir Silvia.

Y esa fue Shirley señores y señoras, así es... el tipejo se está quedando sin el pan y sin la torta.

«Excelente»

Ricardo voltea sobre sus talones y sale del salón dando un gran portazo. Minutos más tarde lo hace mi ex amiga, justo en el instante en que la música vuelve a sonar.

Y como si nada hubiese ocurrido, la familia y amigos vuelven a la pista con sus respectivos tragos en mano, a menear las caderas al ritmo del mambo.

—Vamos muchachos... —insta mamá —¡bailen y disfruten! Que esos payasos no puedan empañar jamás esto tan bello que está creciendo entre ustedes.

Daniel toma mi mano y me arrastra a la pista.

—Vamos, hermosa... —susurra seductor.

## Capítulo 16

*No darás falsos testimonios.*

Durante el trayecto Val duerme contra mí. Siento su pecho subir y bajar mientras respira... ese sonido me relaja, ella es un bálsamo de paz para mí. Las luces de los letreros de neón iluminan esporádicamente el coche, creando un juego de sobras en el bello rostro de la mujer por la cual me encuentro loco de amor.

Llegamos a casa pasadas las cuatro de la mañana. José detiene el coche frente a la puerta de la entrada principal y aguarda a que salgamos antes de proceder a dejarlo en el garaje.

—Val... preciosa, ya llegamos a casa —susurro contra su cabello.

Pasan unos segundos antes de que comience a incorporarse y a pestañear intentando ubicarse. Se encuentra hermosamente desaliñada y automáticamente pienso que es con ella con quien quiero envejecer.

—¿Llegamos?

—Sí, cariño, salgamos antes que te enfries. — Noto cómo contrae su cuerpo ni bien estamos fuera del coche, la noche es preciosa, pero la falta de sueño, sumado al alcohol que ingirió, le hace tener frío. Automáticamente me quito el saco y se lo coloco sobre sus hombros, y agradece el gesto con una dulce sonrisa que me mata de amor.

Una vez dentro subimos la escalinata que une nuestros dormitorios y en silencio caminamos abrazados por el largo pasillo. Frenamos frente a la puerta de su recámara y antes de dejarla «cosa que no pienso hacer» sujeto su cintura mientras nuestras caderas se chocan... *¡es tan hermosa!* Mis manos se niegan a dejarla ir... su cabello alborotado y sus ojitos pequeños de dormir me resultan de lo más apetecible.

—Señorita Val... ¿me preguntaba si aceptaría pernoctar en mis aposentos?

—¿Me está invitando a una pijamada señor Müller? —suelta la muy descarada con picardía.

—Exactamente.

*Sonríe de lado y mi pija se retuerce.*

—¿Habrás palomitas y sacos de dormir?

—No. *Pero habrá champaña y buen sexo.*

Rasca su barbilla y sonríe como solo ella puede hacerlo *«me la como a besos»*

—Eso suena muy bien... porque yo jamás he ido a una pijamada de ese estilo —responde provocadora.

—Cuánto me alegra escuchar eso cariño, porque, por lo que pienso hacerte dentro de esas cuatro paredes, no me hubiera gustado ser el segundo —guiño mi ojo y le sonrío sádicamente.

—Señor Müller, ese comentario me hace replantear si es conveniente o no que acepte su invitación...

Comienzo a retirar mi cinturón y a enrollarlo en una de mis manos—*Oh cariño... ¡déjate tentar!*

Tomo su mano guiándola con paso firme hasta mi dormitorio, pero antes de encerrarla bajo llave, solicito me aguarde unos minutos, mientras voy a ver a los niños.

Camino hasta el dormitorio de Felipe y como es de esperar, encuentro a Sarah acurrucada junto a su hermano. Acomodo el cubre y beso sus frentes. En ese instante veo a Val detrás de mí.

Ingresa sin sus zapatos y camina hasta el ventanal. En un gesto muy doméstico, cierra las cortinas evitando que la luz del amanecer interrumpa el sueño de mis pequeños, luego camina hasta nosotros y también besa a los niños. Da un beso a cada uno de ellos en sus coronillas y sale de la habitación.

Inmediatamente voy tras sus pasos y la encuentro mirando la nada a través del gran ventanal que da al balcón. Llego hasta su espalda, envuelvo mis brazos en torno a su cintura y descanso mi mentón sobre su hombro. En esa posición permanecemos unos minutos sin darnos cuenta. Amo a esta mujer y deseo con todas las fuerzas que el hechizo nunca acabe. Lentamente la giro, hasta que quedamos frente a frente. Su pecho sube y baja rítmicamente contra el mío, y nuestras respiraciones es lo único que se escucha en la calma de la noche. Planto un pequeño beso sobre su frente y ella cierra los ojos. Lentamente... muy despacio voy bajando mis labios, primero rozo sus parpados... luego su nariz, hasta llegar finalmente a sus labios.

Una vez ahí no puedo controlarme más y libero ese maldito y enorme sentimiento que ha crecido dentro de mí y logra oprimirme el pecho hasta dejarme sin aire.

—*Te amo, Val.*

En silencio levanta su mirada hasta que sus hermosas esmeraldas se fijan en mis ojos... —*Yo también te amo, Daniel.*

—Nunca nadie penetro mis barreras de esta forma. Te quiero cerca día y noche, en las buenas y en las malas, cuando te encuentres feliz o cuando tus hormonas aspiren catapultarme... te quiero conmigo siempre ¿me entiendes Val? Ya no hay vuelta atrás. Eres mía y solo me resta preguntar... *¿Cómo quieres que te haga el amor esta noche?*

—*¿Las opciones son...?* —pregunta ella con picardía.

*Sin apartar mi mirada de la suya y con una sonrisa lobuna de lado brindo las opciones...*

—Opción uno: lenta y delicadamente como el caballero que soy.

—Entonces la opción dos por favor —remata la atrevida buscando guerra.

Aún mantengo mi cinturón en las manos y de un solo movimiento lo despliego. Luego lo levanto hasta que quede a la altura de su vista

—¿Desea la opción dos, señorita Val?... ¿quiere despertar al ogro Müller acaso? —observa mi cinturón y luego a mí, se la ve curiosa y sorprendida «me encanta» y adoro que se preste a estos juegos conmigo *¡solo y únicamente conmigo!*

—Manos al frente, señorita Val. *¡Ahora!* —solicito firmemente.

Obedece.

Une sus palmas y me entrega sus manos unidas en señal de rendición.

«Excelente»

—Val, entiendes que esto es solamente para divertirnos y gozar mutuamente ¿comprendes? —ella asiente con un movimiento de cabeza y aletea sus largas pestañas.

—Antes debemos quitar ese molesto vestido del medio —observo —así que *desnúdese ahora mismo señorita Val* —reclamo y puedo ver en su rostro una ráfaga de sorpresa.

Me alejo dos pasos, para de esta forma admirar plenamente su belleza y tomo asiento en el sillón de cuero que se encuentra frente a mi cama, y buscando el mando a distancia que se encuentra en la mesilla a un lado, enciendo música.

“Have you ever loved a woman” de Steve Wonder inunda el lugar, intensificando el momento aún más.

Val me observa en silencio sin saber qué hacer. Aunque para mi sorpresa con los primeros acordes musicales muerde su labio y comienza lentamente a mecer sus caderas con sensualidad.

«Buena chica»

Dejo caer mi espalda en el sofá e intento reajustar mi irregular respiración.

Val se mueve bien y de eso no tenía la menor duda, fui espectador... o mejor dicho un *voyeur* en su clase de danza, cuando con el imbécil del moreno movía sus torneadas y gráciles piernas al son del mambo.

Lentamente mi chica estira sus brazos hasta dar con el ruedo de su corto y ajustado vestido. Su rojiza melena cae por un lado de su rostro hasta prácticamente tocar uno de sus pechos, y es así, de esa forma que lentamente y con ritmo que comienza a subir su vestido. Sus muslos comienzan a liberarse y su pequeña tanga de encaje negro se asoma ante mi curiosa mirada. Val me observa y parece estar disfrutando mucho ya que sigue subiéndolo y enrollándolo aún más, hasta que vislumbro su pequeño ombligo. Repleta de alevosía lleva su dedo índice dentro de su boca «Estoy que exploto» y humedeciéndolo con saliva lo retira, para luego deslizarlo por la zona que se encuentra en su bajo vientre hasta llegar debajo de su ropa interior y hundirlo en su sexo.

«Tomo una profunda respiración y apoyo la mano sobre mi abultado paquete»

Val voltea en el preciso momento en que tiene arremangado el vestido debajo de sus pechos, y es de esa forma «de espalda» que termina de retirarlo por completo.

Me pongo de pie, y como un león camino hasta mi presa. Se mantiene de espaldas cuando presiono mi cuerpo contra ella y hago notar mi prominente erección sobre su perfecto culito. Ella de forma provocadora mueve el trasero en círculos «siempre al ritmo de la música» y presiona mi pija en medio de sus nalgas. —Es precisamente a ese lugar en donde pienso terminar esta noche querida —detiene por un instante su baile y colocando mi mano en su vientre insto que continúe su movimiento, mientras que con la otra llevo el cinturón frente a ella.

—Ahora sí, preciosa, manos al frente.

*Lo hace.*

Obedece y con la destreza que me caracteriza en estas cuestiones, uno sus manos en medio del fuerte cinturón de cuero, midiendo la presión adecuada para no incomodar, pero a su vez evitando que se zafe por voluntad propia. Así como se encuentra, de tanga y tacones la guío, hasta colocarla de rodillas sobre el sofá. Su torso y pechos quedan sobre el respaldo, sus piernas levemente separadas y su culo expuesto a mí.

«No te muevas» ordeno, y camino hasta el baño en busca del aceite de coco que uso en la tina. Lo coloco bajo el agua caliente del lavamanos, templándolo y logrando mayor fluidez. Vuelvo y tal cual ordené Val continúa en la misma posición, con la vista fija en la pared y expectante. Lentamente comienzo a desvestirme, en un punto donde ella no puede verme y de esa forma ir aumentando su ansiedad. Tomo el aceite que dejé en la mesilla y llego hasta ella.

Tomo los extremos de su tanga y lenta, muy lentamente comienzo a bajarla hasta que queda a la mitad de sus muslos.

«Estoy tan caliente que temo eyacular en este momento»

Abro el bote y dejo caer un chorro en su espalda.

*Se estremece.*

Coloco otro poco en mi mano y comienzo a embadurnar mi pija, la que se encuentra dura como un mástil, con las venas marcadas a fuego debajo de mi piel. De rodillas en su espalda, comienzo a masajear el tibio aceite sobre ella, puedo notar como lentamente comienza a sucumbir y su cuerpo a aflojarse. Dejo un beso en su cuello mientras mis manos bajan lentamente por los huesillos de su columna vertebral.

*Gime.*

Dejo otro pequeño beso en su cuello y luego muerdo suavemente la zona. Val deja caer su cabeza atrás apoyándola en mi hombro. Mis manos continúan viaje, humectando y lubricando todo a su paso, mi dedo medio se hace lugar en el recorrido hasta llegar al medio de sus nalgas. Val continúa laxa, por lo que me autorizo a



seguir, el dedo se abre paso hasta el pequeño y fruncido agujero de su ano y sin permiso lo introduzco en él.

Val se sobresalta y puedo saber con claridad que mi chica es virgen de esa zona. Siente placer, de eso no hay duda, pero le teme a lo que vendrá.

—Shh, tranquila... prometo hacértelo disfrutar... y mucho.

Siento su cuerpo aflojarse y entregarse a mi merced. Juego con mi dedo entrando y saliendo de ella, mientras con mi otra mano, circundo su vientre hasta llegar a los labios de su vagina. Lentamente los abro y comienzo a estimular su clitoris realizando pequeños círculos en él. Val mueve su cadera buscando mayor contacto. Esta húmeda y excitada. Otro dedo es introducido en su cola y ella deja escapar un sonido mezcla de queja y placer.

—Shh —susurro nuevamente —tu floja, y sin prejuicios cielo... solo somos tú y yo.

Introduzco dos dedos dentro de su húmeda y caliente vagina al tiempo que retiro los de atrás, cambiando posición por mi tórrido miembro. Este como si tuviera vida propia se sitúa en la entrada y ayudado por mi mano comienza a jugar en el orificio de entrada. El aceite ha hecho bien su trabajo y la zona se encuentra resbaladiza. Tomando su nuca insto a que deje caer su cuerpo adelante, hasta que su pecho reposa cómodamente en el alto respaldo de cuero. Con mi mano aproximo su trasero más atrás y lentamente comienzo a adentrarme en su pequeño e inexplorado orificio —*Aaah...* —deja escapar Val, pero una vez que pasó la ancha cabeza de mi miembro el resto no será problema.

—¿Duele mucho? —pregunto mientras aguardo para continuar.

—*Sí* —responde —*pero me gusta.*

«¡Esa es mi chica!»

Centímetro a centímetro comienzo a ingresar, dilatando a mi paso su cavidad. La imagen no puede ser más erótica. Val se encuentra muy quieta y expectante al dolor, aunque a medida que me muevo en su interior va aflojándose y acompaña mis movimientos con los suyos.

Me muevo entrando y saliendo y con mayor libertad, busco el agarre de sus prominentes pechos. Me afirmo en ellos mientras mi pija entra y sale de su culo. Pellizco levemente sus pezones y soy recompensado con un respingo de su trasero.

Noto como se encuentra a punto caramelo. La excitación pudo con ella y tras un «Vamos preciosa» los gemidos de ella aumentan segundo a segundo y la intensidad de mis embestidas son mayores, hasta que en medio de súplicas, gemidos y gritos de placer la lleno de semen y caemos exhaustos.

Beso su espalda antes de liberar su interior. Aflojo el agarre de sus muñecas y para mi felicidad, para mi enorme orgullo de macho, soy recompensado con una enorme sonrisa y un agradecido...—*¡Me encantó!*

En brazos la llevo hasta el baño, donde la tina nos espera con un relajante baño caliente. Val se coloca su pijama de short corto y top de tirantes y yo solamente unos bóxer Calvin Klein. Felices y enamorados vamos hasta la cama, donde Morfeo sonríe con picardía y levanta su pulgar en aprobación a lo que acabamos de hacer, para finalmente llevarnos al mundo de los sueños.

*Amanece...*

La claridad de la mañana inunda la alcoba. La casa aún se encuentra en silencio. Volteo buscando la suavidad del cuerpo de la señorita Val, cuando me topo con uno aún más tierno, suave y pequeño.

Entre medio de nosotros dos, encuentro a mis dos pequeños hijos durmiendo plácidamente. En ese instante mis ojos se topan con los de la mujer que amo contemplándome.

—Buen día señor Müller, como verá tenemos compañía.

—Eso veo señorita Val, lamento informarle que esto es algo muy común entre nosotros tres. Mi dormitorio siempre fue de libre acceso — *digo haciendo una mueca de lado con mi boca.*

Sorprendentemente una gran sonrisa comienza a formarse en su rostro.

—Me alegra mucho escuchar eso querido señor, ya que hasta los ocho años me pasé a la cama de mi madre y encuentro algo muy tierno en ese gesto suyo.

Reímos

—Eso quiere decir que nos quedan unos cuatro años por delante y luego tendremos privacidad absoluta.

Aunque su risa cesa rápidamente y su ceño se frunce

—¿Es costumbre en ti, que tus hijos te encuentren con mujeres en la cama?

*¿Pero qué mierda insinúa? ¡Que mi dormitorio es un maldito tiradero de mujeres!* Un tanto molesto respondo:

—Jamás una mujer ha dormido en este dormitorio Val.

—Ohh.

—Sí, ohh ¿y no entiendo cómo puedes pensar eso de mí?

Pero la descarada cambia de tema abruptamente. Toma asiento en la cama y apoyando sus manos en la frente comenta...

—Temo que cambie mi relación con ellos de ahora en adelante. Quizás asuman que van a perderte.

—No subestimes a los niños mi amor, ellos son más perspicaces de lo que podemos llegar a pensar. Sarah hace semanas que me hace bromas sobre que tú y yo somos novios. Felipe directamente lo afirma.

—¿Novios? —repite para sí misma.

—¿No es eso lo que somos?

Y me regala una de sus cautivantes sonrisas, aunque no responde a mi pregunta. Sin embargo, continúa con el tema de los niños. Se encuentra hermosa. Con un pequeño pijama de short y musculosa, color negro y su rojiza cabellera alborotada.

—Nunca me dijeron nada al respecto. Pero hoy fueron muy naturales cuando se pasaron a la cama grande, como si vernos juntos fuera moneda corriente.

—Vamos hermosa, bajemos a desayunar... necesito recuperar energías por la maratón de anoche.

—¿Pancakes? —insinúa con picardía.

—Mmm... ¡sí por favor!

Ella se pone de pie y naturalmente coloca una de las almohadas en la espalda de mi niña. Luego besa su frente y mi cerebro automáticamente piensa, lo mucho que me asombra su espontáneo amor y la naturalidad con la que se maneja con los niños. Val se dirige a su habitación para tomar una ducha rápida y colocarse ropa limpia, mientras yo hago lo mismo.

Bajo el agua de la regadera, comienzo a pensar en que, el hecho que nos encontremos en dormitorios separados es cuestión de tiempo; porque es inminente el cambio de logística en nuestra relación. En esto, ya no hay vuelta atrás. Amo a esta mujer con toda mi alma, y me tiene cautivado con su naturalidad, descaro y buen humor. Hace años que ninguna mujer logra que el ogro Müller se ablande tanto.

*Tres semanas más tarde.*

Despierto.

Mi dormitorio se encuentra en penumbras y el otro lado de la cama está vacío. Busco mi teléfono móvil en la mesa de luz para ver la hora... 11.30 ¡no puedo creer que durmiese tanto! Esta mujer agota mis reservas de energía hasta el punto de lograr que un enfermo del trabajo como yo, duerma hasta el mediodía. Seguramente Val se encuentre en la cocina preparando el almuerzo junto a los niños. Hoy al ser domingo por norma general, son los pequeños de la casa quienes eligen el menú. Me pongo de pie y voy por una ducha antes de unirme a ellos.

Media hora más tarde bajo a la cocina y para mi sorpresa no hay ni rastro de mi cocinerita preferida. Concepción se encuentra preparando unas tostadas, mientras Rita coloca flores frescas en un jarrón.

—Buenos días —saludo y ambas giran.

—Buenos días señor —responden a coro.

—¿La señorita Val no se ha despertado aún? —miento... ya que, sé muy bien en qué anda mi bella pelirroja porque ¡durmió conmigo! Pienso hinchado de orgullo.

—Sí, señor Müller, ella bajó hace un par de horas, pero salió muy apurada —responde Concepción

—Llevaba una pequeña valija con ella y lloraba mucho la pobre... al parecer es algo referente con su esposo —remata la arpía de Rita, logrando su cometido.  
«*Dejarme con la sangre en el ojo*»

¡Pero que mierda sucede con esta mujer! *¿Se fue sin avisarme?... ¿algo referente a su esposo?*

Automáticamente tomo mi teléfono móvil y disco al suyo. Da libre. Suena una vez, dos, tres, seis... hasta que finalmente la llamada cae al buzón de correo.

—“*Mierda Val ¡toma el puto teléfono mujer!*”—Cuelgo más furioso de lo que estaba, temiendo lo peor e ignorando el motivo por el cual ella huyó de mí.

*¿Me abandonó?*

*¡Justo ahora!... ¿cuando todo parecía tener forma me abandona?*

## Capítulo 17

*Nada es lo que parece.*

Apenas termino mi ducha recibo una llamada al celular proveniente de un número desconocido.

—Diga —respondo.

—Val —la voz sonaba muy apagada y afligida, pero me fue imposible no reconocerla al instante.

—Ricardo... ¿estás bien?

La charla no duró mucho tiempo, pero sí lo suficiente para hacerme replantear muchas cosas. Sin pensarlo dos veces tomé mi bolso, las llaves de la camioneta y sin mirar atrás me marché.

Con la frente empapada en sudor y el corazón a mil bajé a la cocina, rezándole a todos los santos no cruzarme en el camino con Daniel.

Me siento una mierda al huir de esta manera después de todo lo que él hizo por mí. Y no me perdonaré nunca lo que estoy a punto de hacer. Pero creo que esta es la mejor forma, menos preguntas y menor riesgo a planteos.

Una vez en el auto conecto a Manola «mi GPS» y marco la ubicación de donde tengo que ir. El trayecto no es muy largo según puedo ver. Conduzco hacia las afueras de la ciudad y la camioneta da pequeños brincos cuando 20 minutos más tarde tomo una calle de tierra campo adentro.

Esto no me gusta nada. No entiendo cuál es el sentido de traerme a una zona tan rural y alejada de la ciudad. Temo lo peor.

Temo que Ricardo atente contra su vida. Siempre lo afectaron mucho este tipo de temas, y encontrarse él mismo con una situación de este tipo no será fácil. En un momento de paz mental, tomo mi teléfono y llamo a Shirley. Si bien estamos distanciadas hace meses, necesito que alguien me ayude. Y si esa ayuda viene de una alianza con el enemigo, sin duda alguna lo haré.

—Val —responde al segundo y parece asombrada —¿Cómo estás? —agrega rápidamente.

—No muy bien Shirley, realmente no sé cómo se encuentra la relación entre tú y Ricardo... y sinceramente tampoco es algo que me interese, pero acabo de recibir una extraña llamada de él que no puedo dejar pasar por alto.

Con pocas palabras narro lo sucedido y la que en su momento fue mi amiga escucha en silencio.

—Shirley... ¿me escuchas? —¡no entiendo cómo puede permanecer tan tranquila!... después de todo ellos se aman, o se amaban en todo caso, pero no entiendo tanta frialdad de su parte.

—Sí —responde luego de una larga pausa —escuché todo, pero...

—Pero ¿qué? —increpo.

—*Pero nada es lo que parece, Val* —remata finalmente antes de cortar la comunicación y apagar su móvil tras mis insistentes llamadas.

Ahora sí, que no entiendo nada.

A metros de llegar al lugar, y en un instante de lucidez, envío un breve mensaje de texto a mi madre antes de guardar mi teléfono móvil en la guantera de la camioneta.

Unos cien metros aproximadamente me separan del lugar donde debería encontrar a mi ex marido. Es una vieja edificación algo despintada y con los pastizales muy crecidos. Mi corazón comienza a latir fuerte y aceleradamente en cuanto llego, puedo ver el automóvil de Ricardo estacionado fuera, pero, ni rastros de él.

Apago mi coche y solo se escucha el trinar de los pájaros y mi corazón desbocado. La mañana se encuentra algo nublada y al parecer los grises del cielo amenazan con que pronto lloverá.

Finalmente, junto coraje y salgo de mi camioneta. Decido dejar mi bolso dentro de ella, teniendo la esperanza de que no nos quedemos mucho tiempo en este lúgubre sitio. Llego hasta la entrada y misteriosamente ahora la puerta se encuentra abierta.

—Hola... ¿Ricardo?... ¿hay alguien aquí? —Dentro de la casita se encuentra todo muy oscuro y partículas de polvo flotan en el espeso y rancio aire.

Las deshilachadas cortinas impiden que la claridad ingrese, por lo que solo puedo distinguir un par de sillas junto a una pequeña mesa redonda, y un cigarrillo encendido sobre ella.

En ese instante es cuando confirmo que algo no está bien... pero no puedo hacer mucho. La puerta se cierra de golpe y el dolor que siento en mi nuca me nubla la vista. El silencio me invade y siento el calor de un líquido caliente colarse por mi cuello.

—¿Qué hiciste estúpido? —escucho a lo lejos.

—¡Silencio abogado!

—¡No habíamos quedado en esto Michael!, dijimos sin violencia.

—¡De ahora en adelante las reglas las pongo yo! Usted solo preocúpese de conseguir el dinero.

—Ella no tiene un centavo, solo debemos usarla como señuelo... apenas Müller pague el rescate la dejaremos libre.

—Sí, abogado, sí... luego la dejaremos libre.

## Capítulo 18

### *Golpe de suerte.*

Estoy desesperado.

Horas y horas intentando comunicarme con Val, pero nada... los niños no paran de preguntar por ella y yo estoy a punto de colapsar.

Ante la incertidumbre de lo que desconozco, me veo en la obligación de esperar lo peor... esperar la puta llamada de la mujer que amo abandonándome para regresar con el hijo de puta de su ex marido.

Suena el timbre de casa y para mi sorpresa escucho la voz de mi padre en la entrada.

«Mierda»

¿Justo ahora?

Pero la cosa estaba a punto de comenzar... tras escuchar el familiar sonido de la voz de mi padre escucho algo peor, algo muchísimo peor...

«¿Silvia?»

¡Exacto!, mi padre y la madre de Val se encuentran aquí.

—¡Hijo! —grita papá en cuanto me ve y para mi alivio nos fundimos en un cálido abrazo. Su calor me reconforta al menos por un segundo... mi padre siempre tuvo ese don sobre mí, sobre todo desde que mamá nos abandonó aquella primavera.

—Viejo, ¿Qué hacen ustedes por aquí? —saludo a uno, luego al otro y Silvia sonríe tras pellizcar mi mentón.

—Tenemos algo que contarles hijo —resume Silvia —¿mi pequeña se encuentra en casa?

Su comentario me deja con más dudas de las que ya tenía... ¿ella no sabe nada de Val? ¿Su propia madre no sabe el paradero de la hija?

—Silvia... Val no está en casa, y sinceramente no sé nada de su paradero.

Ambos voltean a la vez y siento su mirada caer sobre mí.

—Hijo, pensamos que ustedes dos... —comienza a decir mi padre, pero se detiene al instante depositando una de sus manos sobre mi hombro.

—Si papá, nosotros estamos... —ejemmm—o estábamos juntos. Pero francamente ya no sé qué pensar.

Caminamos a través de la sala hasta llegar a la cocina. Tomo tres jarros y sirvo café mientras narro parte de lo sucedido. Apenas finalizo mi relato Silvia se pone de pie y como si se tratase de una pantera enjaulada camina de un lado al otro por la amplia cocina. Con una de sus manos en su cintura y la otra en la frente murmura... —*Algo no está bien con mi hija... puedo sentirlo, hoy recibí un mensaje muy extraño de Val y luego me fue imposible comunicarme con ella.*

—¡Silvia!... ¿Qué decía el mensaje?

Ella frena de golpe y con la vista clavada en la nada balbucea.

—Era una localización de GPS... seguida de un texto. La verdad que no le di mucha importancia... pensé que sería alguna localización de una de esas tiendas de repostería que ella tanto ama.

—¿Que decía el texto querida? —pregunta papá.

—El texto decía... —sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas —decía... “*Por las dudas*” y luego de eso ya no respondió más.

—¿*Por las dudas*? —repetimos a coro con mi padre y ahora sí que no entiendo nada de nada... «¿*Por las dudas*?» pero mis pensamientos son interrumpidos por el sonido de mi celular.

*Espero sea ella...* «Mi amor por favor ojalá seas tú»

—Diga.

—Escúcheme bien abogaducho de cuarta...

—¿Quién habla?

—Silencio estúpido y escuche bien. Queremos dos millones de dólares colocados en la cuenta 443522 del banco Ermitage, antes que finalice el día... de lo contrario su noviecita se irá a cocinar pastelitos al más allá.

Un frío sudor comienza a colarse por mi frente y una sensación que hace años no tenía, en mi pecho. La misma sensación que viví el día en que llegó la policía a la puerta de mi casa a informarme que mi esposa había muerto en el accidente de tránsito tras abandonarnos.

—Y no piense en llamar a la policía don Müller porque usted bien debe saber, que eso empeoraría mucho las cosas.

—Quiero hablar con ella —exijo bajo la atenta mirada de Silvia y mi padre.

La voz suena distorsionada y en cuanto pido hablar con ella, el hombre larga una sádica risa.

—Mire señor Daniel Müller, padre del pequeño Felipe y la dulce Sarah... que en estos momentos se encuentran jugando con el pequeño Bobby en el jardín de su gran casa. Creo que no debería exigir nada, solamente asentir, si me entiende, terminar de una buena vez ese café antes que se enfríe y acatar nuestro pedido.

—*¡Nos vigilan papá!* —exclamo a mi viejo que me ve salir corriendo de la cocina al parque.

—¿Quién hijo? ¿Quién nos vigila?

Corro desesperado buscando a mis hijos alrededor de la casa, mi corazón late descontrolado mientras intento localizar a mis pequeños por los metros y metros de jardín.

—¡Sarah!... ¡Felipe! —grito con un nudo oprimiendo mi garganta, pero nada.

Escucho el sonido de los pasos de mi padre corriendo detrás de mí.

—Hijo, ¡Daniel!... ¿Qué demonios está pasando? Hijo por Dios, dime algo.

—Me están chantajeando papá —mi voz se quiebra —ellos tienen a Val viejo, y nos están vigilando... ¡Felipe, Sarah! —grito.

«*Dios por favor... mis hijos no*»

—¿Papito?

Giro y a uno de los lados de la piscina veo a mi pequeña llorando.

—¡Hija! Hijita —exclamo mientras corro hasta ella y la tomo en brazos desesperado —¿qué pasa vida? ¿Tu hermano? ¿Dime donde está tu hermano? —pregunto prácticamente sin aire en los pulmones, sofocado por la angustia y con un punzante dolor en los hombros. Automáticamente comienzo a revisar el cuerpito de mi niña, intentando ver si se encuentra lastimada. Gracias al cielo no tiene ni un rasguño, por tal motivo sujeto su carita para que me observe —Sarah... —respiro hondo e intento contener el llanto —¿dime dónde está Felipe?

Pero ella eleva sus hombritos y niega con la cabeza.

—No lo sé papi. Felipe es un tonto y se esconde para asustarme junto al señor de negro.

—¿*Señor de negro?* — mi alma abandona mi cuerpo en ese instante y un terror aún mayor al que sentía me aborda.

—Viejo... ¡llama al 911 ya mismo! ¡Felipe! —grito con más fuerza.

Corro con mi niña en brazos hasta la casa y la deposito en brazos de Silvia.

—Daniel, mi hija —deja escapar ella en un susurro apenas audible, mientras toma a mi niña contra su pecho y llora.

—*¡Yo la encontraré!* —. Manifiesto con tanta seguridad que me asombra hasta a mí mismo.

—La policía viene en camino hijo —comenta mi padre al tiempo que sale afuera gritando en alto el nombre de su nieto.

—*Las cámaras, señor* —apunta Concepción quien también está muy asustada al igual que todos nosotros.

«*Las cámaras*»

Corro deprisa hasta mi escritorio y enciendo el ordenador. Muevo la grabación unos diez minutos atrás y lo que veo me congela la sangre.

Una camioneta negra, con vidrios polarizados y sin matrícula llega hasta la entrada de casa y se detiene justo en la subida que da acceso a los coches. La puerta del acompañante queda en un punto ciego entre lo alto del vehículo y los arbustos circundantes, donde la cámara de seguridad no llega «¡mierda!» por esa razón, no puedo ver el rostro del hombre de traje oscuro que baja de la misma.

En ese instante se puede ver a mi hijo correr por el jardín junto a Bobby, cuando se detiene y aproxima a la gran reja.

«*No hijo... no hagas eso*»

El sujeto y Felipe hablan y mi niño corre en dirección a la casa nuevamente.

Segundos después la gran reja que separa mi propiedad del mundo exterior comienza a abrirse y mi niño nuevamente es captado por las cámaras al salir fuera.

Todo pasa de forma muy rápida. Puedo ver como mi crío es tomado del brazo y forzado a subir al vehículo.

No... no ¡no! ¡Felipeeee! Mi grito se ahoga con el agudo dolor que siento en mi pecho. Intento respirar hondo para aflojar la tensión de mis hombros, pero no lo logro. Siento una fuerte presión la que impide a mis pulmones llenarse de oxígeno. Pero la angustia me gana y el pánico me acecha dejándome paralizado.

Papá irrumpe en ese segundo también sin aliento, para anunciar que no encuentran a mi hijo por ningún lado. Mi socio que casualmente pasaba a tomar un café conmigo como es su costumbre, los fines de semana, se encuentra con todo el caos.

El dolor gana.

Ya no puedo hablar. Caigo de rodillas con mi mano presionando mi pecho y casi sin aliento atino a señalar el monitor de la computadora y pronunciar la última palabra que recuerdo.

«*Secuestro*»

*Mi marido me observa fijamente.*

Llevamos sentados frente a frente y en silencio durante algo más de media hora. Observo con recelo la polvorienta habitación donde me encuentro retenida en contra de mi voluntad. Cama de dos plazas de unos doscientos años de antigüedad aproximadamente, la colcha es de un tejido a mano muy bonito pero que data de la misma fecha que la cama. No hay cortinas, pero gracias a la mugre de los cristales, su ausencia no se hace notar, finaliza la decoración una pequeña mesita circular con dos austeras sillas algo apolilladas.

Ricardo me ha traído agua y también curó la herida que se abrió en mi nuca cuando el golpe.

Se lo nota perturbado. En el fondo creo que necesita mi perdón... cosa que no logrará fácilmente, porque puedo imaginar que, tras sus perversos planes de secuestro a cara descubierta, no debe figurar en su agenda el dejarme libre con vida.

Me inquieta mi calma... debo reconocer que es demasiada mi tranquilidad para el momento que estoy viviendo. «*¿Me habrán drogado con algo?*»

Pero lo cierto es que cueste lo que cueste, pienso luchar con uñas y dientes por mi libertad. Mientras mi ex me mira compungido con cara de perro en bote, yo maquino una y otra vez mi escape, la única duda que tengo es... *¿si participarlo de mis planes o no?* porque los años que estuvimos juntos jamás me dieron indicios de esta faceta mafiosa suya y calculo que no llegará a hacerme daño realmente, aunque tampoco presentí las cornamentas que me instaló en el último tiempo de convivencia... por esa razón pienso que mi olfato no es del todo certero y será mejor dejar fuera de todo a Ricardo.

Se lo ve pasmosamente fresco y entero para la tarea que está llevando a cabo. Secuestrar a su ex esposa para extorsionar al amante de ella «*¿amante?*» ... sí que suena feo. Pero realmente es lo que soy por ahora...

Se pone de pie, coloca las manos en los bolsillos de su pantalón, y tras lo que parecen horas de silencio, finalmente habla...

—Val, te juro que todo se me fue de las manos amor... nunca pensé llegar a esto. Solo espero que algún día me puedas perdonar.

—*¿Algún día, Ricardo?* —repito para mí, y es que esa simple frase me da una mínima luz de esperanza... algo a lo que aferrarme, para pensar que mi vida no terminará de esta triste e inminente forma.

—*¿Lo harás, Val?... ¿podrás perdonarme?*, tu sabes bien que jamás podría hacerte daño en la vida. Aunque ahora menos que nunca puedas creerlo, yo... *aún te sigo amando.*

Las palabras se niegan a salir y mis ojos se llenan de lágrimas, hasta que una de las muy odiosas abandona la cavidad y se desliza por mi pómulo. Al verme llorar Ricardo camina hasta la silla en la que me encuentro amarrada de manos y pies, y se inclina sobre mis piernas. Apoya una de sus manos en mi rodilla y con la otra desliza por detrás de mi oreja un rebelde mechón de cabello que cuelga delante de mi frente.

—No llores, por favor... —pronuncia dulcemente con sus azules ojos clavados en mí —prometo que nada te va a pasar.

Los sunchos plásticos que aferran mis muñecas detrás de mi espalda y los que sujetan mis tobillos, me cortan la circulación y veo lo imposible que será zafar de ellos sin ayuda alguna. Un gemido a causa del dolor surge de mi garganta, cuando uno de ellos desgarró mi piel a la altura del tobillo. Un fino hilo de sangre comienza a deslizarse y noto la mirada de Ricardo clavarse allí. Acerca su mano hasta la herida y desliza un de sus dedos por sobre el rastro de sangre que la fina gota dejó, luego fija sus ojos en los míos y sin previo aviso... chupa su dedo con mi sangre.

«Respira hondo»

—*¡Siempre fuiste mía, Val!*

—*¡Siempre!* —respondo.

—*¿Puedo confiar en ti?* —su pregunta suena más a súplica de lo que parece.

Asiento con mi cabeza sin pronunciar palabra por medio.

Ricardo rebusca en su bolsillo trasero hasta dar con una pequeña pero afilada navaja suiza, e instándome a abrir las piernas lo más que pueda, corta la fina cinta plástica que mantiene amarrados mis miembros inferiores.

El alivio es inmediato. Siento la imperiosa necesidad de llorar como una niña asustada, pero intento mantener mi entereza... la Valeria Constantini de mente fría piensa cien veces mejor que la sentimental y vehemente.

—Gracias —susurro y soy recompensada con un tierno beso en los labios. Reconozco que ya había olvidado su sabor... aunque en esta ocasión fue el gusto salitre de mi propia sangre, el que marcó el momento, y recordándome una vez más que por su culpa estoy en esta situación.

«Estoy furiosa»

Tras el beso, se pone de pie, rodea la silla para realizar el mismo movimiento. Con cuidado corta el suncho que une las palmas de mis manos y con algo de dificultad, llevo mis extremidades al frente para intentar quitar lo entumecido, pero mi ex me gana y sujetándolas entre las suyas las masajea para restaurar el flujo sanguíneo.

*Algo capta su atención.*

—*¿Dónde está tu anillo de bodas, cielo?*

—Lo perdí —miento, poniendo mi mejor cara de consternación.

—*¿Lo perdiste?... ¿No te quedaba apretado?*

—Fue cuando adelgacé... —eivo mis hombros restando importancia —en clase de danza salió disparado y no lo encontré más.

—Te compraré otro cuando volvamos a casa. —Comenta mientras tiernamente desliza el dorso de su mano por mi cuello.

«*¿A casa?*»

*¿Casa?... Palabra que me rechina, ¡y mucho!* Creo que esa nunca fue mi casa, solo que no me había dado cuenta, hasta que conocí a Daniel y a los niños. Ellos



son mi hogar, ellos pasaron a ser mi vida, ese gran vacío que dormía dentro de mi pecho finalmente se había llenado... ahí «*en casa de los Müller*» es donde me siento a gusto, protegida, amada y donde quiero pasar el resto de mi vida.

*...Mi vida, espero seguir teniendo una cuando finalice esta pesadilla...*

*Pero sígueme la corriente Val, sígueme la corriente por favor que venimos bien...* repito una y otra vez como mantra.

El sonido de la frenada de un coche, junto al grito de un hombre taladra el silencio. No había dudas que el otro sujeto había regresado.

—Abogado, ¡venga que lo necesito!

Ricardo lentamente se pone de pie y al voltear para salir, puedo distinguir un revolver metido en la parte trasera de la cintura de su pantalón.

—Debo dejarte encerrada... espero entiendas y no te enojés.

*«Claro que no querido, ¡lo que me enoja es el combo completo y no solo que me dejes encerrada... secuestro, golpe y privación de la libertad!»* Uff ¡La lista es interminable!

Sonrí dulcemente y asiento. Ricardo me indica elevando su dedo índice contra sus labios, que guarde silencio, y sin más se marcha, dejándome en la solitaria habitación, con una vieja ventana sin rejas frente a mí.

*«Iluso»*

Al instante en que cierra la puerta, salto para llegar a la ventana. El marco es de una madera bastante vieja y el pasador un tanto oxidado impide que se cierre en su totalidad. Ruego, imploro, suplico a todos los dioses del cielo que las bisagras no rechinen cuando las abra, o de lo contrario me veré en serios problemas. Gracias a todo poderoso, mis suplicas son escuchadas y la pequeña ventana de vidrio se abre sin dificultad. Deduzco que mis raptores no se preocuparon mucho en tapar las posibles vías de escape, calculando tenerme amarrada, inconsciente o posiblemente... *muerta*.

El primer tema que es la vía de escape estaría resuelto. Ahora, el segundo punto es pasar por el escueto espacio. La pequeña ventana tendrá unos cuarenta centímetros de ancho y otro tanto no mayor, de alto. *«Pasar o no pasar... esa es la cuestión»* imagino que no debe ser muy diferente a un parto, quiero decir... si mi cabeza y hombros pasan, seguramente el “resto” y cuando me refiero al resto es que mi culo de araña de campo también lo hará.

Sigilosamente coloco una silla debajo de la ventana para poder llegar sin dificultad, pero ni bien lo hago, un llanto me hace frenar.

Es una familiar voz la que llora y suplica por libertad.

*«¿Felipe?»*

*¿Mi niño está aquí?*

Si ya me encontraba emocionalmente inestable, esto logra sacar la asesina en serie que vive oculta dentro de mí. ¿Secuestrar a un niño?... ¡A mi niño!

*«¡Los mataré!»*

Sea como sea, sin piedad alguna, juro por Dios que estos hijos de puta me las pagaran con sangre.

Sin muchas alternativas cierro nuevamente la ventana y reacomodo la silla donde se encontraba anteriormente.

Piensa, Val... es hora de pensar y planear.

—Ricardo... ¡Ricardo! —comienzo a gritar fingiendo malestar.

Pasan unos minutos hasta que la puerta se abre y mi ex asoma su cabeza.

—Dime —responde a secas algo molesto —imagino que no querrá dar a conocer a su socio, las atenciones que tuvo la delicadeza de tener conmigo.

—Necesito ir al baño —indico.

Me observa en silencio y luego mira en dirección donde la ventana permanece a medio cerrar. Los incansables gritos de Felipe me impiden cavilar con claridad. *Soy una fiera que está dispuesta a cualquier cosa por salvar a su pequeño.*

No aparto la vista de sus ojos cuando luego de escrutar mi ruta de escape, vuelve la mirada en mi dirección.

—No hagas estupideces, Val.

—Nunca lo haría —respondo con la mejor cara de niña buena que logro poner.

—Vamos —indica finalmente y finge liberarme de mis ataduras —*sígueme la corriente por favor* —solicita.

Con un movimiento de cabeza asiento y soy guiada fuera, por un largo pasillo hasta una sala común donde tras una puerta se encuentra el retrete. Es en esa fracción de segundos en donde lo veo y él a mí... mi bello Batman se encuentra atado a una silla *«me falta el aire»* su pequeño cuerpecito permanece sujeto con una gruesa cuerda en una silla y su carita se encuentra roja por el llanto y la desesperación. Pero ni bien me ve deja de forcejear y se queda quieto y calmado.

*«Todo va estar bien hijo»* mi mente me juega una mala pasada y calculo que será por el trauma de la situación, pero realmente sé que todo estará bien... un ángel de la guarda nos cuida y yo bien imagino quién es.

Mientras camino con mi captor a un lado doy un pequeño guiño a Felipe el cual capta al instante el mensaje.

Ingreso al repugnante cubículo y Ricardo lo hace detrás de mí. Cierra la puerta y apoya su cuerpo contra la pared que hay a un lado del retrete.

Elevo mis cejas y cruzo los brazos consternada.

—¿Necesito privacidad?

—No aquí y no ahora. Vamos, Val, orina de una buena vez.

—¡Ricardo! —Comento algo exasperada —vivimos más de diez años juntos y en ese tiempo, jamás de los jamases oriné frente a ti... por favor no me hagas esto más horrendo de lo que ya es —. Realmente no me está facilitando en nada las cosas. Imagino que en un secuestro esto debe de ser el común denominador, pero viendo las contemplaciones que tuvo al librarme de las amarras plásticas, también podría tenerlas en este instante y dejarme un momento a solas en el baño.

—*No me lo pongas difícil gordita*, el tipo que se encuentra fuera no es para nada fácil, haz lo tuyo así puedes volver a la seguridad de la recámara.

«¿Seguridad?» ¿Es broma verdad?

—Estoy con el período —suelto groseramente —si algo me dejó la convivencia con este cretino, es conocerlo como si fuese su madre, y es que el muy mal nacido odia esos “*temas femeninos*” como llamaba a la menstruación y sus múltiples derivados... Ginecólogo, mamografía, tampones etcétera, eran algunos de los temas que al muchachote le daban asquito.

*Su cara de repugnancia no se hizo esperar...*

—Esperaré afuera. Avisa cuando termines con tus... —realizó un despectivo movimiento con la mano y finalizó la frase —temitas.

«Hijo de puta»

Salió y puse manos a la obra. Rápidamente escrudiñe el pequeño lugar en busca de algo que sirviera para defenderme, y es que, si tenía pensado llegar hasta mi camioneta para pedir ayuda con mi celular, seguro no me la pondrían fácil.

Abro el botiquín de primeros auxilios y en él solo encuentro unas aspirinas vencidas, un pote de crema de afeitar, cuya marca ya no se encuentra en el mercado desde hace veinte años y una dentadura postiza «*fuchi*» Cierro el armario y muevo una cortina de tela que separa la ducha y encuentro una escoba con el mango partido, el mismo terminaba en punta con un interesante filo en el extremo superior, parece una estaca y de solo pensar en utilizarla se me revuelven las tripas, igual a cuando de niña miraba películas de vampiros y por más calor que hiciera en la noche tenía que dormir con la sábana tapando mi cuello.

Tomo la escoba y sujetando la parte del escobillón con mis pies, comienzo a desenroscar la especie de lanza improvisada. Una vez que me hago de ella, subo hasta el retrete para alcanzar la pequeña banderola que otorga algo de luz y ventilación al baño. Lanzo fuera primero el palo y luego apoyándome en las manos introduzco la parte delantera de mi cuerpo. Al ver que no se encuentra tan alto en relación al suelo me dejo caer. El golpe es realmente fuerte y mi hombro estalla en dolor. Creo que me lo disloque, pero la adrenalina hace su parte y ya el dolor no es tan duro ni el terror tampoco, ahora no es momento de lamentos, es momento de actuar y rápido.

Tomo mi arma que aguardaba a un lado y corro.

Corro rápido, muy rápido, como alma que lleva el Diablo hasta mi camioneta y ni bien llego, puedo ver con horror que la misma ha sido saqueada. Falta mi bolso y la guantera se encuentra abierta sin rastro de mi teléfono móvil en ella.

—*¿Buscabas esto, pequeña?* —escucho para mi horror, a mi espalda. Un tipo de unos cincuenta años de edad, no muy alto y elegantemente vestido con un traje negro, mantiene mi teléfono en su mano y burlescamente juguetea con él.

«Ahora o nunca» Pienso, y giro rápidamente para correr hasta la casa en busca de Felipe, sea como sea lo sacaré de este lío. Con mi improvisada arma en mano corro lo más rápido que las piernas y el dolor en el brazo me permiten, subo la pequeña escalinata con el tipo pisando mis talones. Entro y cierro rápidamente poniendo tranca en la puerta.

—¡Val! —grita Felipe al verme y yo intento obsequiarle una tranquilizadora sonrisa.

—Vamos, amor, rápido, tenemos que salir de aquí —le digo, mientras desato los nudos que mantienen a mi niño inmovilizado.

Los golpes en la vieja puerta me indican que no tenemos mucho tiempo, es cuestión de segundos antes que esta se venga abajo. Le doy firmemente mi mano a Felipe y corro hasta la parte trasera de la casa.

Un fuerte estruendo me hace saber que el hombre finalmente pudo con la barrera.

Ingresamos al dormitorio en el cual me encontraba encerrada hasta hace unos minutos y cuando estoy por cerrar la puerta tras nosotros un pie me lo impide.

Forcejeo.

Lucho para cerrarla de una buena vez, pero él es muy fuerte y me lo imposibilita, mete su fuerte brazo y sujeta mi cabello y rostro contra la vieja madera.

Pateo su pie para sacarlo de en medio y lo logro, pero su mano no se va a ningún lado, y lentamente va abriéndose camino hasta aprisionar con fuerza mi cuello.

Sin piedad y sin dudar hundo la estaca en él. Puedo sentir la resistencia que el musculo ofreció a la fina y afilada hoja de madera, y la sangre comenzó a brotar automáticamente. El grito de sufrimiento de Ricardo me hieló la sangre.

«¿Era él?» La persona que intentaba ahorcarme era Ricardo.

Con un golpe más se encuentra dentro de la pieza más furioso que nunca.

Tomo a Felipe en brazos y como puedo lo levanto hasta la ventana.

Antes busco el pequeño rostro del niño y mirándolo con seguridad a los ojos ordeno...

—Felipe, ¡debes correr y esconderte! te juro que nada te va a ocurrir.

—Pero Val... ¿y tú? —lloraba el niño aterrado.

—Yo iré en un momento, ¡tú escondete por favor!

Da un brinco fuera de la casa y volteo para encontrar a mi ex marido viniéndose encima atiborrado de ira. Era el demonio en persona... un demonio que desconocía hasta ese momento.

Sujetaba su brazo herido mientras me insultaba entre dientes y reprochaba “¿Qué hiciste Val?”

Si algo tenía claro, era que ya no podía confiarme ni un segundo. Así que busqué su talón de Aquiles, el que rápidamente encontré, «brazo» pensé y de una patada lo hice gritar tan fuerte que el planeta dejó de girar.

Su entrepierna siguió en mi golpiza... luego que la patada en el brazo lo dejara fuera de eje, sus bolas terminaron de desarmarlo por completo.

Corrí hasta su espalda y mientras de rodillas se lamentaba de dolor, rebusqué en la cintura de su pantalón hasta dar con el arma que portaba.

Me movía rápido y de forma decidida, no podía perder el tiempo, Felipe se encontraba afuera y no sabía con exactitud el paradero del otro sujeto.

Coloco una silla debajo de la ventanita y rezando porque mi hombro responda trepo y comienzo a reptar hasta salir y caer nuevamente como una bolsa de papas al suelo.

«¡Mi brazo!»

—¡Felipe! —grito y comienzo a correr alejándome de la casa, mientras sujeto mi hombro herido con la otra mano.

—¡Felipe!

—¡Val! —lo escucho no muy lejos, pero su voz denota algo...

Volteo y me encuentro al tipo que tenía mi celular con el niño sujeto de un brazo. Un gran revolver apunta a su pequeña cabecita y yo me sentí morir.

Siento que agonizo por dentro.

Siento que el suelo desaparece y que comienzo a caer en un embudo sin fin.

Una pesadilla. Una maldita y real pesadilla.

—Si lo lastimas juro por el mismísimo Satanás que te mataré —. El tono que empleo es tranquilo y pausado para no asustar a Felipe.

—¿A quién vas a lastimar?... ¿a mí? jaaa no me haga reír querida, mejor vaya a prepararle pastelitos y calentarle la cama a su jefe, que, dicho sea de paso, por lo que vi, lo segundo lo hace muy bien.

«Nos espiaban»

Escucho el sonido de una sirena aproximarse y el individuo comienza a ponerse más nervioso.

El sonido de los vehículos cada vez es más cercano y Felipe llora en silencio paralizado por el miedo.

—Usted y el niño vendrán con nosotros. ¡Rápido... camine! Tenemos que salir de aquí... ¡Ricardo! —llama a los gritos, y este llega casi al instante con una toalla envuelta en su antebrazo.

Quien sostiene a Felipe observa la herida y luego con una sórdida sonrisa replica...

—Más tarde podrás vengarte de tu mujer como gustes, en cuanto Müller pague podrás hacer con ella lo que quieras.

—¿Y el niño? —replica él.

—Del mocoso me encargo yo —respondió con una inmunda sonrisa de lado, mientras deslizaba la lengua por sus labios.

Ricardo observa a su “socio” y a Felipe, primero a uno, luego al otro y por último a mí. Se encuentra muy extraño. Las sirenas prácticamente están encima nuestro cuando mi ex en un ágil movimiento atina un puñetazo en el rostro de su amigo, desestabilizando al mismo y logrando con eso que Felipe pueda zafarse.

—Corre, niño —grita mientras se enreda con el hombre en una batalla campal por quién reclama primero el arma que recientemente cayó sobre la tierra.

—Rápido ¡corran! —pide nuevamente Ricardo y en ese momento, tomo en brazos a mi pequeño Batman y salgo corriendo lo más rápido que puedo por el camino que da acceso a la vieja construcción.

«¿Cómo reconoces a una serpiente venenosa de una que no?... por la huella que deja al reptar» era una frase muy utilizada por mi ex marido, y la que en este instante entiendo como metáfora. Tras lo sucio y malo de los actos que estaba cometiendo, finalmente su huella no era como la del otro sujeto.

El patrullero se acerca y junto a él una ambulancia.

«Gracias Dios gracias»

Los policías bajan y me alcanzan para tomar al niño en brazos, la angustia me puede finalmente las lágrimas llegan. Un disparo y segundos más tarde otro, detiene mi corazón.

Un segundo y tercer patrullero llegan haciendo chirriar sus ruedas por la calle de piedra. Uno de los tantos policías me guía rápidamente hasta una zona segura. En ese momento distingo el coche de mi amado ogro llegar al lugar, y en una especie de cámara lenta lo veo correr desesperado hasta donde la ambulancia espera. Aún no me ha visto, pero puedo suponer que su furia caerá sobre mí cuando la adrenalina pase.

—Señora, ¡señora! —gritaba el paramédico solicitando que lo siga a la ambulancia donde mi pequeño ya aguardaba. No puedo dejar de temblar, y a pesar que estamos en verano siento mi cuerpo congelarse de frío. En pleno shock soy cubierta con una manta metalizada y guiada a ingresar a la ambulancia.

Subo y veo a Felipe en brazos de su padre quien lo abraza y llora angustiado. Siento mi pecho cerrarse y noto que repentinamente el aire me falta. En cuanto Daniel me ve, soy recompensada con una reprobatoria mirada y en silencio me entrega al niño que clamaba por mí. Sostengo a Felipe en mis brazos mientras el paramédico coloca un calmante bajo mi lengua y comienza a tomar mi presión arterial, todo bajo la atenta mirada de Daniel, quien se mantiene serio y con la mandíbula tan tensa que parece que va a fracturarse en cualquier momento. Le habla directamente a su hijo y noto cómo soy ignorada deliberadamente.

—Papi va a hablar con los policías, y a regreso hijo, no temas que todo terminó.

—Tranquilo, papito, ya no tengo miedo, Val me defendió como la batichica —. Pronuncia el niño moviendo su bracito imitando los movimientos que hacen los superhéroes, Müller finge una pequeña sonrisa que no llega a sus ojos y así nos deja. En la relativa calma de la ambulancia, y en la compañía de uno con el otro, con Felipe recostado sobre mi pecho, nos vamos calmando.

## Capítulo 19

*Uno más uno, más dos, más otro uno♥*

Me cuesta abrir los ojos y mi boca se encuentra seca y pastosa.

El dolor que siento en mi hombro me trae duramente a la realidad.

El rancho abandonado.

*Felipe.*

El arma apuntándonos.

Sirenas y...

*Dos disparos.*

*Dos.*

Comienzo a abrir los ojos algo desorientada y el único paisaje que veo es una blanca pared, con un pequeño ropero en medio y un soporte para suero. Eso es lo único que encuentro. Me cuesta enderezar el cuello para poder voltearlo y un sollozo escapa de mi garganta a causa del dolor que me produce intentarlo.

—No te muevas por favor.

La voz sonaba dura.

Encolerizada y triste.

*«Daniel está aquí»*

—¿Dónde estoy? —pregunto sin moverme más.

—En el Surch Medical Hospital.

—¿Qué hago acá?

—Los trasladaron aquí tras el acontecimiento.

—¿Felipe... dónde se encuentra Felipe? —elevo la voz con angustia y me incorporo de golpe quedando sentada en la cama. Mala idea, porque automáticamente me mareo y las náuseas me invaden.

Apoyo la mano en mi frente intentando aclarar mi vista, la que por un instante se nubló. La pesadilla regresó. Puedo recordar todo lo que sucedió y el miedo y las lágrimas ganan la partida. Me pongo a llorar.

Lentamente volteo y ahí lo veo.

Elegante como siempre, meditabundo, reservado y enfadado.

*Pero ¿por qué?... creo no haber hecho nada para que él se molestara conmigo.*

Lo observo en silencio y él se pone de pie y camina hasta situarse a un lado de mi cama. Sin mucho romanticismo acomoda mis almohadas y con el mando a distancia eleva la cabecera de mi cama unos centímetros, luego como el caballero que es, me entrega su mano para ayudarme a volver a recostarme.

—Daniel... ¿qué pasó? —pregunto angustiada temiendo lo peor.

—*Tenemos que hablar* —remata finalmente, usando la peor frase que alguien quiere escuchar a lo largo de su vida.

*“Tenemos que hablar” «mierda» nada bueno viene luego de eso.*



Contemplar a la mujer que amo, en una cama de hospital y herida tras el secuestro es una de esas cosas que me bajan a tierra. Tras lo vivido con el secuestro de mi pequeño hijo y Val, no pude evitar mirar para atrás y pensar en todas las cosas sin sentido que me quitan tiempo preocupándome innecesariamente. Llegar tarde a una reunión, algún expediente extraviado por la Corte, que la cocinera renunciara sin previo aviso, o que la junta local talara los arboles de la cuadra, sin comunicar a los vecinos...

Ahora todo eso me parece basura pura. Pero es que así somos los seres humanos, nos sumergimos en una vorágine de responsabilidades y falta de tiempo, sin ver que las manecillas del reloj nunca girarán para atrás... los niños crecen y el tiempo que pasó ya no volverá jamás.

Ella puso su vida en peligro por priorizar la de mi hijo, y eso siempre lo recordaré, pase lo que pase. Pero no puedo olvidar lo demás. No puedo dejar de lado su proceder y es justamente eso lo que me llena de dudas.

Val abre los ojos algo desorientada, y por más que muero de ganas por correr a sus brazos, es momento de hablar claramente. Y eso solo lo lograré con la distancia física, una vez que mi piel toca la suya todo se va al carajo.

Tras el secuestro, mi pre infarto y el resto de cosas de las que me enteré, es hora de poner los puntos sobre la mesa uno a uno, gusten o no. Camino hasta ella y la ayudo a que se acomode lo mejor posible. Luego, aproximo una de las sillas a un lado y me dedico a cantar cada una de las cosas que tengo atoradas en la garganta desde hace más de 24 horas.

—¿Dónde está Felipe? —consulta preocupada nuevamente.

—Él está muy bien, gracias a Dios no pasó más que el gran susto que se llevó. Luego que los médicos lo revisaran de la “A” a la “Z”, la psicóloga no encontró nada fuera de lo normal. Tras una situación de esta magnitud, aconsejó que se encontrara acompañado por la familia lo más que se pueda y que si en algún momento encontramos algún elemento fuera de lo común consultemos nuevamente. Ahora mismo se encuentra con mi padre y tu madre en casa.

Ella se tapa la boca con ambas manos y comienza a llorar.

—Mi madre... ¿ella se halla bien? pobre mamá, qué susto se debe haber llevado... y mis hermanitas también.

—Ella ya se encuentra más tranquila, estuvo aquí hace un par de horas hasta que llegué yo.

—Gracias —susurra clavando sus hermosos ojos en mí y yo estoy que muero lentamente.

«Sé fuerte Müller»

—¿Y yo? —increpo.

—¿Tú?

—Sí, y o. *¿No piensas en mí Val?*

Pero ella guarda silencio y nuevamente se le llenan los ojos, de lágrimas.

—Daniel yo... —comienza a decir, pero se detiene.

—Tú ¿qué, Valeria? —Respondo violentamente y retomo —me dejaste cuando pensé que ya te tenía. Te fuiste dejando un mar de preguntas sin responder y un vacío difícil de subsanar.

—Daniel —implora —solo déjame explicártelo. Luego de eso puedes pensar o hacer lo que sienta tu corazón... pero al menos permite que te explique lo que sucedió esa mañana.

—Habla —espeto.

—Esa mañana desperté muy temprano, y como tú dormías plácidamente, decidí levantarme e intentando guardar silencio para no despertarte fui a mi dormitorio por una ducha. Pero en ese instante recibí una llamada de lo más extraña. Era Ricardo... se lo oía muy triste y en la llamada me pedía perdón por todo el daño que me había causado, también me informaba que esa mañana había recibido la noticia que padecía cáncer de hígado y que no sabía qué hacer... se sentía solo y desesperado. En ese momento temí que hiciese una locura y luego de pedirle su dirección y sin pensarlo mucho fui por él.

—¿Empacaste tu ropa solo para ir a verlo? —increpo. Ya somos grandecitos niña y no me chupo el dedo.

—No sé. Realmente fui por él, sin una idea clara en mente. Temí lo peor... pensé que podía llegar a quitarse la vida, nunca fue muy valiente y escucharlo en ese estado no me dio buena espina.

—Entiendo.

—Daniel, por favor... tienes que entenderme.

Me pongo de pie de golpe y ella nuevamente se pone a llorar.

—¿Tengo que entender que la mujer que amo salga corriendo tras el hijo de puta que le jodió soberanamente la vida?

—Perdóname —su llanto y los espasmos que este le causa, le dificultan hablar con claridad —jamás fue mi intención lastimarte, solo sentí lastima y me vi entre la espada y la pared.

—¿Y optaste por la espada?... preferiste elegir el filo de la espada otra vez. ¿Eso no es tropezar dos veces con la misma piedra querida Val?

Ella como una niña asiente en silencio moviendo su cabeza.

—¿Me vas a dejar Daniel? —y levanta sus húmedas esmeraldas para fijarlas en mis ojos, y yo estoy muerto de ira y de amor a la vez.

—¿Dejarte? —*está loca* pienso—digamos que eso no está en mis planes por el momento señorita Val... mucho menos ahora que la familia se agranda.

*Cuadra sus hombros y sus labios se separan unos milímetros.*

—¿La familia se agranda? —repite con un mar de dudas corriendo dentro de sí... y me encanta.

Tomo asiento a un lado de la cama y con una de mis manos tomo la suya... esa que tiene un catéter conectado al suero, mientras que la otra la planto en su incipiente barriguita.

—*Seremos padres, cielo.*

Nuevamente intenta incorporarse de golpe, aunque la detengo tomando suavemente sus hombros.

—¿Un bebé?

—Ajam... un bebuito.

—Pero, pero... ¿Cómo sucedió?... ¿Cuándo?

—Bueno, amor, pensé que ya tendrías claro el tema de la semillita que planta el papá en la barriga de la mamá para fabricar un bebito, pero si tienes alguna duda, puedo enseñarte los libros de educación sexual que tenemos en la casa.

Finalmente, una gran sonrisa se forma en su dulce y angelical rostro, pero las lágrimas no cesan.

—Daniel, yo sufrí dos grandes golpes mientras intentábamos escapar... ¿tú crees que eso pudo haber afectado algo?

—Si bien en la ecografía no se advierten irregularidades, por precaución los médicos prefieren que guardes reposo, para evitar cualquier problema con él bebe.

—*Bebé* —repite ella y lentamente con su brazo sano apoya su mano sobre la mía.

## Capítulo 20

### *La fórmula del amor.*

Ya pasó un año y medio desde aquel fortuito día y realmente no puedo asegurar si existe o no la fórmula del amor. *Lo que si estoy segura es que el amor todo lo puede.*

Tras lo que fue sin dudas el peor momento de nuestra vida, nos vimos bendecidos con la noticia de que tendríamos un bebé... otro pequeño a quien poder consentir y mimar. Tres hijos, un futuro esposo y un perro llamado Bobby formaban parte de mi haber en este momento «mi sueño» pienso hinchada de amor. Creo que no puedo pedirle nada más a la vida, soy inmensamente feliz y plena.

Tras el rapto tuvimos unos días complicados, porque tampoco crean que desde que huimos un arcoíris de caramelo nació sobre nosotros. No. Lejos de eso y a pesar de la felicidad de encontrarnos bien, tuvimos que declarar una y otra vez sobre lo sucedido. En la casa de Daniel... mejor dicho «en nuestra casa» se encontraron cámaras y micrófonos instalados en lugares estratégicos y para el asombro de todos se pudo detectar quién fue el cómplice de todo este rebuscado plan. Rita «la cocinera de casa» era la amante del sujeto trajeado del secuestro. El nombre real del sujeto era Sergio Pierrot y era un reconocido narco, quien tenía pedido de captura en más de 15 países, era el cabecilla de una intrincada red de lavado de dinero y trata de blancas. Preso en más de una oportunidad por violencia doméstica y pedofilia, fue en una de esas oportunidades donde conoció a mi ex esposo, ni tonto ni perezoso, vio en los ojos de su abogado defensor la codicia y se volvieron “socios” «por llamarlo de alguna forma»

Ricardo sin lugar a dudas fue todo este tiempo una bolsa de sorpresas. Y hoy por hoy nuestros años juntos son una gran nebulosa gris que flota como un vago recuerdo en mi subconsciente. Creo que nunca llegué a saber con quién me casé realmente y a estas alturas nunca lo sabré.

Pero la sorpresa mayor fue que finalmente, y en el único y magnánimo gesto de honor que le conocí, fuera a dar su vida a cambio de la nuestra.

Cuando se lanzó sobre Pierrot y pidió que huyéramos, pude escuchar dos descargas de armas. Una de ellos cuando Ricardo fue herido gravemente en su abdomen, el segundo disparo fue el que mi ex propino sobre el mal nacido de su socio en su frente hiriéndolo de muerte automáticamente. Ricardo murió minutos más tarde suplicando perdón a los paramédicos que intentaron reanimarlo.

Aunque todo este tiempo se comportó como un maldito egoísta no logro guardarle rencor por todo lo que hizo. Porque en el fondo sé bien, que es gracias a él que estoy aquí.

Observo a mis tres hijos jugar en el fondo de casa. El pequeño Tomi intenta dar sus primeros pasos mientras sus hermanos mayores lo alientan. El más pequeño de la familia da uno, dos tres pasos y cae de cola sobre el césped, Bobby automáticamente va hasta él y lame su rostro como si tuviera que consolarlo. Los tres niños se largan a reír y nosotros hacemos lo mismo.

Daniel que toma sol a mi lado sujeta mi mano y me sonríe como solo él puede hacerlo. *¡No podemos ser más felices!* Observamos con amor la situación y embelesados de tanta ternura nos unimos a ellos en un abrazo familiar.

Tomamos nuestros lugares en el césped junto a ellos y Sarah se coloca detrás de mí para peinarme y jugar a las peluqueras. Mi pequeño Batman se lanza sobre Daniel para jugar a la lucha y Tomi imitándolos también trepa sobre su padre y hermano.

Somos una familia.

Somos lo que somos.

Con defectos y virtudes, momentos dulces y otros no tantos, pero somos felices.

*Somos los Müller y lo bueno siempre está por llegar...*

—¿Verdad, señor Müller?

—Totalmente de acuerdo, señorita Val.

*Fin*



*Bizcocho clásico de yogurt*

- 1 bote de [yogur](#)
- 3 medidas de [azúcar](#)
- 4 medidas de harina
- 1 medida de [aceite](#) (de oliva o de girasol)
- 1 sobre de levadura
- 1 pizca de [sal](#)
- 3 [huevos](#)

Las medidas son con el bote vacío de yogurt.

Preparación:

Paso 1: En un bowl verter el yogurt + azúcar y mezclar.

Paso 2: Añadir la harina + sal + levadura y mezclar. Cuando la masa espese, añadir el aceite y volver a mezclar.

Paso 3: Incorporar los huevos y mezclar muy bien. Por último, se agrega la esencia de vainilla.

Paso 4: Hornear 40 minutos a 180°C. y listo!

Observaciones:

Es un postre súper fácil de hacer! Todos los ingredientes los encontrarás en el armario de tu cocina. Puedes hacer mucho más rico el bizcocho añadiendo o sustituyendo ingredientes a la receta base. Por ejemplo, reemplazar el aceite por mantequilla, cambiar el sabor del yogurt, añadir pepitas de chocolate, canela o incluso ralladura de limón o naranja.

Este bizcocho queda genial para acompañar tanto con un chocolate caliente, como con un té, batido o café.

## *Pan de romero y ajo*

- 1kg. De harina blanca.
- 15grs. De levadura instantánea.
- 1 cucharada colmada de sal.
- 8 cucharadas de aceite.
- 3 dientes de ajo picados finamente.
- Romero fresco picado pequeñito (esto es a gusto)
- Agua tibia unos 500 cc o lo necesario para unir los ingredientes y formar la masa.

Colocamos los ingredientes secos en un bowl, junto a los dientes de ajo y romero finamente picado. Luego en el centro se incorpora el aceite y el agua tibia. Se va tomando la masa hasta que quede lisa y se deja reposar un par de horas tapada con un paño.

*Una vez que duplica su tamaño, se desgasifica con un poco de harina sobre la mesada. Armamos los panes con la forma que más nos guste (alargado, bollos, pan de campo) y un pequeño toque muy personal, es que antes de colocarlos en la asadera que irá al horno, engraso con aceite y espolvoreo sal en ella para que se impregnen y queden bien crocantes, sobre la masa repito el mismo procedimiento y también pincelo aceite y espolvoreo sal.*

## *Mousse de dulce de leche*

Fácil no. ¡Facilísimo!

### INGREDIENTES:

-500grs. De dulce de leche.

-250cc. De crema de leche o nata.

-2 sobres de gelatina sin sabor.

Maní, nueces o almendras cantidad necesaria.

Comenzamos batiendo la nata o crema de leche hasta que se encuentre prácticamente a punto, en ese momento agregamos de a poco el dulce de leche y batimos unos segunditos más. \*\*\*Detalle, no pasarnos con el batido porque la crema se puede cortar\*\*\* una vez que el dulce quedó bien integrado, espolvorear los dos sobres de gelatina sin sabor (se puede hidratar previamente, pero como este postre generalmente es de apuro, para cuando llegan visitas o los niños quieren algo dulce, no lo hago)

Buscamos copitas, vasos o chupitos antiguos para presentar el mousse. Llenamos los vasitos con mousse hasta la mitad, luego espolvoreamos frutos secos para dar un crunchi especial y completamos con la preparación hasta arriba. Para decorar un copete de dulce de leche y ñami ñami. ¡Nunca falla!

## *Bolitas de avena y mantequilla de maní*

(Las favoritas del señor Müller)

Esta receta no solo es deliciosa, sino que también saludable y fit.

### INGREDIENTES:

-1 taza de avena laminada o en hojuelas.

-½ taza de mantequilla de maní o cacahuates (puede ser comprada o preparada en casa procesando unos minutos el maní hasta que se forme la deliciosa pasta.

-4 sobres de stevia y coco rallado.

Licamos la avena por unos segundos hasta que se transforme en harina, una vez que la tenemos lista agregamos la stevia, la mantequilla de maní y dos cucharadas de coco. Formamos bolitas al mejor estilo “trufas” y las pasamos por el coco rallado. Llevamos al refrigerador por una hora y ¡listo! Son ideales para matar antojitos de algo dulce, y si se acompaña con un rico café ¡mucho mejor!

Receta básica de cupcakes:

- 115 g de azúcar
- 115 g de [mantequilla](#) a temperatura ambiente
- 110 g de harina
- 2 [huevos](#)
- 1 cucharada de postre de polvo de hornear
- una pizca de vainilla o ralladura de un limón
- 2 cucharadas soperas de leche

RELLENO:

- Galleta OREO entera (ñami ñami)

Batir a mano o con batidor eléctrico la mantequilla pomada con el azúcar hasta que quede una crema. Uno a uno añadir los huevos y continuar batiendo. Tamizar la harina y la levadura química encima de la mezcla anterior, añadir la vainilla, y mezclar hasta que queda una masa homogénea y sin grumos. Colocar en la placa los casquetes de papel y poner una galleta Oreo entera en la base de cada uno de los casquetes. Luego cargamos hasta la mitad con la mezcla básica de cupcake y llevamos a horno por 15 minutos Y Dejamos enfriar sobre una rejilla. Para la cubierta de buttercream de Oreo necesitamos: 220 gramos de mantequilla sin sal a temperatura ambiente, 400 gramos de azúcar glas, 1 cucharadita de extracto de vainilla, 6 cucharaditas de leche y 4 cucharadas de galletas Oreo ralladas y tamizadas (solo las tapitas de chocolate). Poner todo junto en el recipiente de la batidora y mezclarlo a velocidad baja durante un minuto y después a velocidad media durante 4 minutos. Es muy importante tamizar las galletas, de lo contrario se nos tapaná la manga pastelera.



## *Pizza cupcake*

### INGREDIENTES:

300 gramos de harina.

1 cucharada de polvo de hornear.

1 cucharadita de [sal](#).

1/4 cucharadita de pimienta negra molida.

250 ml. de [leche](#).

1 [huevo](#) y 80 ml. de [aceite](#) de oliva.

PARA LA SALSA: Licuar tomate fresco, junto a unas cucharadas de aceite de oliva, sal y pimienta.

Mezclar los ingredientes secos (harina, levadura, sal y la pimienta)

Agregar la leche, el huevo, el aceite y mezclar hasta que todo quede bien integrado.

Colocamos la mezcla en los casquetes de cupcake como siempre hasta completar la mitad del mismo (cuidado porque crecen) y por encima pintamos con la salsa de tomate fresco y decoramos con aceitunas, pimienta, queso, etc. Se cocinan por unos 20 minutos y ¡listo!

## *Agradecimientos*

*Gracias a las lectoras por apoyar mi trabajo y dar aliento y vida a mis musas.*

*Gracias a mi súper correctora, amiga y en este caso lectora cero también (la mejor del mundo) María Angélica Sasías, quien voluntariamente continúa con la tarea de corregir mis novelas... ¡Gracias Angie tqm! A mi querida e incondicional amiga, y en este caso lectora numero dos Silvana "la reina" Sauer «God save the queen»*

*A Susana Mohel gran escritora y amiga. Gracias Susi por estar siempre al otro lado con la palabra justa para cada momento. Te adoro mi loca bella.*

*A las brujas de los aquelarres, Mikita, Naty, Mariel, Marisa, Bea, Caro, Analía y Ceci... ¡gracias por el aguante de siempre!*

*A las administradoras de los diferentes grupos, que siempre apoyan desinteresadamente nuestro trabajo. ¡Gracias chicas!*

*A mis hermosos peques por inspirarme y permitirme soñar... ¡todo por ustedes soles! Y como siempre digo... ¡La vida es bella! XOXO*

## *Mia del Valle*

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Estudió Odontología en UDELAR, carrera que jamás terminó. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, cocinar, restaurar muebles, mirar Friends y jugar al Candy Crush.

Amante de la lectura romántica desde siempre, un día se preguntó... ¿por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació su primera novela: Una Propuesta casi Indecente, la cual a la fecha vendió más de 2800 ejemplares en digital, gracias a ella y al pedido de las lectoras, llegó PROHIBIDO ENTRAR y Un acuerdo con el Diablo. En esta oportunidad Mia nos presenta una nueva historia, fresca y romántica, en la que podemos ver que el amor todo lo puede.

*#EnamórameSiPuedes! #DéjateTentar*